

ARTURO PÉREZ-REVERTE



PATENTE DE CORSO 1995

EDICION ESPECIAL





ARTURO PÉREZ-REVERTE

Camelia, la tejana

Era una hembra de corazón, como carita el corrido, Pasó al otro lado del río Grande con las llantas del coche llenas de hierba mala y le pegó siete tiros a su novio Emilio Várela cuando, entregada la droga, éste quiso dejarla para irse con otra a San Francisco. Los narcos, compañeros de Varela, la buscaron por las cantinas hasta dar con ella en Tijuana. Ahora Camelia está en el cielo, junto al amor de su vida, porque prefirió que la mataran antes de decir dónde escondía el dinero -sin Emilio Vare-la, dijo, ¿para qué quiero la vida? Y el hijo de Camelia anda por Jalisco y la frontera dándoles de balazos a los que ultimaron a su mamasilla, convertidos todos ellos en leyenda de la que canta el pueblo, en corridos que circulan por las cantinas del norte mejicano, mientras se consumen botellas de tequila Herradura Reposado y los narcos preparan viajes, y los mojados esperan a que alguien los pase al otro lado por trescientos dólares, y la banda del coche rojo se lía a tiros con los rangers en las Cruces, cuatro muertos de la banda y tres del Gobierno, y Lino Quintana, el superviviente, les dice a los de la Migra: lo siento, sheriff, pero yo no sé cantar.

Antes, el corrido hablaba de la Revolución, de Zapata y Pancho Villa, de la toma de Zacatecas y de la guerra contra los gringos. El corrido mejicano ha sido siempre la voz del pueblo, la que convierte en leyenda, a base de malos versos cantados con sentimiento y con corazón, la miseria de los eternos oprimidos, de los peladitos de pies descalzos fusilados una y mil veces por los poderosos de siempre, de los revolucionarios que se quemaron en la hoguera de las eternas causas perdidas en ese país cuya desgracia, entre muchas otras, fue estar tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos.

Ahora los tiempos han cambiado, pero la miseria continúa. Arriba, en la frontera, la vecindad del gringo, la droga, la emigración ilegal, sostienen una economía clandestina que al menos permite escapar, o soñar con escapar, de la pobreza. En los bares de Tijuana, Chihuahua o Monterrey, jóvenes sin nada que perder y todo por ganar, con botas vaqueras, ceñidos téjanos y sombreros de ala ancha, el 45 haciéndoles un bulto sospechoso a la altura del cinturón, silban los compases de La Puerta Negra a la espera de la orden que los lleve a ajustar cuentas al soplón de turno, o a pasar por Nogales con diez kilos de la fina camuflados en la camioneta gris. A muchos de ellos los detendrá la Emi-

gración, o les darán matarile los rangers, las bandas rivales o sus propios compañeros. Pero les queda el consuelo que con su historia alguien hará una canción, y los Tigres del Norte y los grupos musicales de la frontera cantarán su vida y muerte en esos corridos, antes prohibidos por el Gobierno, pero que ahora el público pide a gritos en las fiestas de los pueblos y en las cantinas: Ya encontraron a Camelia, El hijo da Camelia, Los tres amigos, El Zorro de Ojinaga, La lamba del Mojado.

Acabo de darme una vuelta por allí, y he cantado La Puerta Negra bebiendo tequila con mis cuates en cantinas sobre las que planea la sombra de Camelia la Tejana; en lugares donde ahora hay más niñas bautizadas Camelia que Guadalupe. Y mientras escuchaba las historias y las canciones, pensaba en el contraste con nuestras rías gallegas o las playas próximas a Gibraltar. En los pueblos tristes de España donde reina la ley del silencio, la demagogia y la complicidad vergonzante, donde lodo el mundo agacha la cabeza y mira para otro lado negando la evidencia: la gentuza que necesita votos, los tenderos que viven de la economía clandestina, los vendedores de rechazos de lujo, todos inventando un eufemismo tras otro por el qué dirán en Bruselas, por Dios. Los capos del narcotráfico, no hay más que ver las fotos, son mediocres y grises como los políticos que los hacen posibles. Como sus caretos o los pazos que se compran, Y sus sicarios, sombríos y con mala leche, lo que quieren es un Sony para ver a Jesús Puente o a Paco Loba ton. En este país, hasta los contrabandistas, de quienes doña Concha Piquer cantaba coplas, se han vuelto ruines, amargados, vulgares, oliendo a cartilla de ahorros, a calcetín usado, a puente de fin de semana. Son tan europeos que ni siquiera se matan entre ellos: se denuncian.

Envidio a los pueblos como el mejicano, que todavía están vivos y tienen humor, orgullo y sangre en las venas para hacer canciones con sus penas y sus delitos y sus balaceras, y cantarlas a voz en grito entre trago y trago de tequila. Felices quienes aún poseen la inocencia suficiente para convertir en épica, en leyenda, su desesperación y su miseria.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

El beluga se nos arruga

Cielo santo. Eran pocas las desgracias que nos afligen, y el caos de este mundo infame nos asesta un nuevo mazazo: corren malos tiempos para el caviar. Corro al ordenador a teclear mi consternación, pues acabo de oír por la radio a un ilustre gastrónomo, hombre exquisito y experto, según parece, en caldos bordoleses y manjares sublimes, de esos que afirman con toda su alma que beberse un rioja del 82 con una codorniz estofada es un acto cultural comparable a leer El Lazarillo de Tormes. Y el sujeto en cuestión se lamentaba, en forma muy sentida, del problema que se les plantea este invierno a quienes, como él, son partidarios del caviar fresco en su variedad beluga, cuya textura, consistencia y cremosidad en el paladar, antepone - personalmente-a los otros dos principales tipos, a saber: asetra y sevruga

Resulta, por si alguno de ustedes es tan inculco o tan estúpido que aún lo ignora, que las 128 toneladas de caviar vendidas en el mundo el invierno pasado se reducen este año a cincuenta, y los precios -qué poca vergüenza- subirán entre un diez y un veinte por ciento. O sea, que una latita de nada, de cincuenta mil pesetas puede ponerse en sesenta mil así, por las buenas. Y por las palabras del citado gastrónomo "si hacemos abstracción del precio, el caviar es un exquisita manjar", afirmaba el fulano- infiero que eso va a ser causa de que buena parte de los hogares españoles se vean forzados este año a ensombrecer sus vidas prescindiendo de tan popular alimento, lo que, con vendrán conmigo, pasa de castaño oscuro. Hoy. sin ir más lejos, el cartero, el mensajero de Urbexpress y el del butano me han preguntado, inquietos, si se sabe algo de la situación del caviar. Por lo visto sus respectivas tienen qué hacer la compra del día y no saben a qué atenerse.

Pero no es sólo cuestión de precio, se lamentaba el buen hombre de la radio, sino también de abastecimiento. Por lo visto, como la antigua Unión Soviética se ha convertido en una especie de merienda de negros, con tanto checheno y tanto mafioso incontrolado y con las reservas de vodka - tradicional alivio del alma rusa- monopolizadas por ese tierno osito de peluche llamado Yeltsin, los pescadores del Caspio dicen que este invierno va a pescar esturiones Rita Karenina la Cantaora. Así que el arduo trabajo de abastecer el mercado recae sobre los colegas iraníes de la otra orilla, que no dan abasto por mucho que se encomienden a Dios -

Alá, en su caso- y a San Jomeini.

Porque, a ver: ¿que son cincuenta toneladas de caviar para abastecer al mundo? Pura morralla, si tenemos en cuenta que la mitad de esa cantidad la consume Suiza, país poblado por gente sencilla, modestos cuentacorrentistas de la Caja de Ahorros de Lausana y cosas así, y que la otra mitad se distribuye entre los veinte chiringuitos que la casa Caviar House tiene un poco por aquí y por allá. Así que, tal y como está el panorama, y con semejante conjunción funesta, calculen cuántas latas llegarán a los estantes de Jumbo, Pryca, Hipercor, o al super de la esquina. Y las amas de casa españolas van a tener que apañarse con huevas de sardinas en aceite. Que, no se crean, también cuestan un huevo.

Coincido en que es intolerable, y comparto el malestar del experto radiofónico que, por el tono y los juicios emitidos, debe de almorzar a diario champaña francés con beluga a cucharadas y en lebrillo. No me extrañaría un pelo que, tras su brillante campaña de pacificación en la antigua Yugoslavia, las Naciones Unidas decidan tomar cartas en el asunto, como cuando lo de Kuwait -al fin y al cabo, el petróleo y el caviar los disfrutaban los mismos- y adopten medidas drásticas para solventar la papeleta, demostrando a esos cosacos de agua dulce, a esos bateleros del Volga de vía estrecha, a esos cobardes de la estepa, que no se juega impunemente con el caviar nuestro de cada día. Imagínense el cuadro: los marines invadiendo los pozos de caviar, los cascos átales protegiendo las rutas de suministro, el portaaviones Príncipe de Asturias nimbo a los Dardanelos con gasoil sólo para el trayecto de ida, y el ministro Solana en Bruselas, sudando tinta para justificar la operación Tormenta del Caspio como de costumbre, con muchos plurales y muchas sonrisas. Ya saben: los del grupo de contacto adoptaremos severas' medidas, el presidente González garantiza personalmente. España come poco caviar pero no podemos consentir, nuestros soldados no corren allí el menor riesgo, etcétera.

Aunque, bien pensado, si no tienen caviar, que se jodan.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Aquellas mangueras de antaño

Hubo un tiempo en que regresabas a tu casa a las tantas de la madrugada, al terminar el trabajo o cantando Asturias patita querida después de pegarle bien al tarro con las amistades, o volviéndote a mirar por última vez y con media sonrisa cierta ventana en la que acababa de apagarse la luz. El asfalto relucía redon regado, con el reflejo de las farolas entre las dos luces del amanecer, y tú marcabas imaginarios pasos de baile para evitar el agua que corría bajo los bordillos de las aceras. Sorteabas cubos vacíos de basura, apretando el paso con ganas de llegar a casa y meterte en la cama. Alumbrado, soñoliento, triste, feliz o hecho polvo, según el día y las circunstancias. A veces, con el cuello de la chaqueta subido para protegerte del frío, le pedías fuego a uno de los hombres que regaban, con aquellas mangueras de brillante caño de cobre, las calles desde las esquinas. Los encontrabas un poco por todas partes y en cualquier ciudad: brigadas de empleados municipales con mangueras y escobas, adecentando la ciudad, logrando que en aquellos amaneceres oliese a asfalto y adoquín limpio. Como si le extendieran una carta blanca de confianza y buena voluntad al día que llegaba, y a las vidas que estaban a punto de reanudarse.

Recordaba aquellos manguerazos nocturnos hace cosa de una semana, en la plaza principal de cierta pequeña ciudad española, observando la actuación de uno de esos cochecitos de la limpieza con que los ayuntamientos, para ahorrar-se personal y salarios y pluses, y de paso pagar comisiones, contratas, subcontratas, y comprarle material de alta tecnología al cuñado Ceferino, que es representante, sustituyen por todas partes a los concienciosos hombres del traje de pana y la manguera. Eran las diez de ía mañana y el conductor del artilugio iba y venía al volante de un ingenio enano equipado con ruedas y cepillos y chorritos de agua, plis-plas, de un lado a otro de la plaza, como en los coches eléctricos, deshaciendo, eso sí, los montones de suciedad acumulada para extender la mierda de forma mucho más equitativa, más repartida por los cuatro o cinco mi! metros cuadrados de baldosines de la plaza. Una plaza que, según me contaron, es el ojito derecho del alcalde, porque debajo construyeron su aparcamiento favorito tras cargarse hasta el último árbol en un kilómetro a la redonda.

La siguiente escena tuvo lugar, hace un par de días, en el centro de otra ciudad más grande, llora punta, un tráfico de

mil diablos, y a las doce y media, hora discreta donde las haya, un camión aljibe del servicio de limpieza municipal circulaba lentamente, con una enorme cola de automóviles detrás a paso lento, soltando chorros de agua laterales que, menos el asfalto y el bordillo de las aceras, mojaba de todo: los coches aparcados en doble fila, las piernas de los transeúntes en los pasos de peatones, los cochecitos de los niños. El asombro de viandantes y damnificados varios constaba de dos fases: estupor inicial ante la inútil estupidez del chorlito, indignación al comprender que, regando de ese modo y en pleno día, el ayuntamiento no paga horas nocturnas a los empleados, y con un solo conductor por aljibe se ahorra personal.

Cuéntenme ahora, se lo ruego, esa milonga pampera de que los avances tecnológicos en el ramo de la limpieza y los chorros del oro mejoran la dignidad laboral del personal de la manguera, que de ese modo puede pasar las noches en casa, viendo a Nieves Herrero y a Lobatón. Porque el personal de la manguera donde está ahora es en la cola del paro, mentando a la madre que parió al ayuntamiento y al inventor del cochecito modelo Mister Proper Tres En Uno, o como se llame. Ocurre como con esos demagogos que van por ahí alardeando de que ellos nunca se dejan limpiar los zapatos por un limpiabotas, porque es humillante para quien le da al cepillo, y rebaja la dignidad del individuo. Cuando lo que el limpiabotas necesita, precisamente, son muchos clientes y muchas propinas para vivir, que de lo otro ya hablaremos luego, señorito, sobre todo cuando me vea con mía escopeta en la mano. Y el día que el pobre limpia se tropieza con demasiados defensores de su dignidad personal, tiene que irse a casa con los bolsillos vacíos a oír cómo sus churumbeles piden pan. Las cosas tienen que cambiar, dicen los wiardepipol cantamañanas entre gambas y cañas de cerveza, dándole al desgraciado palmas-ditas en el hombro y estirándose menos que Voltaire en catecismos. Pero mientras cambian habrá que comer, responde él limpia. Nos han fastidiado aquí, los redentores.

Y así tenemos las ciudades. Y los zapatos.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Los yankis, el latín y maripili

Hay que fastidiarse. Resulta, ahora que los enterradores de nuestro futuro cultural eliminan el Latín de los planes de estudio en España, que a los norteamericanos les da por descubrir las bondades de esa lengua mal llamada muerta que, según el International Herald Tribune, resucita y vuelve a estar de moda. A quien nace para picapedrero hasta del cielo le llueven piedras, y parece que todo el mundo se haya puesto de acuerdo para dejar con el culo al aire a ciertas luminarias de la política, la economía y la cultura, que pasarán a la Historia con el indudable mérito -no crean que es tan fácil; se requieren vocación y condiciones- de haber dejado el paisaje hecho un solar. Hace falta tener mala suerte; aunque también puede ser que, *faium* aparte, el asunto se limite a simple estupidez. Porque a menudo resulta más nocivo un imbécil que un malaentraña.

Confieso que la noticia ha hecho que me relama de placer, entre otras cosas porque el arriba firmante ya dio su modesta caña hace unos meses en esta misma página con ese asunto a los del dieciseisavo, reprochándoles rebajar el listón hasta el nivel de su propia mediocridad. Y hete aquí que, según los informes, en los Estados Unidos de América del Norte se registra, en los últimos tiempos, un aumento de 150.000 a medio millón de estudiantes de Latín, sólo en escuelas públicas. Imagino que, al enterarse de la noticia, el correspondiente subsecretario de Liquidaciones Culturales habrá encargado una encuesta urgente a la empresa de sondeos de su prima Mari-püi, para averiguar cómo es posible que una lengua de curas y de arqueólogos, que aquí acaban de cargarse de un plumazo para dejar lugar a otras asignaturas más prácticas, más bonitas y más modernas, registre un auge importante en Europa y en los Estados Unidos. Y que en Francia, sin ir más lejos, en lugar de suprimirla en el bachillerato, le hayan añadido un curso más. Los hijoputas, prima. Cómo lo ves.

No sé qué diablos va a contarle Prospecciones Maripili S.A. al ministro del ramo en ese informe que deben de estarle preparando con toda urgencia, Y por el que, imagino, la antedicha Maripili y compañía trincarán una pasta gansa a costa de los presupuestos del 95, Pero tampoco hay que herniarse buscando. El Herald Tribune, verbigracia, indica que los alumnos que conocen los rudimentos del Latín obtienen mejores resultados académicos, sociales y profesionales, gozan de mayor capacidad analítica y de

relación, y poseen un vocabulario más rico y más inteligente. El Latín, además, tiene aplicación en diferentes campos de la informática y es, incluso, utilizado a la manera de lengua franca en las redes electrónicas escolares y universitarias por alumnos de diferentes países que no dominan el inglés, como los monjes en la Edad Media. Y además, es bonito. Pero amárrenme esa mosca por el rabo en este país nuestro, donde las humanidades son (perseguidas con el mismo celo desplegado antaño en la caza de judíos y liberales, y hogaño de moros, negros y maricones. De quienes, por cierto, la palabra humanista será pronto sinónimo admitido -lo tragan todo- por la Real Academia.

Cuenta Antonio Muñoz Molina, que escribe libros y además es mi amigo, que ahora se arrepiente de no haber aprendido bien Latín en el colé, lo que le impide disfrutar, entre otras cosas, de los hexámetros de la Eneida o de la prosa hermosa y desnuda de aquel fulano, Tácito. Antonio, como tantos de nosotros, tuvo la desgracia de que en un siniestro colegio de curas de su adolescencia lo vacunaran, muy jovencillo, contra una lengua que se planteaba no como una clave primera de la propia cultura, memoria y nacionalidad -los antiguos usaban lengua como sinónimo de país o nación-, sino como una disciplina penitenciaria, sórdida, clerical. Estoy seguro de que, del mismo modo, los más lúcidos de nuestros hijos lamentarán el día de mañana haber crecido a la sombra de planes de estudio, Egebés, Logses y previsiones de futuro diseñadas -nefasta palabra-, aprobadas y real-decretadas por una clase política analfabeta y satisfecha de haberse conocido. Sin que los eventuales recambios que hay a la vista sean como para ponerse a tirar cohetes.

(A todo esto, doy por sentado que los presuntos responsables del Ministerio de Educación y Ciencia saben lo que es el Latín, o sea, una lengua antigua, etcétera, en la que se basan el castellano, el catalán, el francés y muchas otras lenguas. La hablaban los que salen en las películas de romanos. Para más datos, pueden consultar las 43 páginas que le dedica la Enciclopedia Universal Espasa. Porque digo yo que conocerán el Espasa).



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Linchadotes natos

A una niña de cuatro años cuyo padre -o madre, qué sé yo- murió de Sida, le han estado haciendo la vida imposible en el colé sus amiguitos y los papas de sus amiguitos y la sociedad en la que viven honorablemente las familias de sus amiguitos, a pesar de que tiene la sangre limpia como una patena. Ese linchamiento preventivo se ha llevado a cabo así, en frío, en virtud del viejo principio de más vale un por si acaso que un quién lo iba a decir. Así que imagínense lo que habría ocurrido si, además, la pobre enanita apestada resulta seropositiva con análisis y con papeles /con el tampón de inmunodeficiencia adquirida en mitad de la frente. La última vez que tuve noticias del asunto fue hace un par de semanas, e ignoro en qué habrá terminado la cosa. Porque ésa es otra. Aquí mucha primera página y mucho telediario, pero en cuanto la gente se aburre del asunto, a otra cosa mariposa. Es como esos dos pobres vejetas del piso embargado por las veinte mil cochinas pesetas del televisor. Mucha solidaridad y mucha gaita, pero me juego la tecla Ñ del ordenador a que, en cuanto pasen de moda y los vecinos vuelvan a sus casas y todo el mundo se relaje, una madrugada llegará el del juzgado con unos antidisturbios y en cinco minutos estarán en la calle, y vete a reclamar al maestro armero.

Bueno. Les estaba hablando de la niña presunta y de los hipocondríacos paterfamilias que azuzaron a sus hijos contra ella. Y estaba por preguntarme quién fue el imbécil que dijo eso de que España es tierra de Quijotes. O aquel jenares no tenía ni la más remota idea de en qué país se jugaba los cuartos, o nos estaba pintando el amoto de verde. Como mucho, a lo mejor eso de Quijolandia era antes, y según y cómo. Ríes lo que los españoles hemos sido siempre, incluso en los mejores momentos de nuestra historia -bellos motines y heroicas asonadas-, es una pandilla de Sanchopanzas analfabetos, insolidarios, proclives al escopetazo cainita con posta lobera, que sólo encontramos unidad a la hora de la envidia, el degüello o el linchamiento. Porque hay cosas que en este país desgraciado podemos hacer fatal; pero aquí envidiamos, degollamos y linchamos a la gente como nadie. Y lo que más encona el asunto, lo que más energía imprime a la mano que abre la navaja o empuña la piedra de lapidar, es nuestro propio miedo. Nuestra presunta ignorancia.

Eso antes era una excusa. Quiero decir que aquel pobre,

valeroso y miserable animal de bellota que empalmaba la navaja para degollar franchutes más o menos ilustrados, y luego se uncía al carro del mayor hijo de puta que ciñó corona en España para gritar ¡Vivan Jas caerías!, carecía de información y de medios para el análisis crítico, y así fueron las cosas, Pero en estos tiempos ya nadie puede esgrimir la coartada que siempre permitió barnizar de bonito hs atrocidades patrias. El que tiraba judíos o moros al pozo, el campesino que, azuzado por el cura, mataba liberales a pedradas, el miliciano que arrastraba por la calle al de derechas hecho filetes, y todas las viceversas que ustedes quieran, podían alegar, en su descargo, la malabestiez de sus personas, embrutecidas por siglos de oscuridad, desesperación e ignorancia. Pero ahora ya no vale. Ahora todo el mundo sabe leer, y conoce tiendas donde venden libros, y va al cine, y ve la tele, y hay, manipulada o no, más información circulando de la que hubo nunca. Y ahora la que se queda preñada es porque quiere, y quien trinca un síndrome es porque quiere, y quien se mete un gramo de algo por donde sea es porque quiere, y quien le da su apoyo parlamentario al PSOE o al lucero del alba y cree en los reyes magos es porque quiere, Aquí ya no se encuentran inocentes ni en las incubadoras.

El asunto de la niña de marras, como todos los linchamientos insolidarios y cobardes en este país, no tiene más causa que el egoísmo, la falta de caridad, la mala fe de una condición humana agravada en sus peores aspectos por la ciénaga mezquina, demagógica, autosatisfecha, en que chapoteamos a diario. Aquí se deja morir a gente en las aceras sin tan siquiera una mirada de piedad. Exigimos una televisión más culta y después nos sentamos ocho millones a ver programas de intenso efecto laxante. Apuñalamos por un partido de fútbol o por el color de una piel. Escarnecemos en mujeres de presidiarios lo que nadie osó en sus maridos cuando eran canallas libres y poderosos. Enseñamos a críos de cuatro años, desde bien temprano, a meter la mano con la piedra en el tumulto para rematar al desgraciado que está en el suelo. Somos zafios, ruines y cobardes demasiado a menudo. Por eso hay días que me avergüenza ser español.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Los que no se estiran

Tuve amigos que ya no lo son, porque eran demasiado lentos a la hora de pagar una copa. Fulanos de esos a quienes la llegada del camarero con la cuenta del bar o del restaurante sorprende siempre con la atención puesta en otro sitio, o buscándose una cartera o unas monedas que no encuentran, o mirándote indecisos, cual embargados por duda metafísica. Claro que aún puede ser peor. Está el que abre la cartera, te mira a los ojos muy serio y dice aquello de: -Vamos a medias, no? Los hay de todo tipo y pelaje. Desde el que siempre apunta eso de la próxima corre de mi cuenta, pero nunca llega la próxima, hasta el especialista en pagar las cañas sólo cuando la siguiente ya es etiqueta negra. O el que te invita a cenar con dos señoras, y al llegar la cuenta sugiere que cada cual, incluidas las señoras, se pague su parte; y es tanta la vergüenza ajena, que al final dices venga, déjalo, hombre, no te preocupes, de verdad, ya pago yo, hijo de la gran puta. Que la próxima vez va a cenar contigo el mercader de Venecia. Hay también una variedad más sofisticada; la del que se deja invitar cinco o seis veces seguidas, y cuando por fin ya no tiene escapatoria -ha llegado la factura y tú, con las manos encima de la mesa, lo estás mirando- hace el gesto de sacar la cartera, cuenta muy serio los billetes, esboza un rictus de contrariedad y deja que le prestes tres o cuatro mil pesetas, que no le alcanza.

No es nuestro pecado capital, y me alegro. Tal vez por eso, porque a la hora de estirarnos en la barra del bar somos un pueblo generoso y buena gente, este país llega a ser soportable y los guiris, cuando vienen, se quedan encantados. Que si no, de qué. Yo diría que el nuestro es el único lugar del mundo en que un forastero con amigos locales o un turista en buenas manos pueden recorrer todos los bares de Madrid, de Sevilla, de Bilbao, noche tras noche y sin que le permitan gastarse un duro. Aquí, pagar una copa no parece una obligación, sino un honor mezcla de hospitalidad y de chulería en pían vamos anda, guárdate eso ahora mismo. Otros seis tintos, Manolo, y unas tapitas. Nos ha jodi-do aquí, el alonsanfán.

Y entre aborígenes, tres cuartos de lo mismo. Cuando andaba muy tieso de viruta, uno de los chorizos habituales en La Ley de la Calle -aquel programa marginal de putas, delincuentes y presidiarios, que estuvo cinco años en antena hasta que se lo cargaron Jordi García Candau y Diego

Carcedo en cuanto le dieron el premio Ondas-, empalmaba navaja y daba una siria en cualquier esquina antes de ir al estudio de RNE, a fin de pagar una ronda cuando nos íbamos de copas después de la emisión. Porque en eso de preguntar qué se debe, como en muchas otras cosas, los humildes y los desgraciados tienen dignidad y vergüenza torera. Más que los directores generales, la presunta gente de bien, los políticos y los meapilas.

Porque ya me dirán ustedes. En España se perdona todo menos cortarse a la hora de pagar las copas, y por eso anda espeso el ambiente. Aquí resulta que cierto personal ha estado tirando de fino La Ina y lonchas de pata negra, venga palmas para acá y para allá, ozú los enanos de Tafalla, la gente guapa y la porcelanosa biutiful y la madre que la parió, y venga a contratar guitarristas y cuadros flamencos y lavanda inglesa de Gal. Y resulta que ahora, después de haberse calzado, ellos o sus compadres, todas las botellas del bar, los fulanos se escaquean sin pagar la factura que presenta el camarero. Y te quedas patidifuso viendo cómo dejan pagar a todo el mundo sin echar ellos mano a la cartera, mirando hacia otro lado, imperturbables, como si las quince mil de la dolorosa no fueran con ellos.

Y eso sí que no. Porque la gente bien nacida es la que da con los nudillos en la barra y pregunta qué se debe. Y aunque sean los últimos mil duros, uno los saca, los pone encima de la mesa y se va con la cabeza muy alta y sin descomponer el gesto, sin montar números ni hacer alardes ni buscarse coartadas. Se paga la cuenta tanto sí el vino salió: bueno como si salió malo, porque así debe entrar y salir uno en los bares de España. Quizá por eso Mario Conde me cae bien ahora; por el temple con que abona sus copas sin perder la compostura y sin pestañear. Deberían aprender de él, y de mi amigo el que sirlaba en las esquinas para pagar su dignidad y nuestras cervezas, todos esos borrachos miserables que salen tambaleándose del garito a vomitarnos en la acera, intentando que haya suerte y la factura la paguen otros.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La noche de autos

El tic tac del reloj sobre la mesilla de noche lo mantenía despierto. Inclino un poco la cabeza sobre la almohada, lo necesario para escuchar la respiración pausada de la mujer que dormía a su lado, y después estuvo un largo rato muy quieto, con los ojos abiertos en la oscuridad. Contó hasta trescientos tic tacs, y luego oyó sonar, a lo lejos, dos campanadas en el reloj del ayuntamiento. Eran las dos de la madrugada y, salvo el latir del despertador y la respiración a su lado, en la almohada, el silencio de la casa era absoluto. Todos dormían.

Se incorporó despacio, con toda la cautela posible en su cuerpo limitado por la artritis, la fibrosis pulmonar, las goteras de setenta y cinco años largos. Setenta y seis en noviembre, si llegaba. Sintió el frío del suelo en la planta de los pies y buscó las zapatillas a tientas en la oscuridad. La tensión le hacía batir la sangre en los tímpanos como el parche de un tambor cuando, con un último esfuerzo, se levantó centímetro a centímetro de la cama. Crujió el somier mientras la mujer se removía, inquieta, y pronunciaba algunas frases ininteligibles. Et permaneció así, inmóvil, angustiado, observando con ansiedad el bulto oscuro en la penumbra, hasta que la respiración de ella recobró el ritmo tranquilo. Sólo entonces avanzó unos pasos y, siempre a tientas, se puso la bata de felpa sobre el pijama. Después salió al pasi-W y cerró la puerta.

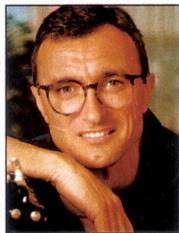
Era jugársela, y lo sabía. Reflexiono una vez más sobre aquello con la espalda apoyada en la pared, sintiendo la opresión del costado, la aspereza de los pulmones, el dolor en las articulaciones. Pero ya no podía soportarlo más. Estaba harto de la presión a que se veía sometido día tras día; al límite de tanta recriminación absurda, de tanta incompreensión e intolerancia. Que si papá esto y que si papá lo otro. Que si en un hospital o un asilo tendría usted que verse, para saber lo que vale un peine. Etcétera. Unos nazis es lo que eran, desde el primero hasta el último. Desde su mujer hasta el cabrón de su hijo Manolo, Nazis sin consideración y sin conciencia.

Llevaba días meditando aquel plan. Y ahora que estaba a punto de ejecutarlo, sentía la excitación de los viejos tiempos, cuando él era joven, y el mundo era grande, y lleno de promesas, y todo era posible. Cuando la vejez no era sino un fantasma impreciso, distante. Cuando él aún era dueño

de su destino, en vez de prisionero, como ahora, de la supuesta piedad filial, el pensamiento lo enardecía, y la taquicardia se le puso en ciento veinte. Había cruzado el Ebro con la 223 Brigada mixta, el agua por el pecho y los nacionales dando candela desde la otra orilla, con dos cojones. Y aún era un hombre de los que se visten por los pies. Un hombre libre.

Al pasar junto a las ventanas, la luz de la luna recortaba su silueta en el pasillo. Recorrió la casa en silencio, asomándose con cautela a sus habitaciones, echándoles un vistazo uno por uno. Al hijo mayor, la nuera, la otra hija, los canalicos de los nietos. Todos dormían a pierna suelta, ajenos a lo que estaba a punto de ocurrir. Sólo ante la cuna del más pequeño sintió vacilar un momento su determinación. Solían enarbolarlo como bandera a la hora del chantaje. Mire usted a su nieto, papá. Aunque sólo sea por él. Y era cierto. Le habría gustado verlo crecer, llevarlo de la mano e indicarle los escollos de la vida, la pleamar, la resaca final en la orilla de la soledad y del recuerdo. Pero ni siquiera por el nieto merecía la pena soportar aquello.

Se acercó a la cama del hijo mayor y durante un largo rato escuchó su respiración tranquila. Después, a tientas, fue basta la percha donde estaba colgada su ropa. Al redoble de la sangre en los tímpanos se aceleró, semejante a cañonazos. Si alguien se despierta, pensó, estoy listo de papeles. Pero ya no podía volverse atrás. Alea facta est, que dijo aquel fulano en situación parecida. No se llega tan lejos para volverse atrás, así que introdujo la mano en los bolsillos de la chaqueta de su hijo, tanteando hasta dar con el tabaco y el mechero. Después se fue despacito, sin hacer ruido, a encerrarse en el cuarto de baño. Allí abrió la ventana y encendió un ducados. Era su primer pitillo en un año. Aspiraba el humo lentamente, con deleite, preguntándose qué dirían los médicos, su mujer, sus hijos y la nuera, si pudieran verlo allí, fumándose el ante el espejo, Entonces hizo una mueca burlona y sonrió, feliz. Que se fueran todos a la mierda.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Menos mal que fue allí

Estas semanas pasadas estuve viendo en la tele cómo se les encharcaba el paisaje a los holandeses, ya saben, que si los ríos y los polderes y demás, con el agua por el techo y el personal remando en la calle. Como en Venecia, pero más rubios y más cabreados. Y se admiraba uno de la disciplina y la formalidad con que allí encaraban el asunto: los de Protección Civil arriba y abajo con sus zodiacs recién hinchadas y sus walkie-talkies que funcionaban, los militares poniendo sacos de arena a diestro y siniestro, las zonas de peligro debidamente señalizadas, las decenas de miles de damnificados atendiendo las indicaciones de las autoridades, pendientes de la radio y la televisión para recibir instrucciones, en filas ordenadas para la ayuda correspondiente, etcétera. Por no hablar del impecable alojamiento en limpios albergues, colegios y gimnasios, cada niño salvado con su perrito y su hámster, y los voluntarios de la Cruz Roja tirándose al agua para rescatar a las gallinas que se llevaba la corriente. O sea, que les salió de cine.

Yo no sé si la gente en los países del norte de Europa es más solidaria, o disciplinada, o responsable, ni maldito lo que me importa. La verdad es que tienen que aburrirse horrores con tanta asepsia y tanta formalidad, con los policías ayudando a las ancianitas, los niños en bicicleta, los canales con semáforo, y las putas sindicadas y haciendo calceta detrás de los escaparates con visillos primorosos y la pegatina de Visa y American Express en la puerta. Pero de lo que sí estoy seguro es de que, en las crisis, el sistema les funciona como un reloj. Lo mismo para gasear judíos, es un suponer, cuando la cosa les llega por conducto jerárquico y con todas las pólizas correspondientes, que para fabricar Volvos y premios Nobel, ponerle el sol por las bravas al imperio de los Austrias, o para organizarse en los túneles del metro cuando a un general gringo se le ocurre carbonizar Dresde para el cumpleaños de su hijita Jenifer. Al final, como en Holanda, siempre es la disciplina y la eficacia lo que los salva. Fíjense si no, en el detalle de que, a pesar de tantos cientos de miles de desplazados y tanto desparrame, en las inundaciones sólo hubo un muerto, creo. Y de casualidad. Y ahora imaginenselo aquí.

O sea. Que de tanto sacar santos y vírgenes en rogativas para que llueva, resulta que se desborda el Ebro, o el Mar Menor, y se va todo a tomar por saco. No vean qué telediaros. La gente chapoteando para salvar el Ford Fiesta de la

riada mientras en TVE el pobre Matías Prats Jr. asegura que tranquilos, no pasa nada, con las gotas de sudor cayéndole como puños. Y Carrascal, en la otra y a lo suyo, gritando inmersión, inmersión, y esto se veía venir desde que Franco era cabo. Eso, en lo que se refiere a la tele.

Ahora, sobre el terreno, el agua llevándose todas las ovejas de Extremadura, los bomberos de Comisiones en huelga y los de UGT en plan borde por lo de la PSV, los walkies de la Guardia Civil con las pilas sulfatadas -la última contrata de pilas la negoció personalmente Roldan-, y los soldados insumisos diciéndole al general que en el barro se va a meter su puta madre. El ministro Borrell ahogándose porque nadie le avisa de que ya no hay puente, y se caen al río él, cuatro escoltas y los ochenta y cuatro periodistas que casualmente lo acompañan ese día, cuando acude a solidarizarse con los damnificados, A todo esto, Sabino en plena tajada sugiriendo que se moje el rey -no sé si captan mi astuto juego de palabras-. Nieves Herrero haciéndose cargo del asunto.

Radio Nacional de España abriendo los informativos con la grave situación en Chechenia. Aznar con flotador de patito -no queremos señalar, etcétera- mientras nada y guarda la ropa. El honorable Pujol asegurando, en subtítulos, que estas cosas ocurren cuando la opresión madrileña mantiene su bota claveteada en el cuello de las autonomías, y aprovechando para exigir -y obtener- la declaración de zona catastrófica para Cataluña aunque la inundación haya sido en Albacete. Y un mazo de manijas con mochos de fregar y botas de agua cortando el tráfico para decir que la culpa de que se haya ahogado su Manolo la tiene el PSOE, mientras preguntan si viene Lobatón, Felipe, dimite, el clima no te admite. O sea, una vergüenza. Además, siete mil quinientos muertos, sin contar los trescientos turistas que pasaban por allí buscando el sol de España. Las indemnizaciones podrían cobrarse algo después de las correspondientes a la presa de Tous, o sea, hacia el año 2039 después de Cristo. After Christ, para los palmados guiris. Menos mal que fue en Holanda.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Cuánto cuento

Válgame Dios. Hay como diez mil, no sé, presos preventivos en las cárceles españolas, donde los enchiqueran desde toda la vida durante meses y años hasta que a un juez se le ocurre preguntar qué pasa contigo. Y resulta que, de pronto, a los analistas y a los tertulianos y a los líderes de opinión y a los políticos y a todo Cristo le da ahora por decir que si tal y que si cual, y que a ver si esto de la cárcel preventiva es un abuso, oiga. Al arriba firmante las tomas de conciencia siempre le parecen bien, por aquello de más vale tarde que nunca. Pero me mosquea, sin embargo, que el debate surja precisamente cuanto está pasando por el talego tanto mangui de cuello blanco, o sea, gente con viruta afiliada al Club de los Favores Mutuos. De esos a los que les pides setecientos mil millones de fianza para mañana a las once y, oye, los tíos van y los encuentran.

Porque digo yo. La cárcel preventiva se establece en España para dos clases de fulanos; los que son muy peligrosos si andan sueltos, como Violadores recalcitrantes, psicópatas, homicidas malos de verdad y gente así, y los que pueden escaquearse del largo brazo de la justicia. O sea, que la prisión preventiva puede hasta considerarse socialmente higiénica, porque evita que haya mucho cabroncete suelto. Lo que pasa es que el asunto hace agua por varias partes. En primer lugar, porque en este país la Justicia es más lenta que una película de Carlos Saura, y si Miguel de Cervantes hubiera sido preso preventivo en Alcalá Meco, en vez de un Quijote le habría dado tiempo a escribir tres. En cuanto a la segunda pega, bueno, qué quieren que les diga. A Roldan nadie le aplicó la prisión preventiva, cuando hasta la foca Peluso sabía que iba a tomar las de Villadiego de un momento a otro. A Conde sí se lo calzaron bien, pero hay que tener en cuenta que Conde era objetivo a liquidar tanto por el Gobierno como por el líder de la oposición, así que estaba cantado. Lo de Mariano Rubio, no me digan: cuatro días mal contados por el qué dirán, cuando a fin de cuentas lo suyo es todo un gobernador del Banco de España compadreado con sus colegas de la Biuti. Es Javier de la liosa quien se ha comido más marrón; pero es que lo de aquí, el Atila del Tibidabo, era -nunca mejor dicho- juzgado de guardia. Y total, han sido cuatro meses.

Entonces uno va y piensa: mira tú qué casualidad. Ahora están desfilando los tiburones de cuello blanco, y los eficaces y profesionalísimos cerebros de aquella perfecta má-

quina de presunto terrorismo estatal presuntamente antiterrorista, que se llamó GAL como podía haberse llamado PGO (Pepe Gotera y Otilio), o TPSA (Todo por la Pasta S.A.). Y nadie excluye que la próxima ronda de preventivos, que puede ser larga, incluya a varios de los mireusté que aún circulan con coche oficial y escolta. Y resulta que justo ahora, con ese panorama, y con tanto juez arrepentido de cambiar su virginidad por un plato de lentejas -captan la bonita perifrasis- y dispuesto a que brille la luz de la Dura Lex Sed Lex (Duralex), va y se pone de moda eso de criticar por excesivas las medidas cautelares penitenciarias, o sea, ei talego por todo el morro. Como si tocaran a degüello y todo el mundo procurara ablandarse el catre, por si las moscas.

Y claro. Uno no puede menos que acordarse de los colegas. De Luismi, por ejemplo, al que le rompieron el culo en la Modelo cuando con diecinueve años lo entalegaron preventivo por hacerse una tienda de embutidos. O del colega Ángel Ejarque, que es casi mi hermano y estuvo treinta años de su vida subiendo por la cara cada vez que a un madero .se le ocurría decirle estás servido. O de Salva Gracia Segovia, mi tronco del Puerto de Santa María, que lleva más maco a cuestras, preventivo y del otro, que el conde de Montecristo. O de Olimpia, mi reclusa favorita del penal de Brieva. O del Llanero Solitario y la Colina del Cuervo, el Colao y su patada al juez aquel en los piños, y sus celdas de castigo; Lourdes la novia del mensaca, juanito y sus monos a solateras, las chicas de Onda Mujer de Carabanchel, y tanta otra gente que se ha comido sus preventivas, y se las seguirá comiendo sin que nadie los nombre en una tertulia de radio, ni se preocupe por si los meses o los años que se jalen antes de que les salga el juicio son muchos o pocos. Ni nadie les haga, a la entrada o a la salida del talego, ninguna puta foto.

Creo que fueron dos viejos maestros, los periodistas Pepe Monerri y Zarco Avellaneda, quienes me contaron, hace años, que el único periódico censurado en Cartagena durante la guerra civil fue uno que tituló en primera página: Cuánto cuento y cuánta mierda. Pues eso mismo digo yo. Cuánto cuento y cuánta mierda.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Sobre toros y niños

Qué bonito y qué entrañable. La Asamblea Regional de Madrid anduvo debatiendo estos días una propuesta -de Izquierda Unida, me parece recordar-para que se prohíba, por ley, la presencia de menores de 14 años en las corridas de toros. Por supuesto, el asunto no tardó en convertirse en motivo de dimes y diretes y mienteustés. Así que cuando por fin se tome la resolución pertinente, que igual la han tomado ya, lo de menos habrán sido los intereses de los tiernos infantes y la cosa del trauma, sino más bien utilizar la proposición para hacer la púnela a los parlamentarios de la otra escude-ría, Y si además los niños van o no van a los toros, oye, pues vale, pues me alegro. Porque en esto de la esgrima política -quizá esgrimí} sea demasiado elegante, ahora que lo pienso- nuestros prohombres y promujeres electos suelen plantearse el asunto más en términos de partido de fútbol que de Otra cosa, "Les hemos metido otro gol" dicen, cuando aprueban o paralizan algo; como si lo importante fuera el marcador, y no el carácter de las pelotas.

Y es que eso de que los niños no vayan a los toros está muy bien. Podrían quedar traumatizados, como cuando se les regalan juguetes bélicos que los transmutan de inocentes criaturas en abyectos criminales, o sus papas los torturan salvajemente dándoles collejas. Así, prohibiéndoles los toros, se obliga a los padres a mantenerlos lejos de ese espectáculo sangriento, de esa España atrasada, esperpéntica, negra-me niego a poner esa chorrez de España prefinida que tanto les gusta a los faulknerianos y a ciertos sopladores de vidrio-, y podrán dedicar más tiempo a ser mejores personas y ciudadanos de provecho. Podrán, sin ir más lejos, tomar como modelos a los padres de la patria que cada día, sin distinciones de partido ni condición, nos edifican con su ejemplo, con su responsabilidad y con su culto verbo. O sentarse junto a sus papas, en familia, a ver a Isabel Gemio tartamudeando mientras le sonsaca a una pobre analfabeta cómo se lo hace al legítimo. O a citarse con la vida, con ese soplo de aire fresco que son Nieves Herrero y sus mariachis. O a enterarse de una vez de quien sabe qué, dónde, o cuando, según y como, y que a su Mariano, señora, lo vi yo hace dos meses en un bingo de Valencia. Que eso sí es moral, no traumatiza en absoluto, y cría nenes solidarios y de pata negra.

Bueno, iba a seguir así un folio más, en este plan, pero lo

cierto es que mientras le doy a la tecla estoy empezado a cabrearme. Porque es inaudita la cantidad de tontería que te sirven con el café en este país. Algunos deben de tener mucho tiempo libre para perderlo en semejantes debates, sobre todo conociendo las dosis enormes de sangre, de violencia, de ejercicio canalla de la condición humana que los niños encajan a diario. Algo a cuyo lado las corridas de toros son el colmo del refinamiento, el buen gusto y la gloria de mi madre. Porque Jesulín de Ubrique es un cruce de Santa Gema Galgani y Luchino Visconti, comparado con algún elemento de los que ilustran las calles, las sesiones de tarde, los dibujos animados, el telediario o la primera página de los periódicos.

Uno de los recuerdos más nítidos y hermosos que tengo de mi infancia corresponde a tardes de toros, cuando mi abuelo, vestido de negro, con la cadena de oro del reloj sobre el chaleco, el sombrero y un cigarro en el bolsillo de la chaqueta, me llevaba de la mano hacia la plaza con la gente caminando detrás de las mulillas, envueltos en la música del pasodoble que tocaba la banda. Aquella luz, aquellos colores, el drama que se desarrollaba ante mis ojos en la arena, eran una lección fascinante de vida y muerte para los sentidos de un crío cuyos ojos descubrían el mundo. Era terrible, hermoso y trágico a la vez. Es decir: era vida. Vida de la que no te hace mejor ni peor, sino más lúcido. Y ahora resulta que quienes se pasan el tiempo decidiendo por mí lo que tengo que ver, que escribir que leer, que comer y que votar, pretenden quitarme, al niño que pude ser hoy, ese recuerdo-aprendizaje del que aprendí, sobre mi país y mi propia historia, más que de toda la demagogia barata que me ha calzado, a posteriori, tanto mercachifle de la patria.

En cuanto a otros respetables puntos de vista, cuando Carlota, que tiene once años, ve que pongo una corrida en la tele, ya se ocupa ella de decirme, hecha una fiera: ¡Papi, quita eso, porque es una vergüenza lo que le hacen al pobre toro!. Y yo agacho las orejas y zapeo sin rechistar, porque buena es mi vástaga. Ella no necesita que ningún cantamañanas se ocupe de sus corridas de toros. Sabe cuidarse muy bien sola.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La dama y el chivato

Uno ignora a menudo qué abismos de abyección esconde en el fondo de su alma. El arriba firmante, sin ir más lejos, odia a los delatores y los chivatos desde que, en el colegio, cierto hermano marista los premiaba con palmaditas en el culo y con el privilegio de asignarles la hucha más codiciada -la del negro- el día del Domund. Después, con el tiempo, el marista prevaricador se fue al seno de Abraham, y al chivato tuve ocasión de romperle la cara años más tarde, ya crecido, so pretexto de un guateque, dos copas y una tal Maripepa. Pero me quedó el trauma. Sin ir más lejos, a Víctor MacLaglen, que me caía de maravilla porque era cuñado de John Wayne en *El hombre tranquilo* y sargento chusquero de plantilla en las películas del Oeste, lo odié profundamente cuando se berreó del IRA en blanco y negro por culpa de John Ford.

Pero ya ven lo que son las cosas. Nadie puede decir de este trinaranjos no beberé, ni a mí Madonna ni fú ni fá. El otro día, por primera vez en mi vida, denuncié a alguien. Era una de esas mañanas de tráfico madrileño en las que uno invierte cosa de hora y media en cruzar los bulevares, de semáforo en semáforo, primera-punto muerto, primera-punto muerto, etcétera. En ésas estaba, entre frenazo y frenazo, atento a dejar buena distancia con el vehículo que me precedía -cuyas pegatinas afirmaban llevar un bebé a bordo y que Asturias es la leche- cuando miré por el retrovisor y la vi. Era una señora de mediana edad, bien vestida, al volante de un coche grande, alemán, vistoso. Conducía con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía pegado a la oreja un teléfono portátil, celular, inalámbrico o como diablos se llamen, con el que mantenía intenso monólogo, Atenta más a la conversación que al tráfico, frenaba de pronto, para sobresalto de quien esto escribe, a escasos milímetros de mi parachoques trasero. La veía venir una y otra vez, dale que dale a la chachara, y en cada ocasión yo cerraba los ojos y apoyaba el cuello en el reposacabezas, diciéndome: ahora me la pega, ahora me la pega. Al cabo de un rato y de quince o veinte frenazos de la dama, yo tenía los nervios hechos polvo. Si en vez de marujona con BMW aquella individua hubiera sido artillero serbio, los bosnios se habrían rendido en Sarajevo hace la pila de tiempo, era demasiada tensión para el cuerpo.

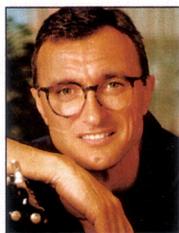
Total. Que varios frenazos después, a pesar de mis intentos por cambiar de fila y quitármela de encima, seguía con la

señora del teléfono pegada a mi parachoques con la contumacia de un Spitfire a la cola de un Heinkel durante la batalla de Inglaterra. V por fin me dio. Nada serio, es cierto. Sólo un toquecilo tipo capón, tac, sin consecuencias salvo para mi estado de nervios, que ya me salían de la piel doblándose por las puntas. Me volví a mirarla, pero ella se mantuvo imperturbable, charla qué charla. Y entonces vi que en la mano izquierda, la del volante, llevaba también un cigarrillo encendido.

Había un guardia mirando. Uno de esos uniformados que el alcalde Álvarez del Manzano tiene en las calles de Madrid para caotizar el tráfico cuando vienen a manifestarse los ovejeros extremeños o las cooperativas corchotapone-ras de Villagarcía del Rebollo. Y si digo mirando quiero decir exactamente eso; mirando, como si nada de todo aquello fuera con él. Entonces, al llegar a su altura, no pude aguantarme más y franqué, lo confieso, el límite que convierte al hombre íntegro en despreciable chivato. Como si yo fuese un alemán o un inglés cualquiera, dije algo así como verá usted, señor guardia, esa individua de atrás, o sea. Tengo entendido que hablar por teléfono mientras se conduce, en fin. ¿No hay nada que usted pueda hacer al respecto?

Lo que hizo, en efecto, el agente de la autoridad, fue sonreírme como si yo fuese idiota. Después miró al soslayo, fuese y no hubo nada; con lo que amén de abyecta, mi delación resultó inútil. Y mientras, la otra, a la que debió de parecerle que hablábamos de ella, sacaba la cabeza por la ventanilla, curiosa, sin dejar de hablar por el teléfono. Y como los coches arrancaron y yo me había quedado viendo irse al guardia con la boca abierta, aún me dio la torda un bocinazo, oprimiendo el claxon con lo único que tenía libre -el codo- para que espabilase.

Pero me vengaré. Pienso comprar un plátano y plantarme en la calle junto a cada capullo de los que encuentre caminando con el celular pegado a la oreja. No me esperes a cenar, le gritaré al plátano. Y después, muy serio, le diré al fulano que estoy hablando con Claudia Schiffer.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Una de infantas

Lo malo de esta página de El Semanal es que debes tclearla dos o tres semanas antes de que se publique, y nunca sabes qué diablos puede haber pasado entre una cosa y otra, imagínense que uno va y dice, por ejemplo, que el Titanic es un barco insumergible, estupendo, de pata negra, y el domingo correspondiente el comentario sale junto a la noticia de que el Titanic se ha ido a pique con mil quinientos pasajeros. Esto viene a cuento porque hoy -quiero decir hace tres semanas- la infama Elena todavía es soltera; pero cuando esto se publique, o sea, el domingo 26 de marzo, y a menos que en la catedral de Sevilla alguien se haya levantado a decir que tiene un impedimento -que no creo-, o que hayan proclamado la II República, la infanta Elena y Jaime Marichalar serán, presumo, marido y mujer amén de duques de Lugo.

Vaya por delante que a uno le gusta que se casen las infantas, si les apetece; porque las infantas son gente educada, que sabe estar, y además son unas señoras, y no como otras principitas aficionadas que yo me sé, chocholocos que terminan liándose con macrós de discoteca y con guardaespaldas. Y en el improbable caso de que las infantas de España no fueran como son, tampoco encontraría nada objetable a que se casaran a su aire, por la iglesia, por lo civil o por el rito malayo, si tal fuera su gusto. Esto puede parecer una perorogrullada, pero conviene matizarlo en vista de la cantidad de opiniones, debates, comentarios, juicios y chorradas que desde el anuncio de la boda nos ha venido endilgando el personal que vive de darle a la mojarra en la radio, en la tele y en la letra impresa. Pero el premio a la guipo-Hez nupcial se lo lleva cierto comentarista que, al anunciar su retransmisión de la boda, lo hizo matizando que procuraría hacer un trabajo profesional y objetivo, incluyendo todas las opiniones, a favor y en contra.

Y es que este país es la teche, que comentaba el otro día, entre caña y caña, mi compadre el novelista andaluz Antonio Hernández (el de Sangrefría y Nana para dormir francesas, que el día que encuentre un editor como Dios manda se va a forrar). Ahora resulta que la objetividad consiste en buscar a quien le ponga pegas a que una infanta de España se case, y además de blanco y en la catedral de Sevilla, y llevarlo a su programa para que lo diga. Así todo queda más equilibrado, más compensadlo, y a uno no lo acusan de monárquico o de vayaustéasaber, en este patio de Moni-

podio donde todo el mundo le tiene tanto miedo a las etiquetas y al qué van a decir, cielos, si me ven con esta pinta.

Pero lo grave del asunto no es que haya idiotas de ese calibre; sino que, seguro, encuentran contertulios dispuestos a asumir alegremente el papel. Algo así como desde mi punto de vista me parece excesivo lo de la catedral, oiga, en estos tiempos de crisis, la casa real debería dar ejemplo de austeridad: una cosita en plan Rocío Jurado y Ortega Cano, como mucho. O un gesto solidario con el pueblo: una parroquia marginal, con el cura en zapatillas de deporte bajo la sotana. Porque los Reales Alcázares son un despilfarro, y más con Roldan y el Gal y todo eso. Además, sé de buena tinta que ella de quien estuvo enamorada fue del príncipe de Bel Air. Y el traje de novia es discutible, porque ha costado una pasta con la que se podrían construir escuelas en Las Hurdes. Además, a quién se le ocurre casarse en España en estas fechas, o en este siglo. Y a todo esto, con la hípica ya se sabe: ¿consta que ella sea virgen?

Decía Loewenstein, me parece, que el análisis del hecho termina por destruir el concepto. Aquel fulano, que era un economista serio, se refería, lógicamente, al análisis serio, científico, con argumentos de rigor en la mano. Imaginense entonces lo que va a quedar de los hechos y de los conceptos en esta pobre España, donde además de la tierra quemada que nos está dejando toda esta cuerda de picaros y de mangantes, cualquier imbécil o cualquier analfabeto con acceso a firma, cámara o micrófono, tiene cuajo suficiente para pontificar sobre lo divino y lo humano con una frivolidad y un aplomo que dan escalofríos. Aquí pegas una patada en el suelo y te salen de bajo la alfombra veinte líderes de opinión expertos en derecho internacional, politólogos, licenciados en antiterrorismo, censores de las monarquías, magos de las finanzas, críticos de fino paladar sobre cine, televisión, arte y literatura, dispuestos a puntuar muy serios, y como quien no dice todo lo que sabe, si las infantas deben casarse de organdí, raso o tul ilusión, en la catedral de Sevilla o en el 13 de la rue del Percebe.

Hay que joderse.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Sobre actores y actrices

Si no van nunca al teatro, ustedes se lo pierden. El arriba firmante estuvo el otro día viendo con un amigo Don Gil de las calzas verdes, dirigido por Marsillach con una docena larga de miembros de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Es un montaje delicioso, Heno de humor y de talento, en torno a uno de los más divertidos enredos de Tirso de Molina; hasta el punió de que, en varios momentos de la obra, todo el público reíamos a carcajadas. Es una lástima que en este país nuestro los teatros no se vean muy frecuentados, pues nada es tan fascinante y acogedor como una buena representación sobre un escenario, con la penumbra del patio de butacas y el decorado iluminado, las entradas y salidas, y el encanto mágico, casi infantil, de asistir a una trama que se desarrolla en vivo, ante tus ojos.

El culpable es la ignorancia, supongo. Imagino que el miedo a toparse con un plumazo aburrido, que los hay, mantiene a muchos de nosotros lejos de un patio de butacas o de un palco en familia. Y del mismo modo que en el cine y en la literatura, en el teatro hay nombres y apellidos culpables de los polvos que trajeron estos lodos. Me vienen a la cabeza unos cuantos, entre toda la tropa de caraduras y trileros empeñados en identificar profundidad con aburrimiento, disfrazando con retórica, y oscuridad, y mucho trascendente marear la perdiz, el hecho de no tener nada que decir, y sin embargo, volviendo al escenario, cuando una obra teatral está hecha con inteligencia, ir a ella supone siempre un rato agradable. Por eso, aquella noche, el perfecto montaje del Don Gil hizo aún más intenso ese placer. Después, al terminar la función, mi amigo estuvo dándole vueltas al café hasta que se volvió de pronto y dijo: ¿Te has dado cuenta de que, incluidos los jóvenes, todos los actores eran buenos?.

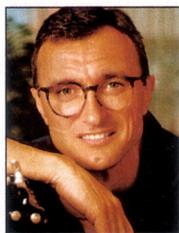
Y es que ésa es otra. Porque hablamos de la crisis del cine español; pero resulta que, salvo una docena de honrosísimas excepciones, la mayor parte de nuestros buenos actores hacen teatro, hacen doblaje o no hacen nada. En el cine y en la tele, como mucho, les caen papeles secundarios. ¿No les suena sospechoso que los actores extranjeros de una película doblada al español parezcan mejores, más creíbles, que buena parte de los españoles que hablan en su lengua original? ¿Y no es igual de sospechoso que tantas películas españolas ganen una barbaridad en su versión doblada para el extranjero? O sea. Convendrán comi-

go en que es como para mosquearse.

En otros lugares, un actor es alguien especializado en teatro o en cine, pero a menudo intercambiable. Estrellas de la pantalla llenan salas de teatro, y viceversa. Mas resulta que en España, no. Aquí el divorcio es total. Y lo es, entre otras, por una razón miserable: un actor de verdad, de pata negra, hecho con estudio, esfuerzo y experiencia, es un profesional que debe ser pagado como, Dios manda, y además no acepta cualquier cosa, y no tiene por qué andar tomándose copas en bares de diseño con los amiguetes para que le den cuartel, pues su talento debería bastar, en principio, como aval de su vida profesional.

Pero ya ven. En este reino de la improvisación y la chapuza, donde todo vale para cualquier cosa, cualquier tetona de concurso televisivo, cualquier mozo con cara simpática, cualquier niña guapita que pasa por ahí, se autocalifica como actor o actriz y además la gente hace como que se lo traga. Y los productores, encantados; porque les sale más barato y así contratan a tres por el precio de uno. Al final, lo de menos es la credibilidad, la modulación, la voz, el gesto, el cómo decir la cosas para que la ficción parezca realidad y nos conduzca al mundo mágico de lo imaginado hasta hacerlo más real que la vida misma. Un compadre mío, Antonio Cardenal, produjo hace poco una película muy divertida que ha sido un éxito y me alegro; porque el guión, ingenioso y bien desarrollado, consigue hacer olvidar la infame actuación de una primera y primeriza joven actriz -trasplantada de un concurso de la tele- que está tremenda, eso sí; pero que supone la negación absoluta de la palabra interpretar ante una cámara.

En fin. Valgan estas líneas como saludo y homenaje a todos ellos. A esos actores de verdad que desaparecen, o se refugian en el teatro ignorados por el gran público, o malviven en las comedias de la tele y en el cine dando la réplica a personajes protagonistas encarnados por niños y fantasmas cuyo papel, en otro tiempo, no habría ido más allá de decir: ¡La cena está servida! Eso, en el caso improbable de que alguien les hubiera permitido abrir la boca.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Siempre nos quedará París

Hoy le toca a la dulce Frans. Hace un par de semanas se celebró el Salón del Libro de París, que este año los gabachos tuvieron el detalle de dedicar a España, y por allí anduvo una veintena larga de nombres de la vida literaria española, más o menos traducidos al francés. Esos días era posible encontrarse, por ejemplo, a mi vecino de página Javier Marías cogiendo un taxi en el bulevar Saint Michel, a Arrabal y Nieva discutiendo de teatro en la Puerta de Versailles, a José Luis Sampedro con su osamenta quijotesca en las librerías de Montparnasse, a Vázquez Montalbán en cualquier restaurante de la orilla izquierda, o a Antonio Muñoz Molina y al arriba firmante paseando bajo la lluvia por el Luxemburgo, en peregrinación hasta la Closerie des Lilas para rezarle un padrenuestro imaginario a la estatua de don Miguelito Ney, el bravo entre los bravos, fusilado después de aquella metida de gamba de Walerloo.

Y como los franchutes esto de la cultura se lo toman en serio, pues la verdad es que se volcaron en el asunto. Hubo especiales de las revistas literarias, interés de la prensa y la tele, entrevistas y cosas así. Lo curioso es que un salón que es el más importante de Europa después de Francfort, con España como ojito derecho -ton lo que son para sus cosas los franceses-, haya tenido escasa repercusión en los medios informativos de aquí, salvo honrosas excepciones entre las que se contó Canal Plus. Tenía su guasa ver por allí a televisiones francesas, alemanas y suecas, y que los españoles estuviésemos todo el día largando en los telejournates o como se llamen, mientras que a la TVE, que tiene corresponsalía en París, rué de Courcelles, nadie la vio ni de lejos. Claro que a lo mejor también estaban en Sevilla, movilizados con lo de la infanta.

Y en cuanto a la embajada de España, qué les voy a contar. Ni al agregado cultural! ni al embajador se les ocurrió, no digo ya decir hola buenas, sino mandar una botella de vino. Tampoco es que nadie necesite que la gente del ministro Solana le pague una copa, pues el que más y el que menos puede rascarse el bolsillo para un Beaujolais en cualquier tasca parisina. Yo me refería a la cosa del detalle, habiendo allí gente de respeto, con canas, como Sampedro o Nieva. Como anécdota, contarles que a Fernando Arrabal y señora no les pasaron invitación, y estaban haciendo cola en taquilla cuando un responsable del salón los reconoció ¡momiEUR Aggabal, ! nais c'est terrible, quesqtievufé id,

mondieu- y se hizo cargo de lui. O sea que, resumiendo, los de la embajada de España en París quedaron como unos guarros. Dicho sea con ánimo de ofender.

Porque los franchutes son como son, o sea, muy suyos de vez en cuando; y en las entrevistas siempre sacan a relucir el olé-olé y te preguntan cómo pudimos aguantar a Franco cuarenta años (el arriba firmante siempre responde que igual que ellos cinco a los alemanes, con la policía de Vichy deportando judíos). Pero hay que hacerles justicia: cuando está de por medio la palabra Cultura, siempre la pronuncian así, con mayúscula. Quizá por eso, incluso en un país donde el taxista que te trae del aeropuerto es vietnamita, el camarero que te atiende es magrebí y el gendarme que te detiene es camerunés, la gente (y eso incluye al taxista, al camarero y al gendarme) sigue hablándose de usted. En Francia, cultura es sinónimo de patrimonio nacional; y eso incluye literaturas extranjeras, adoptadas como propias a partir del momento en que se traducen al francés. Aquélla es una república donde ni siquiera la infame pirámide de cristal que Mitterrand le endilgó al Louvre pudo impedir que a ese museo siga llamándosele, con orgullo, La Maison du Roi. Un país donde todos tienen muy claro qué es el arte de toda la vida y qué es la farfolla, y donde un crítico habla de libros que ha leído, a la luz de otros que también ha leído, en vez de sentar doctrina a base de ojear solapas con un bagaje literario que no va más allá de Mortimer el minimalista de Arkansas y la madre que lo parió. Porque hay cosas muy serias que no se improvisan; y entre ellas, la cultura entendida como palabra escrita o hablada, el arte como huella de la historia en común y la memoria, son el cimiento verdadero de lo que se entiende como patria; y no algo coyuntural a repartirse entre buitres, analfabetos locos por eptar al prójimo, y sopladores de vidrio. O de diseño.

A veces uno se pregunta si no terminará de viejecito exiliado, paseando en invierno por la orilla del Sena con boina, abrigo zurcido y un viejo libro en el bolsillo. Porque a los españoles, cuando todo se va al carajo, siempre nos queda París.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Muerto en intento de fuga

Tengo un amigo que es funcionario de prisiones, o sea, boquera del talego. Y un día, hace algún tiempo, me invitó a tomar un café y puso encima de la mesa un paquete de viejas fichas de cartulina de los años cuarenta. -Échate un vistazo a esto- me dijo.

Y se lo eché. Resulta que mi amigo había estado clasificando antiguos archivos carcelarios de los años siguientes a la guerra civil, de prisiones que ya no existían y cosas así, y a la hora de mirar los legajos procedentes de la antigua cárcel de Talavera se había encontrado con algo curioso. Fui pasando fichas, una tras otra. Siempre un nombre, profesión y demás datos, y acto seguido: Muerto en intento de fuga. Seguí mirando fichas, y todas terminaban con la misma coletilla: Muerto m intento de fuga. Había treinta o cuarenta, y todas terminaban igual Lo extraño es que la fecha siempre era la misma, que lamento no recordar con exactitud. Un día de otoño, me parece, del año 42. Mi compadre el boqui me observaba muy serio: -Ese día se quiso escapar demasiada gente, no?

Miré las profesiones. Casi Lodos eran campesinos, obreros, gente muy humilde, con largas condenas o cadenas perpetuas por su actuación en la guerra civil. Había tres fichas con el mismo apellido, hermanos, supongo, de profesión jornaleros. Otro que recuerdo bien porque me llamó la atención el oficio que figuraba en la ficha: aprendiz alpargatero. Justo ese tipo de infelices que nunca tiene quien le eche una mano, ni hable con el jefe local de falange o el coronel amigo de la familia, o cosas así. Anónimos don nadies sin pena ni gloria. Algunos eran muy jóvenes, y tampoco faltaba la gente mayor, labradores y peones con cincuenta o más años. Éa algunos de los motivos de prisión figuraba haber sido militantes socialistas, comunistas o anarquistas, aunque la mayor parte de las veces sólo se registraba su participación en tal o cual hecho. Ninguno de los cargos era extraordinario, ni vi delitos de sangre. Supongo que ese tipo de presos ya estaban fusilados a tales alturas del año triunfal.

De aquellos infortunados fuguistas y sus atrocidades, recuerdo especialmente a uno: participó en la quema de una imagen sagrada. En el apartado profesión no figuraba nada, su origen era extremeño y andaba por los cuarenta años. La ficha llevaba grapado un papel que le habían hecho firmar

a su viuda cuando fue a visitarlo y le dijeron que su marido estaba muerto.

El café me supo amargo, como a menudo le sabe a uno el café cuando hurga en los rincones más sombríos de este país desgraciado, donde durante siglos y siglos tanta pobre gente se ha estado fugando de cuarenta en cuarenta. Miraba nombres e imaginaba rostros quemados por el sol y arrugados de miseria, sin afeitado, con el miedo y la resignación que a un hombre, acostumbrado a sufrir desde que nace, se le pone en los ojos cuando mira el cañón negro de un máuser. Después, mi amigo reordenó el mazo de fichas y se lo metió en el bolsillo.

-¿Qué vas a hacer con eso? -pregunté.

-Nada -se encogía de hombros-. Devolverlo a su sitio, supongo. Intentar olvidarlo.

-Pero alguien firmó esas órdenes -protestó mi viejo instinto de periodista-.

Detrás de cada una de esas fichas hay una mesa de despacho, un escritorio, un asesino. Igual anda todavía por ahí, viejecito honorable, flaco de memoria.

Mi amigo el boqui se echó a reír:

-No seas idiota. Los asesinos somos tú y yo. Es este país. Somos todos nosotros.

Después cogió sus fichas y se fue, y me dejó sabiendo cosas que habría preferido no saber. Cada uno tiene sus propios agujeros negros, sus personales fantasmas que vienen de noche a tirarle de los pies; y a partir de cierto momento, maldita la falta que hace aumentar el peso de la mochila. En cuanto al boqui, nos hemos visto en alguna ocasión después de aquello, y nunca volvimos a mencionar el tema. Pero por su culpa, en esos ratos que te quedas mucho tiempo despierto en la oscura -dad, veo ahora a veces el rostro de un aprendiz de alpargatero, o el de un pobre hombre sin oficio que quemó una imagen sagrada cuando la República, o el de una viuda obligada a firmar el expediente de su marido muerto, o las sombras de treinta o cuarenta infelices a los que alguien, hace cuarenta y tres artos, -decidió aplicar silenciosamente la ley de fugas, en Talavera. Y nunca le perdonaré a mi amigo haber unido sus fantasmas a los míos.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Patatas

Total. Que el otro día fui a hacer la compra, y me cobraron cuatrocientos y pico por tres kilos de patatas. Y entonces recordé, hace un par de años, a grupos de agricultores españoles regalando tubérculos en las carreteras porque a ellos se las pagaban a duro el kilo. Naturalmente, dejaron de plantar patatas y cultivaron coles de Bruselas, marihuana en macetas o se fueron a las oficinas del INEM. El caso es que ahora no hay patatas. Y las que hay cuestan un ojo de la cara, porque son raras como pepitas de oro o las traen, yo qué se, de la Mongolia Citerior.

Vaya por delante que no tengo la más remota idea de agricultura o de economía, salvo que las plantas crecen hacia arriba (no todas, creo) y que un fantasma recorrió Europa hasta que el fantasma se volvió tan canalla como los demás, o le pegaron dos tiros. Pero en su indigencia técnica, el arriba firmante cree que durante toda la vida (me refiero a los últimos quince o veinte siglos) el agricultor siempre anduvo plantando lo que estimó conveniente. Después se equivocaba o no, y pagaba el precio de su error unido al ya terrible precio de la sequía, el pedrisco, los recaudadores del rey y demás gajes del oficio. Pero era él quien se equivocaba. Ahora resulta que quien siembra tomates en Mazarrón, por ejemplo, tiene que sembrar exactamente treinta y siete matas un año sí y dos no, aunque sus hijos tengan que ir al cole y comer caliente, porque a unos fulanos en Bruselas les sale esa cuota del disco duro.

Insisto en que toda mi ciencia económica se queda en las tres reglas -hay otra, la de multiplicar, pero ésa los españoles la usamos poco-. Así que en esto resulto muy analfabeto, casi primitivo flamenco. Por eso agradecería que alguien experto en macroeconomía y en parámetros, o como se diga, me lo explicara despacito. Porque habrá sin duda muy poderosas razones para que yo baya pasado media vida oyendo que los españoles teníamos que matar nuestras vacas, cerrar los altos hornos tal y las factorías cual, arrancar nuestras vides, desguazar los pesqueros, renunciar a los contratos de trabajo estables, costearnos pensiones de jubilación, seguros de enfermedad alternativos, y pagar unos impuestos de la madre que los parió. Una vez hecho todo eso, los alemanes nos iban a invitar a cerveza gratis, los franceses dejarían de quemarnos camiones y los ingleses nos darían besos a tornillo poniéndose esos ligeros negros de encaje con los que, de vez en cuando, encuentra

Scotland Yard asesinados a sus ministros y jueces y gente respetable de Oxford.

Y ahora resulta que no. Que hemos matado las vacas, arrancado las vides y todo lo demás (también hemos plantado girasoles en todas partes; que no sé si tendrá que ver, pero ya aborrezco hasta los de Van Gogh) y ahora comemos filetes de ternera normanda, freímos huevos peruanos importados por Bélgica, conducimos coches franceses con piezas fabricadas en Taiwan, exportamos caballa moruna pescada por Greda, y hasta echamos una cana al aire' quien la echa, con lumis ucranianas que traen proxenetas alemanes, Además estamos en Schengen, sin fronteras interiores, y eso facilita la movilidad de las personas y las mercancías facilita, por ejemplo, que las mafias húngaras que sobornan a aduaneros austríacos puedan traernos heroína en los camiones TIR sin más problemas, y que los traficantes de arte puedan llevarse a Londres o Rotterdam ese retablo barroco o ese Goya al que tienen sentenciado hace años. Pero ojo. Que a mi vecina no se le ocurra plantar una hierbecita de albahaca más de la cuenta en la terraza de su casa, porque entonces cualquier mamporrero comunitario, o cualquier canadiense con redaños y mala leche, le dirá oiga usted, señora, que se está pasando. Y la CEU, y la OTAN, y su puta madre, mirando mientras hacia otro lado ante la sonrisa inalterable del ministro Solana, siempre dispuesto a defendernos con el coraje de un tigre de Bengala.

No me cabe duda de que todo eso tiene una explicación, porque es imposible que nuestra vida haya estado en manos de imbéciles y/o cobardes durante tanto tiempo. Lo que creo es que están tan ocupados luchando contra la corrupción y afianzando la democracia con firme pulso e impasible el ademán, que no tienen tiempo para explicar nada. Y lo comprendo. Pero que ellos también comprendan que me impaciento. Veo que se van a ir de un momento a otro, con prisas y de mala manera, y me preocupa quedarme con tantas dudas; sobre todo porque tampoco lo tengo claro con ese gachó (!mienteustésornzález!) que viene de relevo. Quizá el último, el que se quede a apagar la luz. Si es que alguien apaga la luz.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

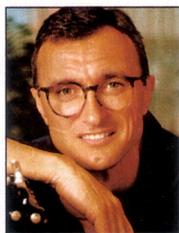
La bandera de Annecy

Hay un lugar en Francia, en el valle de la Lozere, con una placa que contiene los nombres de noventa y tres maquisard franceses y veintitrés guerrilleros españoles que murieron el 28 de mayo de 1944 combatiendo contra tropas de élite alemanas. Como ese lugar hay cientos repartidos un poco por aquí y por allá, con placa o sin ella, en la Europa que ardió de punta a punta hace cincuenta años. A estas alturas, el bando en el que lucharon me da lo mismo. Hubo aragoneses defensores de Stalingrado con el Ejército Rojo, andaluces de la División Azul peleando en las orillas heladas del lago limen, legionarios gallegos y asturianos que murieron en los fiordos de Narvik o entre los pedregales de Bir Hakeim, anónimos voluntarios de las Waffen SS entre los últimos defensores de Berlín, guerrilleros catalanes y valencianos exterminados en el maquis, vascos asesinados en Mathausen. No hubo vencedores en los combates que libraron al morir, porque en cualquier guerra los muertos son siempre los vencidos. Y sobre sus huesos indiferentes pasan ahora carteleras, crecen campos y ciudades, languidecen viejos cementerios de una Europa siempre egoísta, desmemoriada e ingrata.

De todos ellos, que eran compatriotas, paisanos o parientes, tal vez sean nuestros republicanos los que más me conmueven, pues son los que más sufrieron. Pelearon tres años por sus ideas o porque no les quedaba más remedio y luego, derrotados y exhaustos, cojeando de sus heridas, temblando bajo mantas raídas y a veces llevando con ellos a sus viejos, sus mujeres y sus zagales, se internaron en Francia con un poco de tierra española en el puño que llevaban en alto hasta que los gendarmes de los campos de concentración les obligaron a soltarla a culatazos. Pasaron miseria en Argeles, construyeron fortificaciones o se alistaron en la Legión Extranjera y los batallones de marcha. Luego vinieron los alemanes y toda Francia se fue a tomar por saco y se encontraron fugitivos, entre dos fuegos, sin otra salida que echar mano a los fusiles que tiraban los soldados en retirada y vender cara su piel. Lucharon en el maquis, escaparon a Inglaterra cuando Dunkerque, fueron detenidos por los alemanes o entregados por los mismos franceses, murieron en los campos de exterminio nazis, liberaron Francia y combatieron en suelo alemán, y algunos, una pequeña parte de los que cruzaron los Pirineos en 1939, aún quedaron para contarlos.

Tengo delante, en el momento de escribir estas líneas, un mazo de viejas fotografías. El cadáver del jefe de la 15ª brigada de guerrilleros franceses, el español Miguel López, fusilado en Baradoux. Los vehículos blindados Madrid, Teruel, Belchite, Guadalajara y Don Quijote de la División Leclerc entrando en París. José Crespillo, piloto de la aviación soviética, derribado sobre Rusia en agosto de 1944. El capitán Dronne con dos oficiales españoles. Granell y Bernal, preparando el asalto a una central telefónica ocupada por los alemanes. Los legionarios Salvador Gutiérrez y Manuel Sánchez, que sonríen a la cámara horas antes de morir en la toma de Colmar. Tres guerrilleros, dos soviéticos y uno español, del destacamento Medvédev. Américo Brizuela y Facundo López, partisanos españoles muertos en el combate del río Drave, en Yugoslavia. Y dos anónimos guerrilleros españoles con armas capturadas a los alemanes, arrastrando una bandera nazi por las calles de Annecy.

No hay nada glorioso en la guerra. Sólo dolor, sangre y mierda. Los monumentos y los homenajes y las banderas y las fanfarrias los barajan aquellos hijos de puta que nunca estuvieron en un agujero lleno de barro, con el miedo en los ojos y la boca seca, ni jamás tuvieron que salir de allí para correr ladera arriba en nombre de vaya usted a saber qué, con la metralleta zumbando por todas partes, cuando no te importa ni el lugar de dónde vienes ni el lugar adonde vas, y sólo ansias correr, y correr, y correr hasta que todo termine de una puñetera vez. Pero, incluso sabiendo todo esto, cuando repaso las fotos de esos fulanos bajitos, morenos, mal afeitados, que me miran desde el papel amarillento y la distancia de cincuenta años, no puedo evitar un estremecimiento, y que me venga a la boca una sonrisa agri-dulce, quizá tierna. Una sonrisa instintiva, de orgullo solidario. A fin de cuentas eran mis paisanos, y no se dejaron degollar por ahí afuera como borregos. Estaban solos, abandonados, fugitivos, nadie daba un duro por ellos, y España y el resto del mundo miraban hacia otro lado. Ya no tenían ningún sitio adonde ir, así que se quedaron de pie y pelearon. Con la colilla en la boca y un par de cojones.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Vergüenza torera

Estaba el arriba firmante viendo pasar la vida en una terraza de la esquina de la calle Sierpes de Sevilla, frente a la Peña Bética y el puesto de periódicos de Curro. El limpiabotas que había enfrente era flaco, agitanado, pasada ya la cincuentena larga. Un fulano de esos muy patanegra, con brazos chupaillos y morenos llenos de tatuajes, un laucados en la oreja y rizos de caracol bajo un sombrero cordobés donde lucía una insólita insignia metálica de la Legión. Ya se pueden imaginar la firma: ceceo cerrado y voz rota de aguardiente, todo el día arriba y abajo por la calle, el banco de betunes y cepillos bajo el brazo, con parada y fonda puntual en todos y cada uno de los bares del barrio. Que si una coñás aquí, que si vaya una caló que base, que si un sigarrito allá, maestro, O sea. Hecho polvo total.

El caso es que estaba yo tomándome un café en La Campana sin quitarle ojo al personaje. En ese momento, el limpia se secaba con el dorso de la mano manchada de betún el sudor que le caía por la nariz mientras lustraba los zapatos de unos guiris, ingleses me parece que eran, que estaban allí, todos rubios y eso, abrevando en grupo y con la mesa llena de botellines de cerveza vacíos. Para ser exactos le limpiaba los zapatos a dos de elfos, porque los otros tres llevaban zapatillas de tenis y uno iba en bañador, detalle simpático e informal que aprovechaba para rascarse cómodamente la entrepierna. La cosa no dejaba de tener su aquel simbólico, pues precisamente en el periódico que yo tenía sobre la mesa había una foto del ministro Solana, ese tigre de Bruselas, bajándose los calzones en lo del fletan negro (bueno, los calzones no se veían porque la foto era un primer plano; pero la sonrisa y el gesto eran de bajárselos). Y uno pensaba hay que ver, para eso nos van a dejar aquí, mis primos, antes de irse. Para limpiarle los zapatos a los holligan de Manchester o de donde sean, a toda la chusma de Europa cuando vengan a ponerse ciegos de cerveza, a romper bares y discotecas, a jalearse a sus equipos de fútbol, o a rascarse. Y nosotros, reconvertidos en putas, limpiabotas y camareros. (Dicho sea con todo el respeto que me merecen los camareros, los limpiabotas y las putas, a quienes he tratado mucho en el ejercicio de su actividad profesional y de la mía).

El caso es que me ocupaba yo, como ven, en tan alegres reflexiones, cuando los ingleses, o lo que fueran, le pagaron al limpia sus cuarenta u ochenta duros, y después les

dio por hacerse unas fotos limpiándose unos a otros los calcos con los utensilios del betunero. Debía de parecerles muy turístico fotografiar el paripé para luego enseñarle, supongo, las fotos a sus madres cuando éstas volvieran a casa de madrugada, tras la dura jornada laboral en las calles de Birmingham, o de Hamburgo, o de donde resultasen naturales las dignas señoras. Uno -el del bañador-hasta había cogido el cepillo y, mientras sus compañeros colocaban los pies en el banco del limpia, hacía ademán de arrodillarse para el afoto. Pero el limpiabotas dijo que ni hablar, y que verdes las habían segado. Que con sus chismes no se fotografiaba nadie. Le ofrecieron entonces un billete de mil, y el hombre se los quedó mirando tieso, erguido, torero, con sus brazos flacos llenos de tatuajes y su pinta de hecho polvo, y les dijo, alto y claro:

-Ezto e un trababa mu zerio, mister. Y tiene zu dignidá.

Con lo que recogió sus trastos y se fue muy flamenco, la cabeza alta, con su paso inseguro de vino tinto y carajillo, mientras Curro el de los periódicos y los camareros de La Campana lo jaleaban con palmas medio en guasa medio en serio. Y todavía, antes de alejarse, se detuvo un segundo ante mi mesa y, vuelto a medias hacia los guiris, de perfil, añadió, entre dientes:

-Hihosdelagranputa.

Sin duda le dolía lo del billete de mil, pero ya no era cosa de echarse atrás. Así que se tocó el ala del sombrero cordobés con la insignia del Tercio, y se perdió calle Sierpes abajo, tarareando una copla. Y yo volví a mí periódico y a lo del fletan y el bacalao inglés, y la sardina moruna, y lo que aún esté por venir. Y a la foto del ministro Solana y del otro que no sé cómo carajo se llama, el de la pesca; los que gracias a Luropa y a la madre que la parió iban a comerse a las patrulleras canadienses sin pelar y a ponemos un piso en Terranova o en los caladeros de Rodolfo Langostino. Y me dije: hay que joderse con el patio, Arturín. Un país condenado de por vida a ser el buen vasallo que fuera si tuviese buen señor. Una tierra donde tienen más dignidad y más vergüenza los limpiabotas que los ministros.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Los artistas del spray

Un día palmaré en la carretera. Esta vez no pienso echarle la culpa a nadie, porque tenemos unas carreteras y unas autovías excelentes. Lo malo es que lo que ganas en seguridad lo pierdes en aburrimiento. O por lo menos a mí me pasa. Será cosa de los años y el metabolismo, pero la facilidad en la conducción implica menos necesidad de maniobra, la atención se relaja y entra el sueño, y ya ni soy capaz de advertir los coches de afotos de Picolandia que hace unos días, por fin, me cazaron de marrón total (20 km/h de exceso, a un talego el km= 20.000). Así que para retrasar el fatal desenlace, el arriba fimante recurre a dos tácticas de supervivencia: paro a echar un sueño y/o tomar un café, o me distraigo leyendo las chorradas escritas en los carteles indicadores del MOPT.

No me refiero al texto oficial, por supuesto. Nada tengo que objetar a que se me advierta de que estoy a ciento veinte kilómetros de San Roque o entrando en Las Pedroñeras, capital del ajo manchego y universal. Lodo eso es útil y necesario. Lo que me revienta son los rorolistas espontáneos, empeñados en utilizar esa señalización rutera para reivindicaciones y mensajes propios. Porque viajar en automóvil por España es hacer un recorrido increíble por un museo nacional de la estupidez a base de spray, pintura y rotulador.

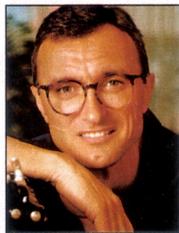
Echen un vistazo, si no. Uno lleva cincuenta kilómetros, verbigracia, preguntándose cuánto le queda para, no sé, San Serenín de la Sierra, y cuando por fin pasa ante un cartel indicador, la cosa es ilegible porque un capullo partidario de la inmersión lingüística del andaluz ha pintado encima Zan Zerenín de la Zierra. O en vez de kilómetros ha puesto la distancia en leguas, o millas náuticas. O ha escrito que don Cosme es un ladrón y un corrupto, cosa que puede ser muy cierta en el pueblo del tal don Cosme; pero que a mí, que voy de Madrid a Reus, me importa un carajo.

Muchas de esas reivindicaciones o consignas resultan, no lo dudo, legítimas. E imagino que, planteadas en los lugares apropiados, despertarían sin duda mi solidaridad, en vez del estado de cabreo en que me sumen cada vez que me saltan a la cara. Una pintada en un monumento, en un edificio o en un lugar de utilidad pública siempre es detestable porque afea las cosas, y se borra mal, y da una impre-

sión de desaliño y suciedad muy poco agradable. Y además -esto ya es opinión más personal, pero la comparto conmigo mismo- creo que no sirve para nada. Pero si además destruye el servicio original del soporte sobre el que se escribe, carteles indicadores de carreteras nacionales que utilizan tos ciudadanos tras haberlas pagado, y muy caras, con el dinero de sus impuestos, la cosa ya entra en el terreno de la agresión directa. Así que los del spray podrían guardárselo donde les quepa, Y creo sospechar exactamente dónde les cabe.

El otro día, sin ir más lejos, viajé de Cartagena a Orense, por carretera. Y el viaje se convirtió en una sucesión alucinante de tachones, pintadas, burdas modificaciones y hasta insultos en los carteles indicadores. Un tal FRC, o algo así, pretende declararle la guerra a Murcia. Por La Mancha hay de todo, incluidos mensajes de los quintos del 93 y la abyecta afirmación de que una tal Isabel es ligera de cascos. En otro tramo, los vecinos de un pueblecito cercano deciden incorporar el nombre de su localidad al cartel de la autovía bajo los de Valladolid y La Coruña, a la que por otra parte un integrista riguroso convierte en A Coruña tachando la L con un borrón negro enorme, aunque el cartel está en Arévalo. En el límite entre Castilla y León, grandes chorreones de pintura roja sobre la palabra Castilla. Más arriba, áspera división de opiniones entre Bierzo gallego o Bierzo leonés. Un poco más lejos han sustituido con enormes y burdas X todas las jotas de un cartel que informa al turista (que no suele ser nativo de Galicia) sobre el carácter monumental de Monforte. Y de postre, durante ciento y pico kilómetros, alguien parece muy interesado en nacionalizar lingüísticamente los avisos de peligro por hielo; con objeto, imagino, de que todos los que no leemos gallego nos rompamos los cuernos al tomar las curvas.

Hay gente que se pasa mucho, tanto en A Coruña, como en Gasteiz, Truxillo, Garnata y Lleida. Uno comprende que, en los tiempos que corren, y con tanto cacique local sacando partido del río revuelto y subiéndose a los trenes baratos, el tenue paso que va del honesto nacionalismo a la gilipollez galopante resulta difuso, y fácil de franquear. Pero no hay que mezclar las ovejas churras con las merinas. A mí déjenme conducir tranquilo.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

De color (negro)

Estaba el arriba firmante sentado en Recoletos, cuando pasó un negro. Era un negro normal, con buena pinta, que iba con su bolsa del Corte Inglés en la mano. Cerca de mí jugaba un niño de seis o siete años, con una pistola y una enorme placa de sheriff. Y cuando pasó por delante el fulano, el zagal se fue detrás pegándole tiros. Pum. Pum. El negro se partió de risa y siguió camino, a lo suyo. Entonces, la madre del crio, que estaba cerca, le dijo al enano: ! Álvaro, no molestes a ese señor de color¡.

No dijo a ese negro, ni tampoco a ese señor. El pequeño pistolero obedeció, no sin antes dedicarle al paseante un último tiro, el de gracia, y yo me quedé mirando al niño y a la madre mientras pensaba: ahí la tienes, compadre, una madre responsable, o sea, nada racista en absoluto. Irreprochable, educada. Moderna, con sus matices y todo. Seguro que además es de las que se indignan cuando matan a Lucrecia y compadece a los ilegales que sacan en la tele con su patera, como conejos asustados. Una buena mujer y una limpia conciencia.

Y es que vivimos en el tiempo del eterno marear la perdiz y no llamar a las cosas por su nombre. Del mismo modo que procuramos desterrar el dolor y lo feo de nuestras vidas, inventando un mundo artificial donde no vamos a morir nunca y donde todos seremos eternamente guapos y jóvenes, andamos por ahí soslayando cuanto no encaja en el esquema, o pintando las motos de verde. Supongo que todo radica en que ésta es una sociedad que mira continuamente su ombligo y el del vecino, y donde todo cristo anda pendiente del qué dirán, del vete tú a saber, y del no vayan a pensar que yo, etcétera.

Pero lo grave es que, con tanto abusar de ello, incluso los eufemismos y los circunloquios terminan gastándose, pierden sentido o se devalúan, y hay que buscar otros nuevos. Es así como nos pasamos la vida rizando el rizo de lo idiota. Un maestro, título hermoso y absolutamente digno, se convierte en un docente o un enseñante, término de que algunos cantamañanas del gremio estarán orgullosísimos, pero que al arriba firmante le parece una solemne soplalopez. Las chachas de toda la vida son empleadas de hogar - lo que no impide que sigan sirviendo la sopa o barriendo la salita de doña Trini-, y menos mal que no cuajó la propuesta de llamarlas colaboradoras domésticas. Sin olvidar aquel

inefable productores con el que el régimen del Generalísimo quiso elevar el paripé a la categoría de arte, esterilizando las enjundiosas palabras trabajador y obrero. O el más reciente personas especiales para los minusválidos - llamarlos inválidos suena ya casi a insulto-, o ese niños diferentes con el que ahora nos ha dado por bautizar a los chiquillos subnormales, como si la deficiencia mental, que no es un término peyorativo sino una circunstancia desgraciada, fuese algo vergonzoso, o la única diferencia a señalar.

Ustedes me van a perdonar, pero el arriba firmante tiene la impresión de que ese miedo a las palabras en el fondo esconde muy mala conciencia. A mí, sin ir más lejos, todo el mundo me ha llamado blanco en África, a veces como insulto y a veces como mera definición de mi apariencia física, porque en África, como en todas partes, también hay de todo: gente normal sin complejos y perfectos hijos de puta. Resulta muy significativo que los que menos importancia dan al carácter socialmente negativo de tal o cual color de pie) sean precisamente los niños. Ningún renacuajo se apartará de otro o dejará de jugar con él porque su raza sea distinta, sino al contrario; la curiosidad natural lo empuja siempre a acercarse, y tocarlo, y estar en contacto. Sólo a medida que nos hacemos mayores, y perdemos la inocencia, la sociedad correspondiente nos impone sus filias y sus fobias, que asumimos para congraciarnos con nuestra tribu. O -estadio más sofisticado- ejercemos su misma demagogia barata, cuando lo que está bien visto no es la xenofobia, sino todo lo contrario.

Lo malo no es admitir que hay otras razas, sino creerse superior a ellas. Por eso me queman la sangre todos los mingafrías que no se atreven a pronunciar la palabra negro por culpa de su mala conciencia, y la disfrazan con la juana del color, como si así le suavizaran el tinte. En color negro, evidentemente, porque por muchas vueltas que le des, ninguna piel negra es color rosa. O llaman, que ésa es otra, con el estúpido paternalismo que no sé de dónde diablos sacan ciertas muías de varas y comentaristas deportivos varios, morenito a un licenciado en Filosofía o Química Nuclear. O a un fulano de dos metros que juega al baloncesto y cuando sonríe parece el teclado de un piano.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

A despecho del inglés

Históricamente me caen muy gordos los ingleses. Sé que tras esta afirmación no tendré más remedio que batirme en duelo con Javier Marías, pero un caballero debe sostener sus palabras en el campo del honor. Aunque después la vida lo lleve a uno por otros derrotados, y lo convierta más bien en caballero de fortuna, el arriba Armante fue educado, cuando jovencito, para caballero a secas. Así que tendré que tirar de florete, o de sable -la pistola es una vulgaridad- cuando mi vecino de página, que es anglófilo hasta el tuétano, me envíe los padrinos. Como ambos tenemos más o menos la misma graduación y hemos servido en el mismo Cuerpo de Ejército, no habrá impedimentos técnicos, espero. Aún no sé quién hará de teniente Candy y quién de teniente Kretschmar, pero eso lo iremos viendo sobre la marcha. A primera sangre.

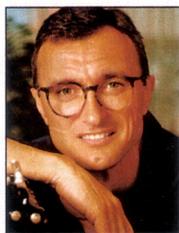
Me desvío del tema. Les contaba que, para quienes somos mediterráneos y de Cartagena, por aquello del mar y de la Historia el inglés siempre ha sido el enemigo. Ya saben: Mahón, San Vicente, Gibraltar y todo eso. Tampoco me gusta cómo escriben sus libros, cuando van y te cuentan que en Trafalgar lucharon contra la escuadra francesa y contra algún barco español que también pasaba por allí; o que durante la guerra peninsular fueron ellos quienes se comieron sin pelar a los franchutes, mientras las guerrillas españolas se limitaban a llevarles el botijo. Tampoco me gustan sus películas de piratas, ésas que les hacían los mamporreros de Hollywood, con mucho filibustero elegante y patriota, y los españoles siempre de gobernadores malos con sobrina guapa y pinta de mexicanos.

Eso sí, reconozco una cosa: saben ser soldados y pelear. Lo que no es bueno ni malo, sino un hecho objetivo. Y no sé cómo se las arreglan los generales y los políticos y Su Majestad la Queen, pero cada guerra la toman todos a modo de asunto personal, como el fútbol. Crueles e implacables, denunciando el juego sucio cuando no son ellos quienes lo practican, con las novias agitando los sostenes a modo de despedida cuando se van a las Malvinas, o al Golfo, o a defender a la madre que los parió. Supongo que la cuestión estriba en que saben hacerse respetar. Cuando cubría la guerra de los Balcanes, los únicos cascos azules que se la jugaban por mi acreditación de Naciones Unidas eran los británicos, que me llevaron a través de Vitez y Gornj Vukuf pegando cebollazos a diestro y siniestro, mientras los

españoles se disculpaban diciendo que en Madrid les habían ordenado que no se mojaran ni por periodistas ni por nadie.

Todo esto viene a cuento para que las cosas queden claras, ya que voy a recomendarles un libro. En realidad no es uno, sino varios, de cuya lectura he obtenido -y espero seguir haciéndolo mucho tiempo- un placer inmenso. Se trata de una serie sobre las aventuras de la Armada inglesa, escrita por el irlandés Patrick O'Brian, que en Gran Bretaña y Estados Unidos, creo, lleva una docena de títulos de los que en España, hasta ahora, hay publicados dos: Capitán de mar y guerra y Capitán de navío. Y se los voy a recomendar por varias razones. La primera es que siempre he considerado el mejor regalo descubrir a otros un libro hermoso que no conocen. La segunda, porque son novelas escritas a la manera de antes, como siempre se escribieron, con batallas navales y el Mediterráneo en tiempos de Nelson, y temporales y abordajes, y astillas que saltan por cubierta, y buques corsarios, honor y brutalidad, con el capitán Jack Aubrey y su amigo, el doctor Maturin, convirtiéndose, página a página, en personajes entrañables e inolvidables. En amigos eternos para lectores de limpio corazón, como d'Artagnan, Ned Land, Emilio de Liocanera, Ojo de Halcón, Jim Hawkins, Sherlock Holmes y el doctor Watson o los Pardellanes. Nombres e historias que son puertas abiertas a la aventura más accesible del mundo: la que se alcanza con sólo pasar las páginas de un buen libro.

Hay una tercera razón, más personal. Descubrí esas historias hace poco, y en ellas reencontré un placer que creía agotado: sumergirme en la pasión de una historia fascinante y que aún no me había contado nadie. He sido muy feliz con las dos novelas del capitán Jack Aubrey, y deseo seguir siéndolo. Y como leo fatal en inglés, quiero que tengan éxito, y las compre mucha gente, y la editorial haga que se traduzcan y publiquen aquí todas. Y que yo pueda, durante mucho tiempo aún, amanecer tiritando de frío en el puente la Sophie, dando caza a una vela enemiga que corre bajo un chubasco, en el horizonte, mientras el viento silba en la jarcia y los artilleros destrincan los cañones para el combate.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La puntita nada más

A eso se le llama vestir a un santo y desnudar a dos. Resulta que en la primera edición del nuevo mapa de España, elaborado por el Ministerio de Administraciones Públicas para que los españoles sepamos por fin que las islas Canarias están en el Atlántico y no en el Zaire, a alguien se le olvidó incluir Ceuta y Melilla como parte del territorio nacional, dejándolas como simples municipios del norte de África. O sea, Marruecos. Así que, como era de esperar, ceutíes y melillenses han puesto el grito en el cielo, denunciando lo anticonstitucional de la chapuza y exigiendo que se repare el olvido o el error. Pero el arriba firmante tiene sus ideas al respecto, y cree que en este caso no procede hablar de error. En vista del paño que se corta en el patio de Monipodio, uno juraría por sus muertos que no se trata de olvido, sino de prudencia. Porque sí algo hay que reconocer a quienes empuñan el timón de la nave, o de lo que de ella va quedando, es una prudencia inmensa, compacta, sin poros. Una prudencia inasequible al desaliento.

Lo que, por otra parte, resulta lógico. Vivimos en un país donde la ambigüedad es siempre, y más en estos tiempos, una virtud política rentable cuando se ejerce el poder, o a él se aspira. Aquí, y a la vista está, las únicas alegrías de palmeros finos vienen cuando uno se cree impune, a la hora de meterle mano a la viruta de los fondos reservados y a la información confidencial de los compadres de la biutiful. En todo lo demás, la pumita nada más. Qué van a decir en las municipales. O en las otras. O en Washington, Bruselas, Rabat, si se nos ve el plumero, por Dios. Lo más seguro es no ir hasta el final de nada, por si las moscas. Uno llega, amaga, gallea, se hace la foto, y después se quite de enmedio e intenta pasar inadvertido para los restos.

Pero las cosas como son. También es verdad que el sistema no lo inventaron los de ahora, y que en este país constan ilustres precedentes. En 1975, Arias Navarro, Pepito Solís Rute y sus compadres le regalaron el Sahara, bien atado de manos y por la cara, a Hassan II y al Departamento de Estado norteamericano. Y cuando Teodoro Obiang le dio matarile a papá Maclas y pidió una compañía de la Legión para reforzar lazos con España y de paso asegurarse la supervivencia, los diplomáticos de UCD llenaron de cagaditas el arroz diciendo, oig, cielo santo, antes morir que pecar. Que pueden llamarnos neocolonialistas en la Osnu. Y entonces los franceses, que son demócratas de aquí a Lima

pero tienen sin complejos aviones y legionarios y paracaidistas en toda África, mandaron a sus primos marroquíes y se hicieron amos del cotarro. Y así: nos va ahora con el amigo Teodoro, ex cadete de Zaragoza y presidente de nuestro club local de fans.

Lo demás, para qué les voy a contar. La estrategia del qué dirán, y del cómo pretendes que yo haga eso, cariño, y del no vayan a irritarse Francia, o Inglaterra, o Alemania, o Marruecos, o los sherpas himalayos, ha terminado por convertir nuestra diplomacia en el chichi de la Bernarda, capaz de tragar de todo con tal de seguir llevando el botijo en el afoto. Me juego un labio incorrupto de Ava Gardner a que, es un suponer, si en uno de esos viajes altamente operativos del grupo de contacto, los serbios nos secuestraran y estupraran, no sé, a un ministro de Exteriores, por ejemplo, siempre habría alguien capaz de ofrecer una explicación apropiada en el telediario. Lo malo es que cuando los serbios, o los canadienses, o los marroquíes, o los ingleses, o el lucero del alba, nos estupran -o como se diga-a alguien, nunca es al ministro de Exteriores, sino a pobre gente indefensa que en este país nuestro acostumbramos, demasiado a menudo, a abandonar a su suerte con una larga cambiada. Y después, cuando descubre el engaño y se cabrea, le mandan los antidisturbios a repartir estiba.

Así va a terminar corno va a terminar, barrunta uno, lo de Ceuta y Melilla; que si no las liquidan como si se tratara de un lote en oferta de Pryca será porque la diplomacia marroquí no plantea en serio el problema o porque aquí, a mis primos, no les va a dar tiempo a vender todo el solar antes de irse. Antes se recurría al quijotismo o al interés nacional corno coartada, pero ya no quedan ni esas excusas. Por no atreverse, los hileros que desde hace doce años nos marean con los cubiletos y la borrega, ni se atrevieron a asumir el GAL ni se atrevieron a insultar a Amedo y Domínguez cuando aún podía esgrimirse la razón de Estado, que entonces aún igual colaba. Ahora, descubierto el trinque y los parneses, el argumento ya no vale, y se les ha hecho tarde. En eso, como en casi todo, son víctimas de su propia jindama.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

El hombre que salvó a Jorge Negrete

Antonio tiene sesenta y cinco años, y entre caña y caña cuenta que sus padres lo engendraron en la cabina de proyección de un cine, mientras en la pantalla John Barrymore le tiraba los tejos a Greta Garbo en *Gran Hotel*. Y si los orígenes marcan destinos, el de Antonio estaba cantado, Proyeccionista desde que tuvo uso de razón, por sus manos han pasado, en su mágico estado original de celuloide y luz, todas las películas importantes que en el mundo han sido. También los ratos libres los dedicó al cine, y fue portero, acomodador, y extra en un montón de películas americanas de los sesenta. Incluso, de cuando las salas aún se usaban como teatros, conserva recuerdos que lo hacen sonreír a medias, evocador, torciendo el bigotillo por encima del vaso de cerveza. La elegancia de Amparito Rivelles. Las piernas de Celia Gámez. O ia paliza que una vez le dio a Manolo Caracol con un garrote, porque el maestro estaba mamado y llamó ladrón al empresario.

Pero es el cine, la materia de que están hechos los sueños, lo que llena la vida de Antonio. A veces, cuando te toma confianza, imita a Cantinflas de un modo tan asombroso que si cierras los ojos imaginas al fulano allí, contigo. Y no sólo eso. Tantas veces ha visto las películas, dos o tres sesiones diarias semana tras semana, que es capaz de recitar diálogos enteros de sus secuencias favoritas. Tú estás, es un suponer, pelando una gamba, y de pronto Antonio te mira a los ojos y te suelta un parlamento de cinco minutos en el que Ben-Hur le menta la madre al malvado Mésala. O te habla como si fueras Grace Kelly -una estrecha, apostilla interrumpiéndose un momento- y él Clark Cable en *Malambo*, O te sacude a palo seco la secuencia final de *Los siete magníficos*, tiros incluidos, empalmándola sin transición con el diálogo entre Burt Lancaster y Jack Palance en *Los profesionales*. Aunque mi momento favorito es cuando Antonio levanta el vaso de cerveza como si fueran los Diez Mandamientos, e imita la voz de Charlton Heston en lo del becerro de oro, con el Sinaí echando chispas y aquel terremoto que, calcula, al Cecilbedemille tuvo que costarle una pasta, de mujeres, claro, Antonio entiende más que nadie; no en balde ha pasado su vida entre las más hermosas del mundo, Y lo cierto es que ninguna tiene secretos .para él, pues las poseyó a todas una y otra vez, en la intimidad de su cabina de proyección. Creta Garbo era elegante, sin más. Kim Novak una especie de ternera guapa, con buenas tetas. María Félix, bellísima pero frígida -Antonio se detie-

ne un momento, medita- o fría, que en cinc viene a ser lo mismo. Ava Gardner sí era toda una hembra, de ésas como los Victorinos, que hasta dan miedo. Pero mujer, lo que se dice mujer, la Marilyn Monroe de *La tentación* vive arriba, o de Niágara. Aquélla -Antonio moja el bigotillo en la espuma de cerveza y suspira, absorto en sus recuerdos-era la leche.

Cuando le preguntas por la censura, te cuenta de los años cincuenta y sesenta, cuando le proyectaba las películas al arcipreste, y éste marcaba con tiras de papel los planos a eliminar. Después él obedecía o no, porque cargarse algunas secuencias -el baile de Kim Novak y William Holden en *Picnic*, por ejemplo- era una atrocidad. Así que luego el arcipreste le echaba unas broncas espantosas:

- Te voy a descomulgar, Antonio me decía el jodio.

Sin embargo, después era el propio Antonio quien practicaba la censura por su cuenta. Mesas separadas resultaba muy larga para su gusto, así que la aligeró sin consultar con nadie, acercando un poco las mesas. En cuanto a Guerra y Paz, la retirada de Rusia se le hacía interminable, de modo que le pegó un tizeretazo, haciendo que Napoleón pasara directamente de Moscú a París, ahorrándole el paso del Beresina y 300.000 muertos. Pero su obra maestra fue *El peñón de las ánimas*. Cuando Antonio vio que aquella película no tenía final feliz, se llevó un disgusto. Jorge Negrete y María Félix no podían morir, porque el público iba a salir del cine hecho polvo. Así que metió cuchilla, eliminando la última escena, cuando el abuelo les dispara, y dejó a la pareja cabalgando hacia el horizonte antes de la palabra Fin.

Ya ven lo que son las cosas. Vas y lo atribuyes todo a la censura franquista, por ejemplo, o al arcipreste de guardia, y resulta que al proyeccionista no le gustaba que mataran a Jorge Negrete. Así se escribe la Historia. De todas formas -le digo siempre a Antonio-, qué suerte, compadre, poder escoger final. Y que todos los recuerdos de uno sean hermosos.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

JASG

Me gusta ver los anuncios de la tele. A menudo hay en ellos más talento que en la mayor parte de los programas, o en las comedias de situación, o en lo que sea. Al fin y al cabo, tras la publicidad se adivina a un montón de inteligentes hijos de puta calentándose la cabeza para hacerte comprar tal o cual cosa, y si mantienes cierto di stand a miento crítico siempre terminas aprendiendo cantidad de trucos útiles. No sobre lo que anuncian, que eso es io de menos, sino sobre por qué lo anuncian, cómo lo hacen y a quién se dirige el intento de comerle el tarro.

Hay, sin embargo, una variedad publicitaria que al arriba firmante le quema la sangre. Me refiero a esos anuncios que, como muchos de los políticos de este país, se empeñan en venderte una España irreal, ficticia, que sólo existe en su manipulación canalla de los hechos, y que nada tiene que ver con la otra, la de la calle, la realmente real. Existen perlas legendarias en este registro. Desde la taimada infiltración de marcas de tabaco en anuncios deportivos hasta la felicidad cifrada en bonolotos, cupones, cuerpos danone, compresas que ni se notan ni traspasan, Lulú semuá, o ese putón verbenero que iba por las carreteras en descapotable, buscando a Jack's. Pero mi Oscar del cinismo galopante se lo llevan las campañas destinadas a convencer a los jóvenes de la necesidad absoluta, vital, que tienen de comprarse tal o cual marca de automóvil. Eso es que ya es la leche.

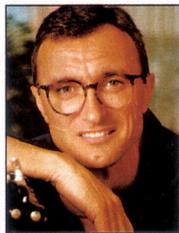
Lo que más me fascina de tales anuncios es la verosimilitud con que sus creadores trazan el retrato, clavadito, del joven español medio. Llevo doce años trabajando como un hombre de color, dice el apuesto guaperas. Curro veintitrés horas diarias en el periódico sin cobrar. Estudio Económicas e Historia de la Filosofía. En los ratos libres hago ala delta en los Alpes, windsurfing en Florida, y toco el clarinete en un club de jazz de Manhattan. Además he escrito Historias del Kronen II, y leo a Heidegger, Peter Handke y Adorno. Soy un JASG -Joven Aunque Sobradamente Gilipollas- preparado para la vida moderna, y usted va y me dice que aún estoy verde para hacer un programa como el de Isabel Gemio, Como dijo Kant, hay que joderse. Y por cierto, la cita no es de Kant. Es de Marcial Lafuente Estefanía.

Otro ejemplo. Bella joven, elegante, con clase, prototipo de la veinteañera española media, reflexiona sobre un hecho

terrible: llega un momento en la vida en que tienes que elegir entre trabajar en la empresa de papá o hacer un máster en Harvard. Usar vaqueros Liberto o minifalda de Versace. Vivir con tus padres en el chalet de la Moraleja o mudarte sola a un apartamento del Barrio Latino de París. Salir en el Hola como candidata al príncipe Felipe, o en el Diez Minutos jugando al golf con Alessandro Lecquio, Lo único que tienes claro es que te acabas de comprar un GTI de 16 válvulas. Que mola un pegote.

La verdad es que echo en falta una tercera versión en ese tipo de anuncios. Cualquier joven de cualquier sexo que llega a casa a las tantas de la noche, hecho polvo después de haber estado ocho o doce horas de pie tras el mostrador, o en la gasolinera, o la moto de mensaca, o en la cola del paro, y pone un rato la tele, y zapea, y se encuentra a San Lobatón, o a Nieves Herrero, o a Jesús Puente ganándose el dinero más vergonzoso que ha ganado en su vida, o a Felipe González con esa cara que se le ha puesto -a cierta edad todos tienen la cara que se ganan a pulso-, o al otro mienteusté prometiendo atar los perros con longaniza con su programa, programa, programa. Y de pronto llega la publicidad y a nuestro exhausto joven se le llena la pantalla de JASG sobradamente preparados, vestidos como él tiene que vestirse, con las maneras y aficiones que él, o ella, tienen que tener. Con unos coches que te cagas, como el que él o ella tienen que comprarse pero ya mismo, si no quieren ser unos mierdecillas y unos matados y tinos desgraciados de la vida.

Entonces, él, o ella, miran a la cámara, y dicen: Hay un momento en la vida en que tienes que elegir entre el desempleo o trabajar diez horas diarias en el mostrador de una charcutería. Entre salir a bailar el sábado por la noche o quedarte en casa estudiando hasta las cuatro de la madrugada. Entre despreciar a tus padres o compadecerlos. Entre ayudar a tu hermano yonqui o pasar mucho de él. Entre dejar que el jefe te mire las tetas o irte a la cola del paro. Entre maldecirlo todo y pegarle fuego a la vida, o apretar los dientes y luchar por salir adelante y tener una casa, y una familia... Y por cierto: ¿Cómo se las habrán arreglado los del anuncio para que sus padres les firmen el aval y las letras del puto coche?



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Cuestiones de honor

Hace un par de semanas puse la tele y me encontré al ex presidente Suárez acudiendo a un juzgado, porque alguien dijo que trincó trescientos kilos de Banesto, cuando Mario Conde y todo eso. Suárez llegó, dijo que eso era una bola como el sombrero de un picador, miró al soslayo, fuese y no hubo nada. Supongo que a estas alturas todo habrá quedado en eso. Algo de lo que el arriba firmante se alegraría infinito; pues la persona de Adolfo Suárez, Ucedés aparte, me cae bastante bien. Tanto por esa pinta que tiene, con su perfil de torero grave y veterano, como por los morlacos que lidió, como por ese silencio magnífico en el que ha sabido atrincherar, cual muy pocos en este país, su digna salida del Gobierno y su decoro como político jubilado.

Y pensaba yo: ojalá que no. Deseo que éste de verdad no tenga nada que ver, y que en tal caso no me lo llenen de mierda como a los demás, porque no sé qué carajo iba a quedar entonces como referencia política decente de los últimos veinte años. Y en ésas me decía: hay que fastidiarse. En un país donde los partidos de oposición ganan esgrimiendo titulares de periódicos en vez de programas de gobierno, donde tantos jueces se acojonan o se muestran implacables según el tipo de repercusión social del asunto, donde todo el mundo tiene una piedra en la mano para el linchamiento previo, cualquiera puede permitirse acusar a otro de cualquier cosa, mentarle la madre o llamarlo maricón de playa, así, por el morro, y si cuela cuela. Y si no, oye, pues vale, pues me alegro. Pero empuerca, que algo queda.

Insisto en que ignoro si Adolfo Suárez fue más o menos honrado que otras joyas del oficio. Pero, aparte la simpatía personal -que es asunto mío porque me da la gana que su careto me sea simpático-, mucho me guardaría de cuestionar su honorabilidad si no tuviera un buen legajo de papeles con todo allí, incluidos los afotos del antedicho en el momento de trincar. Y aún así, averiguaría antes en qué condiciones, y para qué. A fin de cuentas, con todos sus errores y todos sus defectos, que los tuvo, incluida la cuerda de mercachifles, correveidiles y meapilas que nutrió parte de sus huestes, don Adolfo Suárez hizo una transición que le salió bordada. Faena que remató levantándose a defender la democracia, encarnada en un anciano general a quien un torpe teniente coronel intentaba zancadillear y tirar al suelo. Y eso merece un respeto.

Yo, entre nosotros, a lo de Gutiérrez Mellado no le doy mucho mérito.-Sospecho que más que impulso democrático, lo que lo cabreó y puso tan flamenco fue que allí entró un teniente coronel con escopeta y no se le cuadró. O sea, que al abuelo le saltó el automático. El mérito de verdad se lo adjudico al de Ávila. Y cuando los sesientencoño empezaron a agujerear el techo, don Adolfo se quedó erguido, chuleta, de perfil ante España y ante la Historia y ante los anales de la vergüenza torera, mientras todo el personal, incluido el actual presidente del Gobierno y numerosos prohombres de su partido y la actual oposición -salvo Carrillo, que fumaba allá al fondo, a lo suyo-, se lanzaba a bucear bajo la moqueta en plena cagalera. Y a mí, que soy muy primitivo, pues qué quieren que les diga. Esas cosas me impresionan.

Pues eso, dejando ya la anécdota de Suárez aparte, a veces uno lamenta que ciertas antiguas costumbres, como el duelo, hayan caído en desuso. Antes, alguien te miraba mal y podías mandarles los padrinos, y la cosa se solventaba a pistoletazos o sable, y al menos tenías una oportunidad real de volarle al otro los cuernos. Ahora, un fulano afirma, es un suponer, que lo que a ti te gusta es tocarles el culito a los nenes en las guarderías, y tú demuestras que es mentira, que lo que te gusta de verdad, por ejemplo, es ir los jueves a un meublé con la señora de ese fulano, y aquí no pasa absolutamente nada, ni nadie rectifica, y todo queda como así, en el aire. Si por una parte vas y planteas demanda judicial para recuperar tu honor, resulta que el honor anda muy devaluado -hasta los políticos juran por su honor, háganse idea- y el juez te toma a pitorreo. O, como en este país la Dura Lex Sed Lex (Duralex) a menudo se parece a la bonoloto, depende de qué juez te toque en suerte para que te restituyan la honra o, por el contrario, quedas como paidófilo para los restos. Y tampoco es cosa de que vayas y le des una estiba al otro fulano, pues no puedes andar a bofetadas, como los gañanes. Además, puedes romperle algo, y entonces sí que los jueces te empapelan vivo. O rompértelo él a ti. Con lo que, además de la fama, te llevas un par de hostias.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Él nunca lo haría

Un perro ovejero pequeño, feo y valiente, nos tuvo detenidos una vez a varios automóviles durante un rato, porque una oveja de su rebaño estaba rezagada, mordisqueando hierba en la cuneta. Y el chucho seguía quieto en medio de la carretera como un impasible don Tancredo, con un ojo en los automóviles y otro en la mala pécora, sin moverse hasta que la tipa cruzó por fin. Entonces le tiró una rutinaria dentellada a los cuartos traseros y se fue detrás, con un trotecillo chulito y la satisfacción del deber cumplido. Fueron dos o tres minutos en que no se oyó ni un solo bocinazo. impresionados a pesar nuestro, arrancados por un momento a la prisa y la impaciencia, ninguno de los diez o doce conductores detenidos pudo evitar rendir ese pequeño homenaje al valor concienzudo del animal. Aquel chucho era un profesional.

Hay muchas historias propias y ajenas con perros como protagonistas. En un hospital de Lugo, por ejemplo, uno cuyo dueño murió hace siete meses sigue viviendo en la puerta, después de recorrer varios kilómetros persiguiendo la ambulancia en la que su amo agonizaba, luego exhausto, con las patas heridas por la carrera, y allí continúa, esperando verlo salir. Las enfermeras y los vigilantes del hospital, que ahora le dan comida y lo cuidan, ignoran su nombre y lo llaman Calcetines. Esa es una historia con final feliz, pero otras no lo son tanto. En Borovo Naselje, en la antigua Yugoslavia, una mujer que fue violada por los chetniks serbios ante la pasividad de sus vecinos me contaba que el único defensor que tuvo al escuchar sus gritos fue su perro, un pastor alemán que estuvo peleando en la puerta de su casa y en el vestíbulo y en la escalera hasta que los agresores lo mataron de un tiro.

El mío es un labrador negro, macho, y se llama Sombra. Durante mucho tiempo, cuando el arriba firmante volvía de noche más ñaco y sin afeitarse, con una mochila al hombro, de uno de esos territorios comanches donde se ganaba el pan, Sombra salía al jardín enloquecido de entusiasmo, moviendo el rabo y gimiendo complacido, a frotarse contra mis piernas y a tumbarse en el suelo, patas arriba, para que lo acariciase. Nunca tuvo un ladrido a destiempo, un gruñido ni un mal gesto. Se queda ahí, quieto y silencioso, mirándome con sus ojos oscuros y fieles, pendiente de una voz o una caricia. Incluso cuando alguna perra en celo o su instinto de libertad lo llaman lejos y se escapa, y vuelve al

cabo de varias horas sucio, sediento y fatigado, con el rabo entre las piernas porque sabe que le espera una buena bronca o una zurra por golfo y por putero, lo hace humildemente, dispuesto a llevarse lo suyo, mirándome con esos ojos leales que te desarman. Ya es viejo -tiene doce años- y morirá pronto, supongo. Es un buen perro y lo echaré de menos. Y estoy seguro de que a mí, que no tengo precisamente una lágrima fácil, ese chucho puñetero me hará llorar.

En fin. Humedades sensibles aparte, todo esto viene a cuento porque hoy es el primer domingo de las primeras vacaciones de verano. Y porque a estas horas, estoy seguro, por las carreteras de este país vagan cientos de perros desconcertados, exhaustos, siguiendo la línea de asfalto por la que se fueron los dueños que los abandonaron. Pues el perro supone un incordio para las vacaciones. Una cosa es el cachorro gracioso para los niños, que se mete en cualquier parte, y otra el grandullón al que hay que vacunar, alimentar, albergar, y que te fastidia, con su presencia incómoda, el viaje en automóvil a la costa, o al pueblo. Así que al abuelo se le mete en un asilo -ya escribí de eso hace un par de años-, y al perro se le lleva a un paraje lejano, se abre la puerta y se le dice, sal, Tobi, juega un poco. Después, el propietario acelera y se larga, sin mirar siquiera por el retrovisor, Libre del jodío chucho.

Se acuerdan de aquel anuncio estremecedor, un perro abandonado en mitad de una carretera, bajo la lluvia, sus ojos cansados y tristes, bajo el rótulo: *Él nunca lo haría...?* Es cierto. *Él nunca lo haría*, pero buena parte de nosotros sí. Igual usted mismo, respetable lector, que hojea *El Semanal* en este momento, acaba de hacerlo. ¿Y sabe lo que le digo? Pues que, de ser así, ojalá se le indigeste esa paella por la que van a clavarle veinte mil pesetas en el chiringuito, o se le pinche el flotador del pato y se ahogue, cacho cabrón. Porque ya quisiéramos los humanos tener un ápice de la lealtad y el coraje de esos chuchos de limpio corazón. No recuerdo quién dijo aquello de que cuanto más conozco a los hombres más quiero a mi perro; pero es cierto. Al suyo, al mío. A cualquier perro.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Señor presidente

Esta no es una carta constructiva, ni mesurada, y si la pretendiera respetuosa vendría encabezada: Excelentísimo Señor. Supongo que lo que el arriba firmante pueda decir le importa a usted un carajo; tanto como parece importar, a tenor de su talante y maneras, la opinión del resto de mis compatriotas; que por cierto son los suyos. Pero usted se desahoga paseando por Doñana, dando escopetazos en las fincas de los compadres o probándose ante el espejo la púrpura imperial, y yo me desahogo dándole cada domingo a la tecla. Cada uno se lo hace como puede.

Quería contarle que estaba el otro día hojeando papeles, cuando encontré un recorte de prensa, viejo de doce años, con su foto y la firma del arriba firmante. Era un reportaje publicado en PUEBLO bajo el título Noche de esperanza. Sólo unas horas antes usted y el PSOE acababan de ganar las elecciones, y yo acababa de regresar de una de esas guerras donde me ganaba la vida. La victoria del PSOE en las urnas era un acontecimiento histórico, así que Chema Pérez Castro, mi redactor jefe, movilizó a toda la tropa para cubrir el asunto. A mí me tocó el ambiente de la calle, por si había follón. No lo hubo. Por el contrario, mi crónica fue un largo relato de explosiones de alegría, de confianza en el futuro, Y terminaba citando las palabras de una joven pareja; "Es una buena noche para tener un hijo."

El hijo, señor presidente, sí lo hubo, tendrá ahora casi doce años. En ese tiempo, los votos que a usted le dieron el poder lograron que por las ventanas de este país entrase aire fresco, y que entre otras cosas se modernizara la infraestructura de obras y servicios, que las mujeres ya no vayan a la cárcel por abortar, y que algunas clases menos favorecidas y los pensionistas lleguen mejor a fin de mes, Todo eso está muy bien y me alegro, porque es exactamente para lo que se le votó. Pero lo que ya no me gusta tanto es el precio que usted nos ha cobrado por ello. Como factura es muy alta, y afecta a nuestros sentimientos y nuestra dignidad. Y eso tiene mucho delito.

¿Sabe una cosa? La Historia y la política tienen comprensibles altibajos. España es un país muy atravesado y muy difícil, y uno hasta sería capaz quizás, de resignarse o perdonar los errores y las bajezas. Perdonar, por ejemplo, como el periodista que fui, que me cerrase PUEBLO a traición apenas se hizo con las riendas del cotarro, y que envi-

leciera la radio y la televisión estatales hasta la indignidad y la desvergüenza. Podría perdonarle también las reconversiones salvajes y las canalladas fiscales de sus sicarios; esos que después de haber puesto el país patas arriba y contra las cuerdas so pretexto de Europa y de la madre que la parió, se fueron de rositas como al final se irá usted, dejando la lista de daños y reclamaciones a cargo del maestro armero. Y podría, puestos a ello, perdonar también todo el compadreo de la gentuza más o menos guapa que, al socaire de la impunidad que su poder absoluto les brindaba, señor presidente, amasaron miles de millones manejando información confidencial y chanchullos varios mientras usted garantizaba su honorabilidad con la suya propia. Gente que una vez pase la tormenta vivirá tan campante con sus cónyuges y sus ahorros y sus porcelanosas, supongo que eternamente agradecidos.

Podría perdonarle también todo lo demás. La sonrisa y los plurales de su ministro Solana, verbigracia. O la abyecta chapuza del GAL. Luis Roldan. Carmen Salanueva. Los fondos reservados, el descrédito de las instituciones. Tirar por la borda, por imprevisión y descontrol, todos los logros antiterroristas de la última década. Podría perdonarle lo de Manglano y Narcís Serra -si eso no es perdonar, que baje Dios y lo vea-, O por hacer que Europa y el mundo nos sodomicen reiteradamente, tanto cuando no tenemos razón como cuando la tenemos. Podría perdonarle estar dispuesto a todo, incluso a salpicar al rey -único salvavidas sin agujerear que nos queda-, comportándose como un conductor irresponsable, borracho, dispuesto a llevarse la monarquía parlamentaria por delante con tal de seguir en la carretera. Podría perdonarle cualquier cosa, ya lo ve. Hasta que mi madre vote ahora al PP.

Hasta que la peseta sea una mierda, y que yo vuelva a avergonzarme, gracias a usted, de ser español cuando salgo por ahí. Hasta podría perdonarle esa cara que se le ha puesto, abotargada de poder y de soberbia. Pero lo que nunca podré perdonarle es incapacitarme para escribir otra crónica como la de aquella lejana noche de esperanza. Porque en estos doce años, usted nos ha robado la inocencia.

Hágame un favor. Váyase a hacer puñetas, señor presidente.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

El palito de la E

El otro día le regalaron al arriba firmante una camiseta horrorosa, de juzgado de guardia. En los últimos tiempos, la proliferación de esta prenda como indumento de calle y de diario -incluso como ropa de postín- ha dado lugar a que, en lo que se refiere a ilustración, colores y modelos, uno pueda encontrar en ese registro hasta las cosas más peregrinas: referencias cultas (Serbian Umvemty), turísticas (GB: cerveza y chusma), eróticas (Follow me), políticas [Felipe, ahueca), etcétera. De todas días, mi favorita es aquella [Cono sin ñ es geometría) que le vi una vez puesta a Almudena Grandes -que rellena como nadie ese tipo de prendas-, cuando firmaba en una Feria del Libro ejemplares de su Matena es un nombre de tango.

Y justamente del palito de la Ñ y de camisetas quería hablarles. Porque la camiseta que alguien -organismo oficial, para más oprobio- ha tenido la insensatez de regalarme, lleva un círculo de estrellas como el de la Comunidad Europea y, en el centro, una F. de España ornada con la tilde de la Ñ encima, supongo que saben a qué me refiero, presidencia española de la UE y demás. El ministro Solana -de cuyo club de fans soy, como saben, secretario general-presentaba hace un par de semanas la camiseta todo orgulloso, e) hombre, ponderando la originalidad y la envidia del logotipo. Dirán ustedes quizá, como el arriba firmante, que ponerle una tilde a la E de España es una gilipollez importante; y que buena está Europa para sutilezas con lo nuestro, ya trátese del palito de la Ñ o de la bisectriz de la Bernarda. Esas cosas se defienden mejor con sanciones a los bancos que siguen sustituyendo la Ñ de sus ordenadores por otros signos, o perjudicando a los fabricantes, importadores o qué sé yo, que no respeten la normativa española. Lo que pasa es que el verbo compuesto hacerse respetar se conjuga fatal en España. Por falta de práctica, supongo, y por ser incompatible con tanto tiñalpa dispuesto a llevar el botijo a quien sea, con tal de seguir amorrado al pilón.

Y es que tiene tela. Nos están dando leña hasta en el carnet de identidad. La LIE y la OTAN y el lucero del alba son capaces de apoyar a Papúa Guinea antes que a España en cualquier contencioso planteado o por plantear. Aquí tenemos el patio como lo tenemos. Y todo lo que les ocurre a estos cantamañanas mireusté vestidos por Armani es hacer camisetas para promocionar la E de España con un palito.

en la esperanza de que los hooligans de Manchester o los cerveceros de Hamburgo -o viceversa- tengan la agudeza de captar el doble sentido, y los impresione nuestra sutil y gallarda manera de defender lo nacional. Y es que es mucho nivel, Maribel.

En cuanto al logotipo concreto de la camiseta, que ésa es otra, me parece horroroso así, a palo seco (no sé si captan mi astuto juego de palabras, pero no voy a ser menos que el ministro Solana y sus magos del diseño). Y no sé cuánto les habrán pagado por el copyright a los creadores del asunto, pero no creo que los talentados genios se lo hayan gastado íntegro en bragueros. Y es que bajo la cobertura oficial del diseño creativo y la estética sociata y la cultura oficial subvencionada con generosas aportaciones de dinero estatal, en este país hemos asistido durante años a un delirio de la estupidez elevada al cubo. Y uno está hasta aquí de tropezarse con analfabetos cíe teléfono móvil -pinchado, por supuesto- y Visa oro aplaudiendo los engendros infumables de estafadores, paniaguados y cuñados varios con más morro que un oso hormiguero, que han inundado el país, el deporte, las vallas publicitarias, las pantallas de cine, la moda, el arte, la cultura en general, con un mal gusto y una ordinariez que tiran de espaldas. O a mí, por lo menos, me tiran.

El diseño como tal no es malo, sino todo lo contrario. Pero lo que en principio es una legítima y necesaria envoltura de productos o ideas para hacerlos más atractivos ¿qué es la encuademación de libros o la carrocería de un coche sino diseño?- ha llegado a enquistarse en sí mismo, convertido en negocio vacío de contenidos. En una especie de prisionero de Zenda secuestrado en la espiral de lo gratuito y lo absurdo, Porque, tal y como se han puesto las cosas, no importa qué mediocre muía de varas con un par de lápices de colores y un compadre en el comité, o la concejalía, o la dirección general correspondiente, puede abrumar nuestra vida con logotipos y brochazos infames que cualquier crío de diez años, con el juego de acuarelas de la señorita Pepis, habría ejecutado con más imaginación y más talento. Y además, gratis.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Pepe el carpintero

Conozco a un carpintero que se llama Pepe y hace unos días estuvo trabajando en mi casa. El asunto consistía en instalar un enorme mueble-estantería para darle un poco de desahogo a algunos de los libros que andan por todas partes. Lo habíamos diseñado a medias, póngame aquí esto y lo otro, y en la mitad una urna de cristal para el Derflinger, un galeón del siglo XVI de casi un metro de eslora que construí hace años, cuando aún tenía tiempo y paciencia para hacer maquetas de barcos. El caso es que Pepe captó perfectamente la intención del asunto, y durante tres días anduvo por casa con dos jóvenes ayudantes, poniéndolo todo perdido de tablonos, serrín y barnices.

Por aquello de que había libros y un barco de por medio, lo vigilé de cerca. Ponía un punto y aparte en el ordenador y me iba a verlo trabajar a justando tablonos, atornillando estantes. Y hubo varias cosas que me llamaron la atención. De una parte, la seriedad y rigor con que Pepe y sus aprendices realizaban el trabajo: madera bien ajustada, puertas encajadas a la perfección, acabados pulidos y ni una sola astilla. Eso, en este país donde menudean los chapuceros y los mangantes a domicilio, me pareció insólito. Tampoco, a pesar de que Pepe y sus ayudantes fuman, los vi hacerlo mientras estuvieron dentro de mi casa. Y en cuanto a las bebidas que les ofrecí, hasta que terminó su tarea pidieron siempre sólo agua.

Pero lo que me impresionó de Pepe fue su actitud profesional. De vez en cuando lo veía detenerse y retroceder para comprobar los progresos. Asentía como para sí mismo, y después iba a tal o cual parte del mueble -que yo encontraba perfecta a simple vista- y le daba los retoques necesarios. Al aparecer yo por allí me miraba de soslayo, cual si acechase mi aprobación. Era evidente que disfrutaba con su tarea, con la obra bien hecha y con mi satisfacción tanto como con la suya propia. En un momento de confianza me dijo que la noche anterior, en su casa, había calculado, por curiosidad, que a tres centímetros por cada uno me cabrían en las estanterías unos dos mil libros. Aquello tenía su mérito; pues, según propia confesión, Pepe no ha leído un libro en su vida. Yo le dije que no, que el Espasa, por ejemplo, tiene ciento once tomos con una media de siete centímetros cada uno, y que como mucho allí cabría un millar. Entonces, muy serio y como decepcionado, sacó papel y lápiz y se puso a ingeniar modos de ganarme un

poco más de espacio. Parecía que el asunto se hubiera convertido en algo personal.

Por fin, un día, terminó el trabajo. Había barrido el suelo y la habitación olía a cola fresca, a madera y a barniz. Saqué una cerveza y entonces Pepe se la bebió conmigo, sentados el uno junto al otro en un peldaño de la escalera, frente al mueble. Miraba su obra y me miraba a mí, tranquilo, satisfecho, disfrutando el momento de la culminación del largo esfuerzo. Aún se levantó un par de veces para pasar el dedo por lo que le parecía una marca en la madera, un defecto del barniz, y volvió a sentarse junto a mí, tranquilizado.

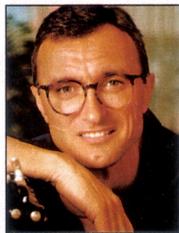
-Buen trabajo -dije.

Y qué privilegio, pensaba, encontrar a alguien para quien un trabajo aún es algo más que cuatro martillazos cutres como trámite previo a una factura. El carpintero sonrió un poco, bebió un sorbo de cerveza y volvió a sonreír. Miraba el mueble como puede mirarse a una mujer hermosa, a un amigo, o a un hijo. Y comprendí que en realidad era parte de él; su obra y su orgullo. Y en ese momento, sentado en el peldaño de la escalera y con su cerveza en la mano, Pepe me pareció la viva estampa de la honestidad y el pundonor ante la obra bien hecha. Aquella era su dignidad; lo que le daba derecho a sentarse junto a quien lo empleaba y aceptarle una cerveza, de tú a tú. Un respeto que no se da por supuesto, ni se regala, sino que se gana a pulso. Con profesionalidad y con vergüenza.

Después nos dimos la mano, y entonces me preguntó si no me importaba que viniera a ver el mueble cuando ya estuviesen puestos los libros. Le dije que en absoluto, que viniera cuando le apeteciese, Y el otro día lo hizo. Apareció en el umbral, tímido, sin atreverse a entrar después de haber pasado varios días entrando y saliendo como Pedro por su casa. Por fin dio unos pasos y se detuvo ante el mueble, impresionado. Relucían los dorados en los lomos de las encuadernaciones y el viejo Derflinger en su urna.

-Cabén mil doscientos -dije.

El movía despacio la cabeza, sonriendo orgulloso. Entonces fui al frigorífico y le traje otra cerveza con muchísimo respeto.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Clanes, tribus y paranoias

En el ejercicio de la Sanidad, como en todos los oficios del mundo, hay artistas y chapuceros, gente de bien y cagamandurrias. Y pasa con ellos lo que con los pimientos de Padrón; si te toca el picante, vas hecho polvo. Esto viene a cuento porque a la hija de unos amigos le ha tocado el picante. María, se llama la enana, tuvo un esguince por el que le escayolaron la pierna. Pero se lo hicieron mal, inmovilizándole el pie en posición incorrecta, y ahora lo lleva como una pata de hipopótamo, y tendrá problemas circulatorios -tiene once años- el resto de su vida.

Costó un poco convencer al padre de María de que no le rompiera los cuernos al responsable del desaguisado. Por fin optó el hombre por la más razonable vía legal. Empezó a llevar a su hija a diversos médicos, a fin de que certificaran la desgracia; mas, para su sorpresa, aunque todos se indignaron con la chapuza, cuando se les pidió un dictamen médico por escrito, ninguno accedió a proporcionarlo. Hasta hubo quien llegó a decir que no podía, moralmente, desautorizar a un compañero de profesión. El caso es que la chiquilla seguirá con su pie fastidiado de por vida, el matasanos que se lo desgració continúa ejerciendo como si nada, el padre de María está ahorrando para comprarse una escopeta del doce con cartuchos de posta lobera, y cualquier día salen todos en los periódicos, como en Puerto Hurraco.

Esta especie de ley del silencio, de arropamiento mutuo en plan gremial, no tiene nada de nuevo, ni de extraño. En este país, como en la mayor parte de los países, ciertos colectivos -casualmente los que gozan de estructuras cerradas con determinados códigos o privilegios inherentes a su profesión-tienen la costumbre de enrocarse en sí mismos cuando alguien cuestiona una parte del todo. Es algo muy frecuente entre las putas, los jueces, los políticos y los periodistas, por citar unos cuantos ejemplos más o menos respetables.

Pero no sólo ellos. En las ciento seis semanas que llevo tecleando esta página dominical, por ejemplo, buena parte de las cartas de lectores que escriben para cagarse en mis muertos pertenecen a miembros de colectivos que se sienten agraviados por extensión solidaria. Voy y cuento, verbigracia, que un guardia municipal de Villatomillar del Rebollo (Cáceres) es una muía de varas, y acto seguido un

ertzaina de Bilbao, es un suponer, se da por aludido y te dice que acabas de insultar a los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, y otro lector asegura que has ofendido a Extremadura. Si dices que un fontanero te cobra cuatro mil duros por ponerte un grifo que no funciona, el presidente del gremio de Fontaneros Asociados te escribirá una grave misiva, lamentando que hayas puesto la honra de la fontanería en la picota. Hace un año, cuando el arriba firmante mencionó un incidente tontorrón protagonizado por un marino en aguas del Mediterráneo, cierto almirante pidió poco menos que mi fusilamiento al amanecer, por haber puesto en entredicho el honor militar y de la Armada -me lo chivaron los subordinados del émulo de Nelson, que son amiguetes-. Y si uno dice que esas X con las que los fulanos del spray tachan las jotas de los indicadores de carreteras en Lugo son burdas -lógico, pues el aerosol no permite buena caligrafía- resulta que estás insultando la noble ortografía de la lengua gallega. Venga ya.

Como ven, en tocias partes cuecen habas. Y paranoicos tontos del haba. Y es una lástima que tanta solidaridad y tanta defensa automática del compadre con razón o sin ella, y tanto darse por aludido y tanta leche, no se ponga de manifiesto en otras cosas. Resulta que, en este país que hemos convertido en el más insolidario del mundo -sí, lo he dicho, ciclos, qué horrible afrenta a la patria y a Iberoamérica- aquí todos estamos unidos en plan yupi-yupi wiardepipol con mecheritos Bic encendidos o en plan mafia cuando nos interesa; cuando está en el alero el privilegio, el sustento, la supervivencia de nuestro clan, nuestra tribu, nuestras aguas para regadío, nuestro RH o nuestras putas pésetes. Pero muy verdes las han segado, siempre, cuando de lo que se trata es de mirar alrededor y decir, rediez, no me gusta el careto de mi vecino pero es el que tengo, échémole una mano que ya la echará él cuando vengan las putas, que siempre vienen. O de animar el hombro junto a los otros, dar un puñetazo en la mesa y decir hasta aquí hemos llegado, carajo, aquí nos salvamos todos juntos o no se salva ni Dios.

Eso molaría un mazo, la verdad. Pero para ello hace falta ser lúcido y ser generoso; algo que se aprende en las escuelas, y en las familias, y en los libros, y en la Historia. De modo que vamos listos.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

El Dragón y la Polar

Es una noche de esas mediterráneas y tranquilas, sin tierra a la vista, con el rumor del agua fosforescente en la estela del barco y la silueta oscura del palo y las velas arriba, balanceándose despacio en el cielo lleno de miles de estrellas. Una de esas noches en que uno lamenta no Rimar, porque apetece encender un cigarrillo recostado en la brazola, junto al timón, con tres horas por delante hasta que termine la guardia, el resplandor del compás iluminando débilmente Este-Sudeste y, a lo lejos, las luces de un mercante cuyo rumbo te ha tenido un rato pegado al radar y que, por fin, se aleja dejándote libre de peligro y con todo el mar, el cielo y las estrellas para ti solo.

Es una noche de ésas; cuando llevas embarcado cuatro egoístas días que parecen veinte y las cosas de tierra parecen quedar tan lejos que te importan un carajo de la vela, y te das cuenta de que hace un siglo que no oyes tertulias radiofónicas, ni lees un periódico, ni ves la tele, ni te hablan del GAL ni de la corrupción ni de González, ni te dicen mireusté, y la vida continúa su curso y no pasa absolutamente nada y te preguntas, qué remedio, en qué diablos se equivocó la Humanidad, en qué maldita trampa caímos todos, o nos hicieron caer, y quién fue el primer hijo de la gran puta que cobró por ello.

Es una noche de ésas, y bajas y te haces un café, y después subes a la bañera con la taza de metal caliente entre las manos, y entre sorbo y sorbo miras hacia popa y ves, por la aleta, la Osa Mayor; así que por instinto trazas una línea imaginaria de Merak a Dubhé y allá arriba encuentras la Osa Menor y la Polar, inmutable desde hace tres mil años. Y casi crees en Dios, o tal vez incluso crees, cuando observas todas aquellas luces, y planetas, y soles girando lentamente allá arriba, en la bóveda oscura y luminosa que se despliega sobre el lento balanceo de tu mástil. El gigante Orion persigue al Toro, con Betelgeuse brillando en el hombro del Cazador. Aún puedes observar hacia el oeste la cabellera de Berenice, y Altair brilla en la constelación del Águila, que en esta época del año vuela hacia arriba. Si fuerzas la vista, hasta puedes distinguir junto a ella al Cisne volando a la derecha mientras, debajo, nada la figura pequeña y hermosa del Delfín. Y entre las dos Osas, el Dragón, que hace cinco mil años era la estrella polar que adoraban los egipcios y que -su ciclo es de 25.800 años- dentro de 22,800 sustituirá otra vez a la Polar y señalará el

norte geográfico.

Y es así, en tu cuarto de guardia, mirando ese cielo en apariencia impasible que parece burlarse de tantas cosas que aquí abajo, cuando recuerdas que la luz recorre 300.000 kilómetros por segundo y que Altair, por ejemplo, a la que miras en este momento, es una luz que salió de ella hace dieciséis años, y que tal vez a estas horas haya estallado en el espacio y ya no exista, y sin embargo aún seguirás viéndola allá arriba durante unos cuantos años más. Y vuelves los ojos a tu estrella maestra, la Polar, cuya distancia es de 470 años luz, y caes en la cuenta de que estás calculando tu rumbo y posición por la luz que salió de una estrella a principios del siglo XVI, y que ha tardado casi cinco siglos en llegar hasta ti, como un fantasma que saliera de la tumba para guiarte en la noche.

Entonces sientes un vértigo singular, pues comprendes que nada garantiza que cuanto ves allá arriba exista todavía, y que tal vez en este momento infinidad de cosas, de soles y planetas hayan cambiado, estén muertos o hayan nacido otros nuevos. Y en ese vasto Universo te parecen ridículos esos 150 cochambrosos millones de kilómetros que separan la Tierra del Sol -Plutón, sin ir más lejos, está a 5.900- en nuestro mezquino sistemita solar. Y piensas que, a lo mejor, cuando dentro de esos 22.800 años que faltan para el relevo, el Dragón sustituya a la Polar en el Norte, es muy posible que esa estrella marque la latitud cero sobre un planeta muerto que siga girando silenciosamente, ya desprovisto de vida, en la soledad del espacio infinito.

Y bebes otro sorbo de café y te dices; hay que ver. Tantos siglos, tantos miles de millones de años, colega, con todo ese tinglado girando allá arriba, y aquí nos creemos alguien porque hemos conseguido pudrir y llenar de tumbas prematuras, y de plástico, y de mierda, nuestro minúsculo trocito de firmamento en unas pocas centurias de nada. Y a todo esto, pendientes de que un tal González dimita o no dimita, de que se nos lleve el coche la grúa, o de que alguien le ponga las pilas a Ana Obregón. Ignoro si habrá vida inteligente allá arriba; pero como la haya y nos miren por un telescopio, tienen que estar partiéndose de risa.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Ropa cómoda e informal

En invierno, al menos, van con chandal. Y lo cierto es que el arriba firmante empieza a echar en falta esa prenda, con la que tanto me ensañé en esta misma página en otra ocasión. Sostengo y no enmiendo que el chandal para uso extradeportivo, o sea, ir de compras al Hiper el domingo con el BMW, o viajar en Iberia como si fueses directamente y sin ducharte del gimnasio a la clase turista, es una ordinaria y una hortera-da. Pero reconozco que, comparado con la indumentaria que gastamos en verano, el chandal es el frac de Fred Astaire, pero en moderno.

Antes sólo eran los guiris y uno decía, bueno, qué le vamos a hacer. No creo que este tiñalpa, con la pinta de matao que lleva, las chanclas y la camiseta y el calzón ese de flores, se quede en España más de una semana. Igual se le acaba el dinero para comer hamburguesas y roba una panadería y lo trincan los geos de la policía municipal y lo torturan salvajemente antes de aplicarle la ley de extranjería, para que no vuelva. O a la gorda esa del tanga, la camiseta donde pone Kiss me y la riñonera malva, la asalta un yonqui recién salido de Alcalá Meco con su tatuaje de Amor de madre, y le pincha con una jeringuilla en la teta, y la tía se pira a Illinois a contárselo a su amiga Jennifer y nos pone verdes, y así no vuelven nunca ni ella, ni Jennifer, ni la madre que tas parió.

Total, que uno se consolaba con tan piadosas intenciones porque es un xenófobo y un cabrón que no cree en eso del turismo como fraternidad e intercambio cultural. Más bien lo considera, tal y como se plantea hace tiempo, un molesto fenómeno que relega al individuo en beneficio de la chusma, y deja tras de sí un rastro de botellas de agua mineral vacías, envoltorios de hamburguesas, pintadas en monumentos, y es capaz de arrasar o envilecer, en cinco minutos, lo que generaciones de seres humanos lucharon por conservar durante siglos con amor y con esfuerzo.

Pero me desvío del tema. Estábamos con la murga de la indumentaria; y les decía, pues eso, que al principio uno se consolaba diciendo que las chanclas, y él calzoncillo de flores, y la camiseta para salir a cenar arreglao pero informal, eran la inevitable escoria que arrastra el turismo estival en su modalidad cutre. Como mucho, algo extensivo a aborígenes locales en territorio playero o aledaños. Pero hete que no. Resulta que el asunto se ha convertido en uso

urbano nacional. Detenerse a tomar algo en un bar de carretera español, por ejemplo, supone un descenso automático a los infiernos. Familias enteras bajan de los automóviles exhibiendo sudorosas vergüenzas, matojos asomando por los tirantes de la camiseta, michelines mal embutidos entre minicamiseta y minipantalón, y pantorrillas peludas. Enanos raperos, horteras básicos de bermudas hawaianas y riñonera, o de más nivel, Maribel, con pantalón de dobladillo en la rodilla, zapatos náuticos y lacoste molón. Sólo algunos abuelos -camino del asilo, supongo, donde van a dejarlos de paso- mantienen la dignidad, aún con sus vestidos estampados y abanicos, ellas, o con sus zapatos de rejilla, sus pantalones ligeros y sus entrañables camisas blancas, ellos. Especies amenazadas, listas de papeles, extinguiéndose como el oso pirenaico, o las focas.

Pero lo delictivo del asunto es que ya no hace falta irse a los bares de carretera, o a Marbella, Benidorm o Torrevieja. Uno se sienta, por ejemplo, en la Plaza Mayor de Madrid, o en la calle Sierpes de Sevilla, o en la Gran Vía de Bilbao, y asiste a un desfile fascinante de sobacos y pantorrillas, de chanquetas, zapatillas y camisetas mugrientas, lucidas con desparpajo sandunguero por fulanos que se llaman Eufrasio, Maripili, Manolo, Jordi, Vanessa, So pretexto del calor, con la pasión que en este país dedicamos a todo cuanto se nos pone entre ceja y ceja, los españoles nos hemos lanzado a una carrera desaforada de horterez indumentaria que ya quisieran para sí los concursos de la tele, la gente sale así, tan campante, a comprar el periódico, al banco, al cine, a ver a su abogado, a cenar. Con dos cojones.

Hay que ver. Cuando era tierno y jovencito abominaba de los veranos siempre tan apacibles, tan aburridos y formales, porque los mayores eran unos carcas y unos puñeteros y unos fáchas que nos obligaban a vestirnos de forma decente al volver de la playa. Y ahora resulta que añoro como un ceporro aquellos atardeceres de camisas blancas, y señores con calcetines que se quitaban el sombrero de paja al entrar a un restaurante o para saludar a otra gente, y señoras a las que uno podía llamar señoras sin tener que aguantarse la risa. A veces soy tan antiguo que me doy asco.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Mi amigo el ex espía

No sé si se acordarán ustedes de mi amigo el espía. Hace año y medio, el arriba firmante le dedicó esta página, Mi amigo era un espía español de verdad, de los que se movían en territorio extranjero y a menudo hostil. Curraba ese registro como otros un banco o el taller, y sus móviles eran varios: patriotismo, sentido del deber, afición a esa clase de vida, y también porque era un profesional y para eso le pagaban. De un modo u otro, era un espía honrado y valiente. Nada que ver con los correveidiles y la chusma que en los últimos tiempos sale en los periódicos, no por espiar a los enemigos y a los malos, sino por convertir el CESID en una especie de Mortadelo y Filemón al servicio de gentuza sin escrúpulos y sin vergüenza.

Total. Que por aquellas fechas mi amigo estaba de misión en América, ocupándose de trabajos que podían costarle las uñas de las manos y los pies en un sótano de Cali, o Medellín, si lo trincaban. Una etapa más de un oficio iniciado en sórdidos países ecuatoriales, o fotografiando instalaciones militares y playas norteafricanas durante la Marcha Verde y todo eso (Cuando Marruecos era el adversario potencial, antes de que entrásemos en la OTAN y el adversario potencial fuesen los tanques rusos y las perversas hordas eslavas comunistas, o esos serbios y croatas a los que el ministro Solana tiene acojonaditos vivos).

El caso es que aquella página dedicada a mí amigo el espía terminaba diciendo: "Sé que un día volverá y lo harán general o, lo más probable, lo enviarán a un despacho de chupatintas como suele hacerse en nuestra ingrata tierra para premiar los servicios prestados". Y no es por tirarme pegotes -en España ese tipo de pronósticos está chupado-, pero lo cierto es que así fue. Ahora que nuestra política exterior consiste en hacerse fotos en Bruselas y en dejarnos flagelar las nalgas por la comisaria Enma Bonino en plan estricta gobernanta, para eso no hacen falta ni espías ni nada. De modo que el general Manglano se dedicó en los últimos tiempos a sustituir a los viejos y duros espías profesionales por jóvenes analistas de los que no hacen olas, cuya principal fuente de información es leer titulares de la prensa diaria. Los otros, los correosos agentes que te organizaban un golpe de mano para abrir la caja fuerte de Obiang o se calzaban a la señora del embajador Flanagan para robarle los planos del polvorín, fueron jubilados uno tras otro.

Y es así como mi amigo retornó al hogar; a unos hijos para los que era un extraño, a una ciudad desconocida, a la soledad de veinte años de desarraigo, y a una oscura mesa de despacho donde los jóvenes espías lo miraban, ingenuos ellos, como se mira a una leyenda; y los viejos supervivientes -los que tuvieron tiempo y ocasiones para agarrarse bien y decirle al jefe muy bueno lo suyo, qué bonita corbata lleva hoy, general-, todos esos, digo, lo observaban de reojo, molestos con la presencia de aquel fulano que hablaba idiomas, leía en los diarios algo más que las páginas deportivas, se había jugado la vida y también había levantado señoras estupendas. Y ahora estaba allí, callado, en su inútil mesa del rincón, recordándoles con su presencia que ser espía fue una vez algo más que fabricarle dossiers a Narcis Serra para que éste y su baranda pudieran chantajear a España.

Y un día, hace como unos seis meses, mi amigo el espía los mandó a todos a mamarla a Parla. Después fue a un armario y allí, entre bolas de naftalina, estaba su viejo uniforme, lleno de medallas que nunca pudo lucir, y al que entre tanto le habían salido las estrellas de teniente coronel. Y dijo, bueno, hay que saber irse. Y pidió el reingreso en la cosa normal de la milicia, o sea, volvió al caquí discretamente, sin armar ruido, dispuesto a ser un soldado honrado como toda su vida fue un espía honrado. Y allí anda, en su nueva existencia, tras algún tiempo con su teléfono y el de sus amigos pinchado por si también se le ocurría largar -idiotas, él no es de esos-, rumiando nostalgias mientras sigue por los periódicos todo el pifostio de su ex -jefe, y los ajustes de cuentas y todo lo demás. Y de vez en cuando nos vamos a tomar una copa, recordando viejos tiempos. Y él comenta: hay que ver. Veinte años espionando como Dios manda para mandarles informes a vida o muerte: que si el narcoterrorismo o que si la amenaza integrista. Y resulta que, a éstos, lo que de verdad los ponía cachondos era el color de la lencería de Nati Abascal, o si el Rey prefiere las Hondas a las Yamahas. Cómo lo ves.

Mi amigo el ex espía se llama Charlie. Y le dedico esta página, por segunda vez, porque es de justicia no mezclar las churras con las merinas. O sea.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La chica que se parecía a Claudia

Se acaba, compadre. El domingo que viene estarás de nuevo en casa, todavía moreno, en la rutina de siempre. Con esa cara de panoli que se nos pone al volver, preguntándote si de verdad merecía la pena el gasto, el follón de la carretera, el atasco de tres horas, Pablito vomitándote en el cuello de la camisa, el suegro dando el coñazo con la incontinencia de la vejiga, y tú sudoroso y malhumorado, preguntándote si no hubiera sido mejor quedaros en casa con la tele y un botijo.

Y encima de eso, que ya fastidia, todos los tertulianos de radio, y los enjundiosos columnistas de tronío que no escriben palabrotas, y los refinados estetas sociales de este país, que viven de aplaudirse unos a otros mientras imparten doctrina con la verdad indiscutible y objetiva sentada en el hombro, se han pasado todo el verano dale que te pego, llamándote hortera y gilipollas porque te has ido a veranear a una playa con otros ochocientos mil seres humanos más, en un apartamento con el suelo lleno de arena y con toallas y bañadores colgados en las ventanas, en vez de pasar tus vacaciones a bordo de una goleta en las Bahamas o en un chalet de la Costa Azul, como por lo visto hacen ellos. Porque lo que pasa es que no tienes criterio, ni independencia, ni clase. Y eres un masificado y un capullo.

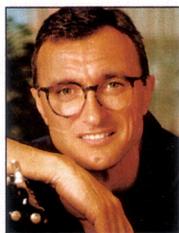
Así que, a medida que vas pasando las últimas hojas del calendario de agosto, se te va poniendo tan mala leche, un poco se parecen estas vacaciones a las que te planteaste antes del verano, calcadas de los anuncios de la tele, con playas solitarias, y relax, y los críos jugando felices, y puestas de sol con música del ron Bacardí, y la parienta bronceada y más guapa que nunca, y el Ocio, colega, así con mayúscula. Tumbado junto al mar sin hacer nada, viendo pasar la vida con un periódico, una cerveza y unas gambas a la plancha. Un mes al año, que carajo. A cuenta de todo lo demás.

Pero oye lo que te digo. Es cierto que de lo imaginado a lo vivido -y mira que te ocurre cada año, pringao-suele haber tanta diferencia como, por ejemplo, entre un ministro(a) de Cultura español y un ministro(a) de Cultura a secas. O francés, por ejemplo. Y no es menos verdad que el año que viene tropezarás, suegro, Pablito y ochocientos mil fulanos incluidos, en la misma piedra. O en la misma playa. Pero no dejes que te apabullen, tampoco. Porque por mucho que

las pién aquí, los dandies y los refinados líderes de opinión -esos a los que molestas con el patín acuático de pedales donde llevas a los críos, imaginándote por un rato lobo de mar, cuando das vueltas alrededor del yate alquilado donde viajan de gorra-, tú tienes derecho a intentarlo. A ver si me entiendes. Tienes derecho a soñarlo y a jugar a que tú también puedes. A ponerte moreno bajo el mismo sol y a gastarte siete mil duros de golpe en una cena de restaurante caro, corno ellos, con farolillos y orquesta, aunque la alegría te haga polvo el presupuesto del verano. Y si no puedes permitirte otra cosa, bien venidos sean el calor, y las moscas, y el embotellamiento, y la playa hasta los topes. Es lo que te apetece, y punto.

Así que no te cortes. Cuando se termine, piensa en esa chica que tomaba el sol en topless y que se parecía a Claudia Schiffer. Y en lo bonito que estaba Benidorm aquella noche, con la luna en el mar. Y aquellas cigalas que te dejaron tiesa la cartera pero que sabían a gloria. Y en la alegría de los enanos con el puñetero cubo y la arena. Y en aquel matrimonio tan agradable que conocisteis, de Soria. Y en el homenaje glorioso que os disteis la parienta y tú -ella bien morena, con la marca del bikini, ya sabes- recién llegados de la playa, cuando los críos estaban abajo en la piscina, media hora sin daros el coñazo. Igual, ¿verdad, compadre?, hasta llegó a merecer la pena.

Y quién sabe. Lo mismo dentro de once meses llega ese momento mágico que llevas toda la vida buscando. Y las vacaciones se parecen por fin a un anuncio de la tele a cámara lenta. Y la parienta se pone más bronceada y más guapa que nunca. O la moza que se parece a Claudia Schiffer se cruza contigo en el ascensor volviendo de la playa, y hay un corte de luz, como en las películas, y os quedáis allí los dos un rato largo. O te toca la bonoloto, o la quiniela, o la bolita del casino, y le pegas fuego a La Manga. Qué sé yo. Tú sueña con lo que te dé la gana, y no dejes que te tiremos los palos del sombrero. Y a los aguafiestas de pitimini, a esos que te llaman hortera porque no has invertido este mes en visitar claustros románicos que ellos tampoco han visitado en su puta vida, a esos, amigo, que les vayan dando.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Nos van a dar mucha leña

Esto de los números especiales de 'El Semanal' es una murga marinera. Resulta que el arriba firmante se dispone, verbigracia, a analizar pormenorizadamente la heroica visita del ministro Solana hace un par de semanas a Sarajevo – fui yo quien le disparó, sí, ministro, lo confieso-, o a echar cuentas sobre los presupuestos para el sostenimiento y roturación de la finca privada de Jordi Pujol –que ya voy teniendo ganas, vive Dios-, cuando suena el teléfono y una agradable voz de la redactora-jefe me comunica que vamos de monográfico sobre las señoras. Así que, por una vez y sin que sirva de precedente, inquiero en demanda de doctrina. O sea. ¿Elijo prototipos significativos o casos específicos? ¿En qué estrato social debato el asunto? ¿Me decanto por la opción Marta Chávarri –que se ha puesto estupenda desde la crisis conyugal- o por la soledad sonora de Lolita? ¿Pantoja y compañía? ¿Algo profundo e intelectual sobre la doctora Ochoa, Steiner y el círculo de Bloomsbury? ¿El Azur de Puig?... Total. Que la redactora-jefe, que tiene otras cosas que hacer, sugiere que escriba sobre mi santa madre, y cuelga.

De modo que me voy a dar una vuelta. Y estando en esas veo pasar a tres mujeres cartero. Y por la tarde, de gestiones en una notaría acompañado por Chamaca, mi abogada, le echo la firma al documento que me presenta una dama cuyo nombre figura en la placa de la puerta. Y por la noche pongo el telediario –donde cuatro de cada cinco son hembras- y sale una juez de veintitantos años, y recuerdo que hace unas semanas, delcarando como testigo de un colega, lo hice ante otra respetable señora juez, que por cierto tenía muy mala leche. Y empiezo a darle vueltas al asunto y al final pienso, anda tú. Así a lo tonto lo están copando todo las mujeres. Y me digo: pues vale. Ya tengo artículo.

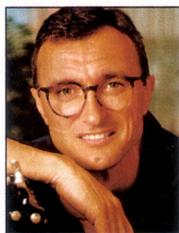
¿Se han fijado ustedes en que, desde hace tiempo, cada vez son más mujeres las que ganan las plazas a las que se accede a una oposición? No sé cómo andarán los porcentajes, pero me juego la barra espaciadora del ordenador a que siete de cada diez puestos de trabajo que salen a concurso se los llevan ellas. Así que, si no, a cualquier organismo oficial, un banco, una comisaría, un ayuntamiento. Cuando en lugar del chanchullo con el cuñado o el amiguete (o el recomendado del constructor que sacude comisiones en dinero B, o el test psicotécnico que, casualmente nunca superan las mujeres casadas) es la justicia objetiva, la cali-

ficación y la preparación adecuada lo que cuentan, las mujeres arrasan. Por el morro.

¿Por qué? Pregúntenselo a ellas. Pero sí, con la cantidad de barreras y de zancadillas que los hombres seguimos poniéndoles en el camino, siguen apoderándose de todas las plazas que salen a concurso oposición, desde barrendero municipal hasta juez de la Audiencia Nacional –me resisto a escribir esa ordinariez de jueza-, imagínense lo que podría ocurrir si las dejáramos competir con juego limpio, en auténtica igualdad de oportunidades. A veces, cuando uno está con sus congéneres y escucha la concepción del mundo que tienen algunos Rodolfos Langostinos con los que te avergüenzas de compartir sexo –compartirlo en el buen sentido, ojo-, cabe preguntarse de dónde diablos sacan, o sacamos, esa superioridad con la que da diario se perdona en este país las vida d ela señoras. Porque ustedes no sé; pero buena parte de las que conoce el arriba firmante son más tenaces e inteligentes, con más curiosidad por el mundo exterior y más resistencia al trabajo y al esfuerzo, que la mayor parte de las malas bestias que vamos por ahí haciendo posturitas en la barra de un bar, mirándoles las piernas y preguntándonos –es lo único que nos interesa de ellas, por lo general- si esta torda traga o no traga.

Y así, mientras ejercemos de machotes y de perfectos sopladores de vidrio, y luego nos sentamos en casa, borrachos de autosatisfacción, a ver el fútbol, ellas son las que leen, las que estudian, las que pelean con más determinación y en silencio. Las que, arrastrando el lastre de los hijos y de la casa como los chorros del oro –trampa prematura en la que cada vez caen con menos facilidad, a poco que se espabilan-, aún encuentran tiempo y coraje para librar la batalla de la dignidad y del trabajo y, encima, ganarla con una ventaja de aquí a Lima. Eso, para que luego llegue un pocamierda de tío diciéndoles oye, pequeña, mientras intenta darles palmaditas en el culo.

Así que cuando sean todas notarios, y médicos, y carteros, y ministros del Interior, no les extrañe que se cobren la factura. Ojo por ojo. Si yo fuera ellas, iba a darnos leña hasta en el carnet de identidad. Y mira que me alegro.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La profesora de inglés

Esta semana me toca hacer de Celestino, pero B. tiene dieciséis años, es un lector y por tanto es un amigo. El caso es que su profesora de inglés, me cuenta B. en la carta, tiene treinta años, es morena y está tremenda. Y vive enamorado de ella como un becerro, hasta el punto de que, la última vez que la profesora lo llamó a su despacho para echarle un chorro porque anda fatal en la anglosajona parla, él ni siquiera oyó la bronca porque no hacía más que mirarle los labios, que los tiene -asegura- como las cerezas picotas. Cuando me escribió, hace casi cuatro meses, B. estaba seguro de que iba a catear la asignatura. “Cosa que no me importa -matizaba- porque así al año que viene volveré a verla” El caso es que me pedía ayuda, porque, apuntaba: “Los hombres tenemos que ayudarnos. Yo no sé qué pensará usted de las mujeres, pero yo creo que nos tienen cogidos por los huevos (sic), y que si entre nosotros no nos echamos una mano, ya me contarás?”

Ante tan demoleedor argumento, el arriba firmante -que una vez tuvo dieciséis años y, en su caso, una profesora de Griego que también lo llevaba por la calle de la Amargura- no puede hacer otra cosa que ponerse a disposición del joven corresponsal con armas y bagajes. Vaya por delante que estas cosas casi nunca resultan; pero no se sabe. Además, como apunta B. en su misiva, una vez, después de echarle la bronca por vago y por inútil, ella le dijo que cuando sonrío está muy guapo. Y B., que salió flotando del despacho, sostiene con cierta lógica que si yo escribo este artículo él sonreirá más y ella lo verá más guapo aún. Además, en septiembre -fíjense cómo afina a medio plazo, el tío- “estaré más moreno, y seguro que hasta crezco un poco, así que le pareceré mayor”.

Así que aquí me tienen, en septiembre, cumpliendo de hombre a hombre, y dispuesto a decirle a la profesora que, bueno, pues eso, lo que B. quiere que le diga. Que la diferencia de edad en la cosa del hola que tal es una milonga, y que a fin de cuentas vamos a vivir cuatro días. Y que en el juramento hipocrático, o presocrático, como se llame el que hagan los profesores, estará, supongo -supone B.- el de enseñar al que no sabe. Y a él hay cantidad de cosas que le gustaría aprender. Como, por ejemplo, de qué color se le ponen a ella los ojos con poca luz. O cómo suena su voz cuando habla en un susurro. O a qué saben las cerezas picotas que tiene en la boca y que a B. -y por el entusiasmo

casi contagioso de su carta, a este paso, hasta a mí mismo- le gustaría comerse despacito.

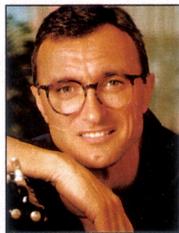
Eso es lo que hay, B., colega. Y yo he cumplido, como ves; y ya no me queda sino desearte suerte, buen viento y buena caza. De todas formas, de ti para mí, tampoco te vayas a hacer muchas ilusiones sobre el efecto que esta página que tú y yo llevamos hoy a medias pueda hacer en su ánimo. Las profesoras, cuando como la tuya son treintañeras jóvenes y guapísimas, suelen tener bicho. Quiero decir novio, amigo o marido. Y cuando no, pues resultan menos receptivas a la sonrisa de un alumno que al maduro aplomo de un jefe de estudios cuarentón o a los armónicos dorsales de un profesor de Gimnasia (la mía de Griego, lo que es la vida, se casó con el de Gimnasia; y los once que estábamos en su grupo de Letras estuvimos una semana borrachos de desesperación y de vino de Jumilla, hechos polvo, tirados por todos los bares de Cartagena, buscando una espada amiga que nos diera piadosa muerte a los once).

En fin. Tú dale caña, compadre. Dásela dentro de un orden. Lo bueno que tienen tus dieciséis tacos es que en ese Upo de cosas puedes equivocarte o meter la pata ochocientos mil veces y no pasa nada. A fin de cuentas, lo peor en la vida no es decir: “aquella vez hice el panoli”, sino: “si yo me hubiera atrevido”. Así que haz el panoli, atrévete a decirselo -hoy o te lo he desgraciado o te lo he puesto a punto, colega- y que luego salga el sol por Antequera. Pero no dejes que ese pedazo de mujer se te escape viva por cortao. Eso sí que no se lo perdona uno nunca. Porque a veces pasan, te lo juro, esas cosas. Una señora estupenda rodeada de musculitos y cuarentones apuestos y chulos de discoteca, y de pronto ves que llega un tiñalpa escuchimizado que le dice hola, buenas.

Y ella le mira el careto y piensa: anda tú. Este sonrío como sonreía mi papi.

Y se va con él, y viven una loca pasión de años. O de un par de horas, que dura menos, eso sí, pero también tiene su intrínquilis.

Ah. Y a ver si estudias un poco más el inglés. Porque lo cortés no quita lo caliente. O viceversa.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Y al sur, con el moro

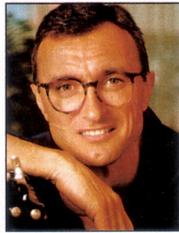
Esto de que, por razones técnicas, la página haya que escribirla dos semanas antes de su publicación, lo descoloca a uno. El arriba firmante ignora, verbigracia, si cuando esto aparezca se habrán reanudado las conversaciones pesqueras con Marruecos, o si la infantería de marina del reino alauita habrá desembarcado ya en las playas de Tarifa mientras el ministro Atienza -he averiguado el apellido, por fin- se pega un tiro en el bunker del Ministerio y su colega Solana asegura en Bruselas, para el Telediario, que todo está bajo control, como en Bosnia.

Para España, Marruecos ha sido siempre una puñalada en la ingle que, a menudo, interesa de pronóstico grave la femoral. La cuestión norteafricana, el Gurugú, el Barranco del Lobo, Annual, Monte Armit, Ifni, la incompetencia de generales analfabetos y políticos sin escrúpulos, o viceversa, nos marcaron a base de bien. En contra de lo que en los últimos veinte años tanto demagogo y tanto cantamañanas se ha empeñado en hacernos creer, el espacio natural español no era esa Europa de individuos rubios a los que ahora llevamos sonrientes el botijo tras matar nuestras vacas y arrancar nuestras vides; sino Hispanoamérica, de una parte, y el norte de África, de la otra. Aunque, a estas alturas, al asunto pueda aplicársele el zorrilleseo lamento de don Luis Mejías, que en paz descansa: "Donjuán, yo la amaba, sí/ mas con lo que habéis osado/ imposible la hais dejado/ para vos, y para mí".

Respecto a Marruecos, echarle un vistazo a los libros de Historia produce depresión aguda. Es increíble cómo, sometidos a un régimen feudal, privados de buen número de libertades, teóricamente inferiores en cuanto a capacidad económica, militar, e influencia internacional, los marroquíes han ido venciendo en todos y cada uno de sus conflictos con España (el último pulso que les ganamos fue la expulsión de los moriscos). Son duros de pelar, valientes, apuestan fuerte dejándose la piel en dios, tienen una de las más exquisitas diplomacias del mundo, y Hassan II posee una tenacidad, una astucia y un coraje hiera de lo común. A todo eso, España se limitó siempre a oponer muías de varas que nos costalean cinco mil soldaditos muertos cada vez, o negociadores pasteleros, mangantes y flojos de vareta que se ponían a tartamudear, y lo siguen haciendo, en cuanto un negociador marroquí los mira a los ojos y dice: tres con las que tú llevas.

La diplomacia marroquí no es como la nuestra, convertida en un coro de palmeros finos con corbata, capaces de vender la virginidad de sus hermanas por una son risita de Helmut Kohl, que se pasan el día pidiendo perdón y dando las gracias porque les dejan llamarse europeos en una Europa, hay que fastidiarse, que nació precisamente contra España cuando ésta los tenía a todos agarrados por salva sea la parte. Los fulanos de Rabat saben cuál es su espacio natural, y llevan siglos estudiando a aquel con quien se juegan los cuartos. Conocen nuestras debilidades y flaquezas, y en qué momento apretar. Son arrogantes cuando hay que serlo, flexibles cuando les conviene. Saben que España tiene relativa capacidad para hacerles la puñeta, pero intereses en Marruecos y gobernantes con mala conciencia, timoratos y mierdecillas incapaces de sostener un órdago hasta el final. Así que nos llevan de culo. El Sahara se lo autoadjudicaron por las bravas cuando agonizaba Franco. Se hicieron con Guinea Ecuatorial -la guardia personal de Obiang es marroquí- mientras los tiñalpas de la UCD se la cogían con papel de fumar. Ahora, el caos de González y sus euromariachis los envalentona para llevar al desguace la flota pesquera española. Y Sebta y Mililia siguen llamándose de otra manera porque ésa es una jugada a largo plazo, y también porque allí aún nos queda gente como mi viejo compadre Manolo Céspedes, el último virrey español, que es un pirata beréber más moro que el kifí, y torea como nadie en un palmo de terreno.

Personalmente, el arriba firmante ya ha escrito que le gusta el aceite de oliva y se encuentra más cerca de un marroquí que de un austríaco, y si me apuran, de un francés. Así que excúsenme los pescadores españoles, pero no puedo reprocharle al moro Muza que crea en su país y luce por él. Ojalá (expresión árabe, por cierto) aquí hiciéramos lo mismo. La culpa no es de Marruecos, sino de nuestros mantecas blandas incapaces de jugar bien sus cartas, y dar puñetazos sobre la mesa cuando pueden y deben darse. Por eso, en vez de tanto máster en Bruselas o en Washington, tanta murga comunitaria y tanta leche, lo que uno recomendaría a la diplomacia española son unos humildes cursillos de formación profesional en Marruecos. A ver si allí aprendíamos a tener dignidad, a tener coraje y a tener vergüenza.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La aventura equinoccial de Bernardo Atxaga

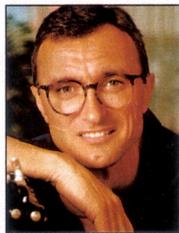
Además de buen escritor y buena persona, Bernardo Atxaga es un tipo tan entrañable que si yo fuera mujer podría pasarme el día dándole besos. Aunque bajito, es muy chicharrón del Norte, muy sano él, muy vasco, como se decía en el resto de España antes de que el término adquiriese otras desgraciadas connotaciones. Bernardo es una especie de osito de peluche de caserío, euskaldún como la madre que lo parió, que hace más por su país con diez líneas escritas a máquina o un poema que todos esos heroicos gudaris de las capuchas con sus coches bomba y sus tiros por la espalda y sus viejecitas apaleadas en contramanifestaciones, que hasta escriben te minas a matar con faltas de ortografía. El caso es que un día, a principios del verano, coincidimos en Ámsterdam Bernardo y yo, y me lo lleve a visitar el barrio de putas, que no lo conocía, y disfruté viendo a Bernardo alucinar, bonachón, ante los escaparates tan pulcros y organizados desde los que las damas le decían hola chato en neerlandés. Terminamos hasta arriba de cerveza a orillas de un canal, en un bar lleno de ingleses e inglesas y cantando con ellos la cancioncilla esa de la Cruzcampo. Ya saben: larí, larilolá. Y hablando de *La aventura equinoccial* de Lope de Aguirre, de Ramón J. Sender.

Sender es el premio Nobel que debió ser y no fue. El gran novelista español de nuestra mitad de siglo, que retrató como nadie el alma bronca y dura de esta España a la que comprendió tan bien como amó. Intelectual de izquierdas, encarcelado por Primo de Rivera, luchó en el bando republicano y vivió el exilio. Llevaba todas las papeletas para ser elevado a los altares del muy bueno lo tuyo, pero ni los unos ni los otros ni los de siempre le perdonaron nunca su independencia, su testarudez oscense, su anticomunismo, sus universidades norteamericanas. Si hubiera sido panaguado de moros o cristianos, esgrimible como bandera, cofrade de morro y trinque o compañero de cama, habríamos tenido Ramón J. Sender hasta en la sopa. Pero ya ven. En la España que nos ocupa, los alumnos de Literatura no saben ni quién es. Y sin embargo, ese hombre cuya obra resulta casi imposible encontrar hoy en las librerías escribió *La aventura equinoccial* de Lope de Aguirre, *Míster Witt* en el cantón, *Rizando*, *Crónica del alba*. Literatura de verdad, no ejercicios de caradura para que se los jalee a uno la claque de los compadres. Obras maestras que retratan España y a los españoles, nuestra historia hermosa y

desgraciada, nuestra soberbia y nuestra cainita condición humana.

Aquella noche, apoyados en la barra del bar guiri, Bernardo Atxaga y el arriba firmante coincidimos en que leer *La aventura equinoccial* de Lope de Aguirre es entender no sólo el problema del País Vasco, sino el problema de todos los países que forman las Españas de nuestra España. Nadie como Ramón J. Sender ha sabido clavar el retrato de ese fulano menudo, duro, reseco, con mala leche, que anda cojeando de viejas heridas, con la cota de malla y las armas encima a pesar del calor, porque no se fía ni de su sombra. Que degüella por si acaso, que alberga viejos resentimientos que no olvida, atormentado por su orgullo, siempre en el difuso límite donde el azar te convierte en héroe, como a Cortés, o en villano criminal como al propio Aguirre: todo depende del naipe. Un Lope de Aguirre soberbio, peligroso, violento, suspicaz, presto a la degollina como sus primos almogávares de Bizancio “disperta ferro, que huele a cordobán”;-. Y está esa carta tremenda que Aguirre le escribe a su rey, al lejano rey Felipe de la lejana España: rey ingrato, te serví y mira el pago, y oye, rey, tú matas más que yo, pero yo me mancho de sangre y tú empleas alguaciles, escribanos y jueces para tener las manos limpias, Aguirre reniega de España y su monarca y eso lo hace aún más español, en ese rasgo genial que consiste precisamente en no querer serlo. Gesta heroica que degenera en locura de sangre y de soberbia, tan de aquí, donde basta un quitame esas pajas, una asonada, un trasvase, para acuchillarse en calles y plazas; donde hombres desesperados, engañados durante siglos por reyes y por validos, persiguen el sueño de un Dorado que los haga libres y calme la sed de justicia, el ansia de venganza que llevan en los ojos y en la sangre.

Hay libros mágicos que ayudan a reconocerse y, por tanto, a comprender. *La aventura equinoccial* de Lope de Aguirre es uno de ellos. Y espero no palmarla sin haber visto esa novela traducida al euskera por Bernardo Atxaga. Me lo juró allá en Ámsterdam, entre gentes rubias que parecían marcianos y que nunca podrían escribir un libro como ése.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Voces electrónicas

La autovía es más aburrida que la doctora Quinn, de ésas en las que no hay ni un maldito bar donde uno pueda pararse a beber café. Y la gasolinera parece la Estación Espacial Zebra o algo así, muy ultramoderna, con luces verdes y toda la parafernalia. Por supuesto, no hay gasolinero de turno, sino un fulano a lo lejos, tras una mampara de cristal blindado, y tú descuelgas la manguera y pegas un salto porque del techo ha salido una voz que te dice: «Ha elegido usted gasolina sin plomo». Miras a un lado, miras a otro, no ves a nadie, murmuras «me alegro», por si acaso, y llenas el depósito. Al terminar, la misma voz dice «Gracias por elegir gasolina sin plomo» y tú, un poco mosqueado, murmuras «de nada» mientras vas a pagar. De camino a la caja, pasas junto a un lorito metido en un artilugio expendedor de bolas de plástico para estafar a críos y papás incautos, a veinte duros la bola con chucherías dentro, y el loro te dice «Hola, soy Paco. ¿Quieres jugar conmigo?», con voz del Coche Fantástico. Respondes que no, gracias, y entregas tu tarjeta de crédito al fulano que lee el Penthouse al otro lado de la mampara.

A través del intercomunicador, la voz metálica del empleado te dice que no aceptan esa tarjeta y que si tienes otra u otras. Tú dices que sí, vuelves al coche, el loro -que parece un chapero en su esquinavuelve a hacerte proposiciones indecentes tanto a la ida como a la vuelta, tú le das la tarjeta al del Penthouse, la pasa por la máquina, y de la máquina sale otra voz electrónica masculina que dice:

«Tarjeta denegada», en tono conminatorio, de te vas a enterar cuánto vale un peine, como si tuviera un guardia civil enano escondido dentro igual que los aparatos esos de los Picapiedra. ¿Cómo que denegada, te preguntas, si El Semanal acaba de pagarte los cuatro artículos del mes? Ya que el asunto se debate entre la máquina y tú, el empleado se encoge de hombros, a lo suyo, atento a las tetas de Miss América 95. Lo convences de que se frote la banda magnética en la manga y lo intente de nuevo, y la voz del picoletto electrónico dice ahora: «Tarjeta aceptada», como si en el fondo le fastidiara admitirlo. Suspiras aliviado, firmas el recibo ante la indiferencia del gasolinero, y como necesitas cambio para unas llamadas telefónicas vas a la máquina de chokolatinas y metes una moneda de quinientas.

Ahora es una voz femenina, seca y desabrida como la de

un robot, la que te dice: «En este momento no disponemos de cambio». Vuelves con el gasolinero. Le juras que tu madre agoniza en la UCI. Consigues cambio, vas al teléfono, y te ha descompuesto todo tanto que debes de haber marcado mal, porque otra voz de mujer, con muy mala leche enlatada, te dice: «El número marcado no existe, y no añade «imbécil» por un pelo. Tú cuelgas, respiras hondo y marcas de nuevo con mucho cuidado. Ahora es la voz de una nueva señorita Rottenmeyer que te dice: «Por sobrecarga, llame pasados unos minutos». Los minutos los empleas en darte una carrera hacia el centro de la explanada y maldecir en arameo de las gasolineras, la Telefónica y la madre que las parió. Después, más desahogado, vuelves al teléfono y, bajo la atenta mirada del loro, que está esperando a que te descuides para insinuarse de nuevo, marcas otra vez el número.

La primera respuesta es: «Hola, no estoy. Deja tu mensaje al oír la señal». Contrariado, marcas el segundo número de tu lista, y ahora es una voz infantil la que te dice: «Miz papaitoz no están en cazita... Deja tu nombre y tu menzaje cuando oigaz la zeñalita».

Cuelgas el auricular, das un par de vueltas alrededor del poste de gasolina más cercano, golpeas once veces la frente contra el canto de la puerta -«Soy Paco» insiste el loro mientras tantoy apelando a toda tu sangre fría marcas otro teléfono. «El número marcado no existe», te informa la misma tipa de antes, pero esta vez andas bien de reflejos y te da tiempo a decirle: «Tú eres la que no existe, cacho zorra», antes de que la voz electrónica se despida con un chasquido. Como sólo te queda para una última llamada marcas el número de Javier Marías para preguntarle si esta semana piensa escribir algo al respecto para no coincidir, y la voz enlatada de tu vecino de página informa: «Éste es un mensaje que responde inicialmente a su demanda. Deje el suyo al oír la señal o calle para siempre».

Llevas media hora discutiendo con todo cristo, y aún no has conseguido hablar con nadie. Así que te vas camino del coche, dispuesto a suicidarte poniendo la cinta de El vals de los locos de Nacho Cano -es mano de santo- hasta que la muerte se apiade de ti. Al pasarle por delante, el loro vuelve a poner en tu conocimiento que se llama Paco.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

A bofetada limpia

Últimamente tenemos la mano muy larga. Con el menor pretexto nos liamos a guantazos en un semáforo, en las fiestas del pueblo, en los directos de la tele. No hay acto público o privado que no termine a hostias. Un encierro, un trasvase, la procesión de la Patrona: todo vale para repartir estiba. El paisaje se nos está llenando de fulanos que se zarandean unos a otros mentándose a los muertos más frescos, de gente desencajada procediendo a linchamientos sumarios. Lo mismo le abren la cabeza con un botijo a un concejal ante el trono de la Virgen, que un encierro de la sierra madrileña se convierte en motín callejero y, de paso, inflan a las abuelitas y a los periodistas que pasaban por allí.

Lo malo de esa violencia desmedida es que no resulta difícil de comprender. Amén de las crispaciones sociales modernas, la influencia de la televisión y la pérdida constante de referencias culturales, en España disfrutamos de doce años de gobierno basado en la estafa sistemática de las esperanzas de los ciudadanos. Con una oposición que sólo es capaz de repetir "Vayasesonizala" mientras espera a que el aludido se muera de viejo, y un país lleno de paro y desesperación, donde en vez de con nuestros recursos vivimos de los fondos de ayudas de la Comunidad Europea, donde se mantiene el IPC porque suben los precios de la comida pero bajan los televisores y los automóviles, donde ahora resulta que tenemos que importar los cereales y las patatas, y donde el aceite de oliva -vendido a los italianos- se trae de fuera a casi mil pesetas el litro, no es extraño que den ganas de pegarle fuego al sursum corda y que el personal ande por ahí caliente, pidiendo sangre. La de quien sea.

El resultado es que aquí no se respeta a nadie, y sales a la calle listo para arder como la pólvora. Y cuando no son los regantes murcianos, son los cretinos de las esvásticas, los mohicanos de las botas, los jarrais de los cojones o los hueveros cántala únicos, que se autoerigen en chulos de la vía pública azuzados por sus mayores, como aquellos prendas de Munich a sus nazis o las señoras de Serrano a sus fachas jovencitos de los 70, Todo eso gracias a la irresponsabilidad de tenderos sin escrúpulos, nacionalistas analfabetos y curas trabucaires, y a la ambigua pasividad de las variopintas policías y autoridades locales. Y como aquí cuando éramos pocos siempre pare la abuela, España se ha convertido en poco tiempo en una algarada de retrasados menta-

les, de gañanes y de gentuza.

No sé a qué cantamañanas oí el otro día en la radio -me parece que era directora general o delegada de algo- anunciando una campaña audiovisual con anuncios y videoclips y musiquitas para frenar a los violentos y convertirlos en JASP. Algo del tipo: nene, pupita, malo. O sea, ya se pueden imaginar. Y claro, apenas pasen el anuncio entre lo de Isabel Gemio y Chuck Norris, los rapadines y los etarrillas y los pujolectes júnior y toda la basca, van a ver la luz y a abrazar entre sollozos a sus semejantes con méchenlos encendidos y cantando eso de wiardechildren wiardepipol, o como se diga. Venga ya. Ignoro lo que entenderán algunos por violencia, pero el arriba firmante pasó ia mitad exacta de su vida viendo violencia de la de verdad, de pata negra, y tiene la certeza histórica de que a los violentos sólo se les frena impidiendo que lo sean al hacerles justicia oportunamente; y cuando carecen de razón, metiéndoles el miedo de Dios en el cuerpo con un riguroso, puntual y oportuno ejercicio de la Ley, El único problema es que para eso hay que tener el coraje de hacer respetar fa ley, en lugar de usarla como bidé para el chichi de la Bernarda.

Quiero decir con eso que el presidente Clinton, verbigracia, puede bombardear a los serbios de Bosnia sin complejos, ni miedo a que nadie lo tache de totalitario; porque hay leyes internacionales que respaldan su actuación, y además fue elegido democráticamente para cosas así, entre otras. El problema surge cuando los caciques y aprendices de brujo locales juegan con la demagogia más reaccionaria y más canalla, o carecen, por su propia condición miserable, su inseguridad democrática y su escasa talla política, de la conciencia tranquila y la confianza suficiente en sí mismos y en su razón para defender a los ciudadanos a quienes pretenden tutelar, ejerciendo la autoridad que es su obligación, y es su derecho.

En España estamos empezando a admitir la pajarraca callejera, y el pasteleo de quienes la rentabilizan, como algo normal. Se trata de algo triste y peligroso, porque, ¿recuerdan?, habíamos pagado un precio muy alto -más cuarenta años de IVA-para salir de todo eso.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Campos de batalla

Cada vez que el trabajo o lo que sea me llevan a Bruselas, el arriba firmante aprovecha para darse una vuelta por el cercano campo de batalla de Waterloo, donde los días 16, 17 y 18 de junio de 1815 un soldado de diecisiete años llamado Jean Gall, que luego sería abuelo de mi bisabuela, combatió contra ingleses y prusianos. Los belgas han tenido el buen gusto de conservar intacto el campo de batalla donde él y 300,000 hombres más se acuchillaron concienzudamente, de modo que hoy es posible visitarlo con un libro de Historia en la mano, paso a paso. Así, cada vez, puedo acompañar al fantasma del abuelo desde Hougoumont al asalto de las alturas de la Haie Sainte, y seguirlo después en su terrible retirada por la misma carretera de Quatre Bras y Charlcroi, perseguido por la caballería inglesa y los húsares prusianos que, exasperados por la carnicería, negaban cuartel y no hacían prisioneros. A veces llueve, y camino con el abuelo bajo la lluvia, empapado como él, pasando junto al monumento del águila herida donde, ya al anochecer, la Vieja Guardia formó el último cuadro.

Con frecuencia, visitando el museo y las placas conmemorativas repartidas por el campo de batalla, encuentro grupos de colegiales franceses, belgas, alemanes e ingleses, a quienes sus profesores explican, sobre el terreno, las circunstancias de la última batalla del Emperador. Y no es el único lugar. En Normandía, Poitiers, Solferino, Crecy, Verdun, las Termopilas y muchos otros sitios marcados en los atlas históricos, he visto grupos de estudiantes cuya formación y planes de estudio incluyen, también, este tipo de visitas.

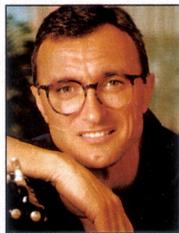
En todos los países, salvo en España. Resulta curioso que un lugar cuya geografía cuenta con nombres como Calatañazor, Sagrajas, las Navas de Tolosa, Belchite, El Jarama, los Arapites o el cabo Trafalgar, apenas conserve referencias locales de esos acontecimientos. Uno pasa por los desfiladeros a cuyos pies se abre Bailen, por ejemplo, y no encuentra constancia de que, en ese mismo lugar, veinte mil soldados imperiales muertos de sed y acosados por partidas de guerrilleros se rindieran a las tropas españolas cuando Napoleón era amo de Europa. Quizá se deba al pseudopatriótico uso que de tales asuntos se ha hecho siempre aquí para tapan los agujeros de la alfombra; pero lo cierto es que España parece avergonzarse de sus campos de batalla. Como si nos dieran mala conciencia, o nos impor-

tase un bledo que miles de seres humanos mataran o se hicieran matar sobre ese suelo.

Y creo que es un error, porque un campo de batalla no resulta malo ni bueno. Sólo es el lugar donde rodaron los dados que utiliza la Historia. Un campo de batalla es la barbarie y la sangre y la locura; pero también la abnegación, el coraje y todo aquello de que es capaz el contradictorio corazón humano. Si olvidamos la demagogia patriótica y ultra-nacionalista que manipula hasta la sangre honrada de los muertos, y también la otra demagogia estúpida que se niega a aceptar los ángulos de sombra que existen en la Historia y en la condición del hombre, un campo de batalla puede convertirse en una extraordinaria escuela de lucidez, de solidaridad, y de tolerancia.

Que me perdonen los que tanto se la cogen con papel de fumar; pero al arriba firmante le parece de perlas que jóvenes en edad de formarse revivan lo que otros jóvenes tuvieron que afrontar, juguetes de los poderosos, de las banderas y de las fanfarrias, o peleando honrosamente -una cosa no excluye la otra- por una fe o una idea. Que aprendan lo que otros dejaron de bueno y de malo, y a menudo de ambas cosas a la vez. Que pisen los inmensos cementerios que hay al final de caminos alegremente abiertos por bocazas y miserables, dispuestos a abrir la caja de Pandora en su propio beneficio mientras se llenan el mono con palabras como patria, nación, idea, lengua, raza, dios o rey. Pero también que aprendan que los estados, y las naciones, y el ser humano, se han hecho con lucha y con sangre. Que el acontecer de los siglos y sus sobresaltos desataron unos lazos y anudaron otros. Que no somos islas ni pueblos extraños, sino gentes cuyos abuelos, y bisabuelos, y architatarabuelos, compartieron sueños, miedos, lluvias y sequías, amores y batallas; acuchillándose unas veces sin piedad, y enamorándose otras de lado a lado del río que algunos pretendían consagrar frontera. Y que de toda esa terrible y maravillosa saga de semen y sangre nacimos siendo lo que somos, fruto de una Historia de la que a veces debemos horrorizarnos y otras sentirnos orgullosos. Pero que es la nuestra.

La visita a un campo de batalla puede ser mala, o puede ser buena. Depende de quién te guíe por él.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Los riñones de miss Marple

Estos días andan hechos polvo en la Pérfida Albión porque les acaban de poner patas arriba todo el sistema de pesos y medidas de la Rule Britannia para sustituirlo por el métrico decimal. Los telediarios de allí van trufados de miss Marples que acuden a la charcutería a comprar riñones para el pastel de riñones del desayuno de su Harry, y se quejan de que eso de los kilos y los gramos es un lío espantoso. Su Harry también sale en las gasolineras, lamentando que entre los galones y los litros se monta un cirio importante a la hora de llenarle el depósito al Rover. No es para eso para lo que derrotamos a Hitler, proclaman. Y unos y otros echan de menos sus libras, pies, onzas y cosas así, y dicen que esto de cambiar las costumbres de toda la vida no puede ser bueno, y que esa murga extranjera de Europa no la ven muy clara. Que el precio es demasiado alto.

La verdad es que no sé de qué se quejan, porque si alguien va a salir beneficiado de la homologación métrico decimal van a ser los súbditos de Su Graciosa. El arriba firmante está de acuerdo en que las tradiciones, el cumpleaños de la Reina, los soldados gurjas y demás, son cosas muy bonitas y muy emotivas, y que no hay nada más conmovedor que Udy Di dándole la sopa a un abuelito jubilado que lleva la gorra de tos Fusileros Reales del Lago Ness, con su Cruz Victoria ganada liquidando argentinos de dieciocho años en las Malvinas. Pero el abandono de ciertas tradiciones también trae ventajas. A partir de ahora, sin ir más lejos, el joven Tom, hijo de miss Marple y de su esposo Harry, podrá saber exactamente cuántos litros de cerveza se bebe con sus amigos hooligans mientras destroza la plaza mayor de Bruselas en vísperas de que juegue el Manchester, o en cada noche de esas vacaciones Sun and Sex que pasa rompiendo bares y apaleando guardias municipales en Benidorm, en vez de hacer el arduo esfuerzo mental que hasta ahora le suponía transformar los hectolitros a pintas y galones.

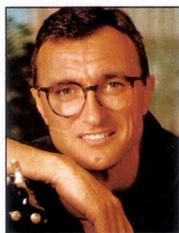
Tampoco a los jubilados les irá mal, pues a los ingleses que compran casas y terrenos en la Costa del Sol a través de sociedades de Gibraltar para no pagar impuestos al fisco español, les resultará más fácil redactar los contratos en metros cuadrados que en acres o en yardas; que luego se líe uno y tiene que andar gastándose el dinero en traductores jurados, en vez de utilizarlo para pagar la cuota mensual del campo de golf o el club náutico de Soto-grande para

coincidir con Andrés y Fergie. Sobre este particular pueden preguntarle a los llanitos del Peñón, que llevan tiempo sacándole viruta al asunto, y la cuestión no es ya que se nieguen a ser españoles, sino que los españoles de la zona y alledaños empiezan a exigir ser gibraltareños. Y yo también, si me dejan.

Se me ocurre un mazo más de ventajas homologatorias. Ahora, por ejemplo, cada vez que Harry y miss Marple viajen en automóvil al continente, cuando vayan por la carretera con él al volante por el lado de la cuneta, con menos visibilidad que un topo con orejas, y ella sacando el cuello por la ventanilla de la izquierda para ver si pueden adelantar al camión sin romperse los cuernos, la legítima podrá decir: "Oh, querido, hay una gasolinera a un kilómetro", que es más conciso, en lugar de decir: "Oh, querido, hay una gasolinera a media milla, doscientas trece yardas, dos pies y cero coma cero seis pulgadas, o inches". Que me parece una gilipollez, y además cuando haya terminado de decirlo seguro que se han pasado la gasolinera y varios pueblos.

No es grave que durante una temporada los súbditos de la Invicta se espabilen un poco y anden por ahí contando con los dedos o recurriendo a la calculadora de bolsillo. A fin de cuentas, no se puede ser europeo cuando conviene, e insular numantino cuando a uno le sale del morro. Y quienes estos días se andan quejando del duro precio que supone estar en la comunidad europea, y cómo eso erosiona las rancias tradiciones británicas, pueden consolarse echándole un vistazo a España. No te fastidia. AHÍ se quejan de que la mermelada tienen que comprarla ahora por gramos y no por onzas, y aquí llevamos una década matando vacas, cerrando altos hornos y astilleros, arrancando vides, quemando trigales, pudriendo pesqueros, importando el aceite de oliva, con el país viviendo de los fondos de caridad -o como se llamen- de la UE. Esos que cada vez que nos los conceden, los sacan en los telediarios a bombo y platillo, que parece que el ministro Solana y sus tigres negociadores los consigan cada vez tras dura pugna. Que encima, igual sí.

De modo que, por mí, le pueden ir dando morcilla a miss Marple. Y que se la den en kilos y gramos, para que se joda.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

No quiero ser jurado

Discúlpame, Celedonio, pero ni hasta arriba de jumilla. Alegaré objeción de conciencia, insumisión o lo que haga falta. Pagaré la multa correspondiente si tengo viruta; y si no, iré al talego. Eso, salvo que decida echarme al monte con una escopeta del doce y una canana de postas, que también puede ser. Pero puedo asegurarte que el arriba firmante nunca estará en el jurado que te juzgue, aunque salga mi nombre en esa bonoloto judicial que se avecina. Te lo juro por mis muertos más frescos.

A ver si nos entendemos, Cele, colega. Lo del jurado está muy bien, entre otras cosas porque la aplicación de la Dura Lex sed Lex en España mediante el sistema de un juez en plan Juan Palomo se parece bastante al cara o cruz. Es decir: yo consigo asesinar al novio de Claudia Schiffer e irme con ella un mes a Corfú, por ejemplo, en plan crimen perfecto y sin una sola prueba en mi contra, y según se le ponga al magistrado pueden caerme treinta años, o, en cambio, salir a hombros de la sala. Tú dirás que lo mismo ocurre con el jurado; pero en tal caso, arguyo, no dependes del capricho, antipatía, senilidad o mala digestión de un solo fulano, sino de doce. Y la cosa se equilibra.

Con esto quiero decirte que nada tengo contra el invento. Así que no confundas mis escrúpulos con el plantel de capullos en flor que se rasgan la toga propia o ajena alegando que los ciudadanos carecen de conocimientos técnicos. Y tampoco quiero verme incluido entre quienes sostienen que doce fulanos presuntamente justos son el bálsamo de Fierabrás. Ni considero la figura del Su Señoría como socialmente de derechas y la del jurado de izquierdas - importante gilipollez que be leído hace poco no sé dónde-, o viceversa. Pasa, Celedonio, que a uno no le apetece mezclarse en ciertos números de circo. Y, tal como está el patio, ser jurado en España lleva todas las papeletas.

Imagínate el panorama; tú, Celedonio Sánchez Machuca, te levantas mañana con los cables cruzados y le das matarile con un hacha a tu foca, a tu suegra, a tres vecinos y a un cobrador de la ORA que pasaba por la calle, y luego vas y te fumas un puro. La justicia procede con su celeridad habitual, y para cuando por fin llega el juicio, tu caso ha sido ya juzgado, condenado y/o absuelto doscientas veces en los diversos medios de comunicación, radios, periódicos y televisiones varias. Nieves Herrero, San Lobatón, Isabel

Gemio, las Virtudes, Farmacia de Guardia, Al Filo de lo Imposible, amén de todos los telediarios y los informativos locales por cable, han sacado a tus vecinos diciendo que a Celedonio se le veía venir y que la culpa la tiene el PSOE. Por su parte, las tertulias radiofónicas habrán analizado profunda y pormenorizadamente tus mecanismos psicológicos presuntos, emitiendo inapelable veredicto los sociólogos habituales, tos eximios juristas de plantilla y el Pato Lucas. Incluso las implicaciones políticas (el vigilante de la ORA estaba sindicado en CCOO), étnicas (tu suegra era de Oyarzun) y lingüísticas (un vecino se llamaba Jordi) habrán sido planteadas con el rigor habitual en estos casos. Y por supuesto, el jurado no tendrá necesidad de la vista oral para enterarse de los hechos, pues todas las diligencias y declaraciones de los testigos habrán sido previamente publicadas en los periódicos pese al secreto del sumario, filtradas por tu abogado, por la acusación particular, por el secretario del juzgado o por la madre que te parió. Con lo que convendrás conmigo, Celedonio, el trabajo del jurado - el juicio, incluso- se simplifica un huevo.

Mas no para ahí la cosa. En cuanto a las pruebas periciales, por ejemplo, y para mostrar su eficacia, la Policía habrá difundido en rueda de prensa cómo recurrió a técnicas alemanas para probar tu autoría evaluando el grado de afilamiento, o como se diga, del hacha; de modo que la próxima vez descartas el hacha y te cargas a la prójima con el rodillo de amasar, que es menos evaluable. A todo eso añádele cámaras de televisión retransmitiendo el juicio en directo, tu careto en Lo que necesitas es Amor, el telediario, los nombres, apellidos y domicilios de los jurados publicándose en la prensa, los flashes de las fotos, el mogollón de periodistas a cada entrada y salida. Y las declaraciones de cada jurado pormenorizando qué es lo que votan los otros once, en este país donde la justicia se ha convertido en un cachondeo moruno, en un descontrol informativo, radiofónico y audiovisual con más agujeros que la ventana de un bosnio.

Así que lo siento, Celedonio, pero no cuentes conmigo. Me declaro objetor de conciencia judicial para los restos. Y que te sea leve.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La bomba del gabacho

Ahora que ya ha pasado la fiebre, y el presidente de los galos de las Galias ha hecho estallar cuatrocientas bombas en Mururoa como tenía previsto, y a los estrategas de Greenpeace les han hecho la limpieza étnica interna por - como dicen en los pueblos- escapárseles el cerdo mal capado, al arriba firmante le mola matizar un par de cosas sobre el evento.

Vaya por delante que el suprascrito considera que el mejor destino de la bomba nuclear franchute es dejarla caer exactamente sobre la vertical del Elíseo, para que el presidente Chirac y sus expertos puedan apreciar sin necesidad de irse a Mururoa, que está en el quinto carajo y cuesta una pasta en billetes de Air France y dietas, los efectos del invento. Lo mismo deberían hacer los respectivos con la bomba norteamericana, la rusa, la israelí, la pakistani, la china, la andorrana y la que el profesor Franz de Copenhague le pueda estar fabricando a la policía municipal de Villaberzas del Llobregat. Lo que pasa es que eso no va a ocurrir nunca, y las bombas seguirán ahí, y Chirac y el alcalde de Villaberzas pasarán mucho. Y el que no tenga fors de frape, que decía De Gaulle, que se espabile o que se fastidie.

Dicho lo cual, voy a lo que iba. Porque si el arriba firmante fuera ciudadano de la Francia, a lo mejor se lo pensaba dos veces antes de criticar la decisión de Chirac de ir a lo suyo. A estas alturas, una cosa son las intenciones maravillosas, y otras las realidades. Y está claro que por muchas fio recetas y mucho verde y mucho yupi-yupi hermanos que le echemos al asunto, el mundo conserva un elevadísimo porcentaje de hijos de puta por metro cuadrado que no muestra tendencia a disminuir en los próximos tiempos, sino todo lo contrario. Quien tal y como está el patio crea de verdad que van a reconvertir el átomo en guarderías infantiles y en capas de ozono, no sabe con quién se juega los cuartos. La bomba nuclear es una baza diplomática impresionante. Eso es un hecho espantoso, triste, infame, ruin. Pero es un hecho. Y Chirac lo sabe.

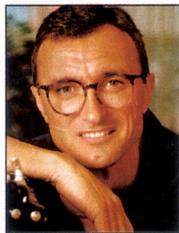
Si yo fuera gabacho, que es un suponer, a lo mejor consideraba poco tranquilizador para mis nervios el futuro de una Europa en la que Javier Solana, verbigracia, puede llegar a presidir durante seis meses la diplomacia exterior comunitaria. Una Europa dividida y cobarde en los Balcanes, camino del IV Reich en su parte central, amenazada

en su flanco mediterráneo por un integrismo islámico que de aquí a veinte años habrá sumergido todo el norte de África y trente al que la línea más avanzada -que se dé Europa por jodida- será esa España que nos están dejando aquí mis primos de los cien años de honradez y trece de limpia ejecutoria (a la que habrá que añadir, para entonces, la ejecutoria de los mienteusté que vienen de relevo). Una Europa incapaz de tomar decisiones colectivas, y que se verá obligada, como en la crisis bosnia tras mucho marear la perdiz, a ponerse en manos de Clinton para que, como de costumbre, sus Schwarzkopf-cielo santo- saquen las castañas del fuego.

Si yo fuera franchute, digo, me quitaría mucho el sueño pensar en el futuro de esa Europa entre san Juan y san Pedro, o sea, en manos de los Estados Unidos mamá pupa -y también rehén de esa tutela-, y al otro lado con el peligro de que a Yeltsin se le vaya la mano con el vodka en el desayuno y le dé por apretar botones, o que a cualquiera de los mañosos que ahora mandan en aquella merienda de negros en que se ha convertido la extinta URSS le dé por defender su cadena de burdeles, o de restaurantes blanqueadores de narcotráfico, o de lo que sea, quitándole el óxido con Tres-en-Unoski a cualquiera de las muchas bombas nucleares ex soviéticas que andan de aquí para allá, en manos de quién sabe quién, o quién sabe dónde, Lobatón.

Así que ustedes me van a perdonar: odio las bombas nucleares y a quienes las trajinan, pero comprendo perfectamente que a Chirac se la refanfinflen las protestas. El quiere que Francia sea respetada y tenga peso internacional; así que va a lo suyo, y el que venga detrás, que arree. Al menos es consecuente. ¿Se imaginan, si hubiera intentado España pruebas nucleares, no sé, en las Chafarinas, a Felipe González y su elenco soportando impávidos toda esa presión internacional? Venga ya. Aquí se la habría envainado todo cristo, los barcos de Greenpeace bloquearían hasta el bidé de Carmen Romero, el Gobierno estaría yéndose de vareta por la pata abajo, y la bomba nuclear se la habríamos regalado a Marruecos, para congraciarnos, a ver si en vez de descargar en puertos marroquíes el doscientos por ciento de capturas, nuestros pescadores descargaban sólo el cien por ciento.

Hay veces que dan ganas de ser francés.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Las lágrimas de Maripili Sánchez

Andaba de compras el arriba firmante, en inútil búsqueda de un polo azul marino que no llevara es tampedos, ni logotipos, ni colorines, ni emblemas náuticos o de golf, ni la marca con letras de un palmo en mitad del pecho. Un polo normal, sobrio, de andar por la calle sin que te confundan con esos chirimbolos que el alcalde Álvarez del Manzano plantó en el centro de Madrid para dar soporte a la cultura -decía el digno edil-, y que han terminado, como era de prever, anunciando marcas de tabaco, bebidas, coches, telefonía móvil y lencería fina.

Andaba, repito, a la caza indumentaria, cuando en unos grandes almacenes encontré a una señorita dependienta que lloraba intentando ocultar las lágrimas. Aparté la vista y seguí mi camino. Quizá, pensé, el jefe del departamento acaba de echarle una bronca, o su contrato temporal no será renovado, o vete a saber. El caso es que estuve dándole vueltas a la cabera, incluso después de abrirme sin encontrar el maldito polo. Y me dije: cada Uno es un mundo, colega. Hasta en estos templos de la eficacia y la temporada otoño-invierno, en cuanto rascas un poco te sale el polvo bajo la alfombra, el cadáver en el anuario, el lado oscuro de tanto escaparate y tanta felicidad postiza.

Vaya por delante que, entre las dependientas de los almacenes grandes, unas gozan de mis simpatías y otras no. Admiro a la que intenta ir más allá de teclear en una caja registradora y se preocupa de saber qué está vendiendo, y detesto a la frígido-robotizada que despacha igual un wonderbra que un bolso de Ubrique -los dos le importan un carajo- y que cuando pides lo último de Susan Sontag pregunta si lo quieres en compact o en casete. Sin embargo, cada vez que veo campañas promocionales de tal o cual cadena de tiendas o almacenes, y se habla de la eficaz gestión de unos y otros, se me ocurre pensar en los grandes olvidados de todo eso, ellos y ellas. Gente que se levanta a las seis de la mañana para coger el metro, o el autobús, que se pasa el día atendiendo las impertinencias de cualquiera y bajo la vigilancia del ojo implacable del Gran Hermano, y que, como la chica del otro día, que a lo mejor se llama, no sé, Maripili Sánchez, tiene que sorberse las lágrimas con discreción para no amargarles el feliz acto de la compra a los clientes.

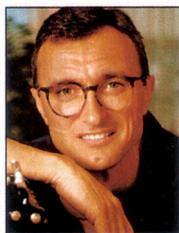
Maripili Sánchez, por llamarla de algún modo, es cualquie-

ra de esas señoritas forjadas en los principios de amabilidad, cortesía, orden, pulcritud, disciplina y corrección con el cliente. Cero posiblemente ustedes no sepan que la antedicha Maripili tiene la espalda hecha polvo por cuatro o cinco años detrás de una caja registradora. O varices y problemas circulatorios de patearse día tras día la sección. También una capacidad auditiva disminuida a causa del ruido constante o la música ambiental, faringitis crónica por el aire acondicionado y la calefacción, estrés y otras lindezas secundarias. Pero gracias a eso, ella y su marido, que a lo mejor también trabaja en la sección de electrodomésticos, han logrado comprarse, tras muchos años, una casa de cincuenta metros cuadrados y un coche.

De todas formas, estoy seguro de que la tal Maripili se considera a menudo una mujer afortunada. Tiene un trabajo en este país de parados, y a lo mejor hasta incluso entró en la empresa antes de los contratos basura y los festivos sin paga extra. En cuanto a indumentaria laboral, si mis noticias no fallan recibe gratis dos faldas y dos blusas -biestacionales: calor en verano y frío en invierno- para todo el año, de un material que, desde luego, nada tiene que ver con la calidad de los productos que vende la casa, a diferencia de los clientes, ni ella ni su legítimo reciben nunca una felicitación de cumpleaños u onomástica, ni una tableta de turrón por Navidad. Si meten la pata en algo, tienen que pagarlo de su bolsillo. Y, por supuesto, en caso de problemas, es siempre el cliente quien tiene razón.

Si Maripili fuera hombre y tuviera capacidad y suerte -lo de la suerte no es el caso de su marido, que vende ventiladores y batidoras hace quince años-, o quizás si fuera hombre y además se arrastrara de modo conveniente ante determinados jefes, igual llegaba a un puesto más chachi. Pero es mujer; así que aunque sea capaz de atender a clientes extranjeros en inglés, en persi o en griego clásico, siempre será un culo y un par de tetas decorativas, que sus barandas masculinos irán relegando de los lugares más vistosos a medida que avancen los arios y las arrugas, con mínimas posibilidades de promoción y escasa esperanza, hasta que se jubile o la reconviertan.

Ahí tienen el retrato robot de Maripili Sánchez. Igual lloraba por eso.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Un par de zapatos

No sé si a ustedes les interesan los zapatos de la gente, pero el arriba firmante cree que lo dicen casi todo de sus propiciarios. Estoy seguro de que es posible establecer una zapatología científica basada en elementos como limpieza, modelo y tipo de calcetines que los acompañan. En España, por ejemplo, las mujeres van mejor calzadas que los hombres, y hay una relación directa entre la marca de automóvil que uno se compra y el tipo de zapatos que usa. Pero ésa es otra historia.

Lo que quiero contarles ocurrió hace un par de semanas, cuando me hallaba en la terraza del café Central de Málaga, viendo pasar gente. Como mediterráneo que soy, mi afición a ver pasar la vida desde las terrazas de los cafés y los bares roza lo patológico. Y allí estaba yo, haciendo prácticas de zapatología comparada. El asunto consiste en no levantar la vista y mirar sólo los pies que pasan por delante, hasta que un par de zapatos atraen la atención. Entonces, tras estudiarlos rápida y minuciosamente, uno efectúa un retrato robot mental del propietario/a, y acto seguido levanta con rapidez la vista para mirarle el careto antes que desaparezca. Después se puntúa del uno al tres y se establecen reglas.

Identificar los dos pares de calcetines blancos con zapatos mocasín y uno con zapatillas de deporte que caminaban juntos no tuvo mucho mérito: soldados de paisano. Tampoco hubo dificultad en identificar al jubilado en los zapatos de lona gris, cómodos, con elásticos a los lados del empeine, que avanzaban despacio calle arriba. Un par cosido a mano, con calcetines ejecutivo, me hizo aventurar que el propietario llevaba corbata y se peinaría con brillantina. Sólo me equivoqué en la brillantina. En realidad, sobre un muestrero de treinta y tres personas, obtuve cincuenta y dos puntos; lo que no estaba mal, y me permitió establecer que, al menos en Málaga, quien mejor se calza son los matrimonios mayores de cincuenta años que se pasean a la hora del aperitivo. Dirán ustedes que la cosa no tiene rigor científico, e incluso que es una gilipollez. Pero todos los días estamos oyendo en la radio y leyendo en los periódicos sondeos, encuestas y gilipolleces con un rigor científico parecido, y nadie dice nada.

El caso es que en ello estaba cuando vi venir calle arriba, lentos, indecisos, dos zapatos viejos, muy castigados.

Habían sido marrones y ahora tenían un tono mate, de cuero gastado por el uso. Eran zapatos de derrota total, absoluta, y ese carácter venía acentuado por los bajos de los pantalones que caían sobre ellos. Unos pantalones tan descoloridos como los zapatos, muy rozados y sucios en los dobladillos, cayendo con arrugas como si fueran excesivamente largos. Alcé la vista sabiendo lo que iba a encontrar: cuarenta y tantos años, tal vez más. Un rostro cansado, como el de los soldados que pegan el último tiro y levantan las manos, vencidos, hartos, indiferentes a que los fusilen o no. Tenía el pelo gris, despeinado, y llevaba dos o tres días sin afeitarse. Contra la chaqueta, tan ajada como el pantalón y los zapatos, sostenía una bolsa de plástico llena de espárragos trigueros, de los que llevaba un manojo en la mano.

Titubeaba, buscando algo con la mirada. Entró en el café con sus espárragos y al minuto lo vi salir despacio, todavía con el manojo y la bolsa, aún más indeciso. Que, supongo, el profundo suspiro que exhaló a mi lado el que me hizo seguirlo con la vista. Lo observé mirar alrededor, caminar de nuevo calle arriba, pararse y volver sobre sus pasos, vuelta la cara con desesperanza a uno y otro lado. Por fin se paró en la acera, torpe, como si hubiese agotado todas las posibilidades de algo y ya no supiera qué hacer. Parecía muy perdido, y me pregunté cuántas cosas que yo ignoraba dependerían de aquellos miserables espárragos. Puse unas monedas sobre la mesa y anduve hasta él.

-¿Qué pide por eso, jefe?

Parpadeó, desconcertado. Como si despertara de algo.

-Mil pesetas -dijo por fin.

Qué injusto es todo, pensé. Yo había dejado sobre la mesa del café, de propina, la décima parte de esa cantidad. Sin más palabras, le di el billete y me fui con el manojo.

-Son agua -añadió de pronto, de lejos, como creyéndose en la obligación de justificar algo-. Tiernos y recién cortados.

Asentí sin volverme y me fui de allí. Me importaba un huevo lo tiernos que fueran, porque nunca me gustaron los espárragos. Al cabo de un rato, harto de ir por Málaga con ellos en la mano, los puse en una papelera. Perra vida, pensé. Se me habían ido las ganas de mirar zapatos.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

El Semanal

Los amigos y compañeros de El Semanal tienen el detalle de darme cuartel, haciéndose eco de la aparición de mi nuevo tocho sevillano. Ya pueden imaginar ustedes que, con el millón y medio de ejemplares que tira esta revista cada semana, eso me viene de perlas. De modo que he decidido corresponder en la medida de mis posibilidades, tirándoles unas cuantas llores. Porque, como decía mi abuelo -que sabía de estas cosas-, quien no es agradecido es un mal nacido. Y a uno le gusta pagar sus deudas al contado. Quien paga sus deudas es libre, y así todos estamos en paz.

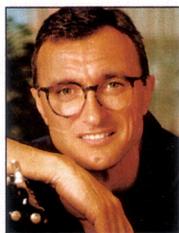
Durante veintiún años fui reportero, y el ejercicio de mi profesión me llevó a conocer periódicos de todos los colores y talentos. Desde La Verdad, donde mi maestro Pepe Monerri me enseñó a perderle el respeto a los poderosos "Ellos son quienes tienen que temernos a nosotros", decía el veterano zorro-, hasta aquel Pueblo donde en doce años pasé de pipiolo total a vieja puta del oficio, gracias al ejemplo de una pandilla de golfos y de bullangas sin escrúpulos que eran -y algunos continúan siéndolo, como Raúl del Pozo, Tico Medina y algún otro- los mejores periodistas del mundo. Después hubo nueve años de televisión y radio estatales, y entre unas y otras épocas traté con empresas y directores/as de todo tipo y pelaje: cobardes y valientes, abyectos y magníficos, corazones de oro y ratas de alcantarilla. Y lo cierto es que de todos ellos, de una u otra forma y sin ninguna excepción, hube de soportar en algún momento reservas, presiones o intentos de orientar mi trabajo. Eso nada tiene de extraño, pues este oficio incluye, entre otras cosas, ese tipo de situaciones por activa o pasiva, y el periodista que se proclame virgen es un cínico o es un imbécil. Con eso quiero decir que ni se me pasa por la cabeza que El Semanal esté hecho por hermanitas de la Caridad. Pero hay un par de cosas que son verdad y que puedo afirmar hoy sin el menor reparo.

Haciendo cuentas, llevo ciento veintitrés semanas dando aquí la barrila, desde el día en que me dijeron: "Dos folios, tú mismo y a tu aire". Al oír aquello pensé que iba a durar menos en esta página que el buen nombre de una institución del Estado en manos del presidente González. Pero me equivocaba, y me alegro. En estos dos años y medio me he venido despachando a gusto, y -como dice por estas fechas mi compadre Sancho Gracia en el Teatro Español

de Madrid- ni reconocí sagrado, ni en distinguir me he parado al clérigo del seglar. Por eso, mis ajustes de cuentas semanales pueden calificarse de cualquier cosa menos de cómodos para quien los alberga, entre otras cosas porque, al no responder a un plan o una idea determinada, y salir según el talante o la mala leche de que ei arriba firmante disponga en el momento de darle a la léela, son tan viscerales e imprevisibles como los actos de un mono hasta arriba de jumilla y con una navaja de afeitar. Pues oigan. Ni una sola vez -ni una- en estos dos años y medio alguien de El Semanal me ha dicho ojos negros tienes, córtate un poco, o te has pasado varios pueblos. Ni siquiera cuando llegan cartas indignadas mentándome a la madre, o mis artículos -nunca me lo dicen, pero yo lo sé porque cada vez me lo cuentan los pajaritos- ponen en peligro importantes campañas de publicidad de las que dejan mucha pasta, me dirigen reproches ni dicen ay.

Ésa es la chipén. Escribo con tan absoluta libertad que a veces me asombro de que me dejen. Disparo contra todo lo que se mueve, no paro de comerme el tarro a ver si doy con algo que los mosquee conmigo y por fin me echan, y ni por ésas. Y cuando nos vamos a comer algunas veces por ahí y anuncio, para fastidiar: "Pues la semana que viene va de tal o cual cosa", Juan Fernando Dorrego se bebe tres orujos seguidos sin respirar y luego, como un samurai silencioso, agarra el cuchillo del postre e intenta abrirse las venas en silencio, sobre el mantel, pero no dice esta boca es mía. Y eso tiene mucho mérito. Y me gusta.

Hacer una revista semanal que concilie a un millón y medio de compradores de una veintena de periódicos distintos, en este país donde no hay tres fulanos que pidan el café de la misma forma, es una tarea sabia, diplomática, casi florentina. Y algo tendrá el agua cuando ustedes la bendicen. Por eso sigo la evolución de este entrañable chisme con curiosidad, y me encanta estar aquí adentro. A eso añádanle una redacción joven, profesional y eficaz, algunos buenos amigos, y una empresa seria que paga religiosamente a fin de mes. Además, reseñan mis novelas. Ya me dirán ustedes que más se puede pedir, en este oficio y en estos tiempos.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Niños de quita y pon

España. Programa de una cadena de televisión. Hora de máxima audiencia. Presentadora de esas que se conmueven y viven como propio el dolor y los sentimientos ajenos. Silencios significativos y miradas llenas de humanidad convenientemente captadas por las cámaras número uno y número dos. Acongojado público en los grádenos. Y bajo los focos del estudio, una niña colombiana, de siete años, adoptada (por un año) por una familia española. Una niña procedente de una zona pobre, asolada por la narcoguerrilla y la miseria.

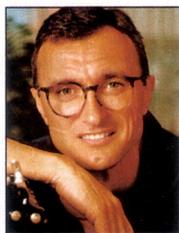
-¿Qué es lo que más echas de menos, bonita? -A mi mamá y a mi hermana.

Acto seguido, la presentadora va y se congratula de que la niña, a pesar de echar de menos a su madre y a su hermana, pase un año viviendo como los rostros pálidos. Luego interroga a los padres adoptivos sobre lo que ocurrirá pasado ese plazo. La madre adoptiva responde que cada mochuelo a su olivo, y que la niña regresará a su casa, en Colombia, pero sabiendo ya lo que significa vivir en paz. Para que la niña sepa todavía mucho mejor lo que es vivir en paz y prosperidad y no en un país de indios de mierda, la presentadora anuncia una sorpresa maravillosa, y acto seguido se adelanta la Navidad, y caen copitos de nieve, y aparece Papá Noel cargado de regalos para la pequeña aborígen, y un grupo típico toca una cumbia sabrosa. Y todo es tan entrañable y tan emotivo que la niña rompe a llorar, y lloran los padres adoptivos temporeros, y llora el público, y llora, faltaría más, la presentadora in person. Porque aunque el mundo es una porquería, todavía queda gente maravillosa, dispuesta, antes de -la -publicidad, a hacer feliz por un rato a una niña de siete años. Así que, limpiándose las lágrimas, la presentadora se vuelve a la cámara número uno y dice: "Ahora esta niña volverá a su país y enseñará a los demás lo que es vivir en paz". Con dos cojones, Y luego todos lloran un poco más, entra el anuncio de un coche que vale ocho millones y medio de pesetas y el arriba firmante -no sé ustedes- se toma a toda prisa un zumo de limón para no vomitar.

El mundo es cruel. Éste es un siglo cruel. La televisión es cruel. Pero hay crueldades estúpidas, gratuitas. Crueldades causadas no por la maldad, sino por la estupidez y por la demagogia. Y siempre hace más daño un estúpido o un

demagogo que un malvado. Al malo, según los sitios y los usos sociales, se le vuelan los huevos y santas pascuas, o se le reinserta, o se le compra. Pero al estúpido y al demagogo no hay manera de quitárselos de encima: te salen hasta en la sopa, te chulean el tabaco, le dan la paliza y te gangrenan la vida con su buena voluntad y su torpeza, y encima no puedes darles, por su propia ambigüedad, el sartenazo definitivo que los borre del mapa. Por eso el arriba firmante está, y ustedes disculpen, hasta arriba de los cantamañanas que tienen más peligro con su buena voluntad que un majara con un Kalashnikov y doscientos cartuchos en el bolsillo. Y en esa categoría de sopladores de vidrio incluyo, con perdón, a los hombres y mujeres Henos de buena voluntad que jalean lo de traerse a niños saharauis, bosnios, colombianos, bantúes, lapones o lo que sean, para tenerlos una temporada a cuerpo de rey en un contexto familiar y social que no es el suyo, y luego, hala, catapultarlos otra vez a la sangre y a la miseria, llenos de frustración y añoranza, cuando ya saben perfectamente lo que se están perdiendo por tercermundistas y por gilipollas. Como si el vivir en la guerra y la pobreza fuera algo que hubieran escogido o estuviera en su humilde mano cambiar.

Aunque, bien mirado, tal vez sí esté en su mano. A fin de cuentas, esos niños a los que traemos para hacer la buena acción de la semana, y los paseamos por la tele como las marquesas de Serafin paseaban a sus pobres, aprenden aquí hasta qué punto lo material reemplaza valores, sentimientos y cultura. Y de ese modo regresan a su tierra conscientes de la injusticia y de la gran mentira que arbolamos por bandera. Hechos unos auténticos desgraciados, porque su bosque de la Amazonia, su desierto, la calle donde juegan en el suburbio de Medellín, nunca volverán a ser los mismos. Y yo prefiero creer que, gracias a esa dolorosa lucidez, algunos de esos niños llegarán a envidiarnos tanto, o a odiarnos tanto, que de mayores cogerán la escopeta y la goma-2 dispuestos a no resignarse al bonito recuerdo de Papá Noel y los copos de nieve. Decididos a pegarle niego a su maldito mundo y a este otro, el de los benefactores que los sacaban en la tele. Y a poner a la presentadora lacrimógena mirando para Triarí. Los pobres suelen ser gente poco agradecida.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Cazadores del mar

Ocurrió hace nueve años. Anocheceía frente a la embocadura de la ría de Vigo, y la turbolancha del Servicio de Vigilancia Aduanera aguardaba inmóvil, motores parados, en el agua tranquila y roja. Bebíamos café, esperando, y en el puente el patrón -gorro de lana, rostro tallado de arrugas-fumaba inmóvil junto a la radio. Como nosotros, otras cuatro lanchas aguardaban el comienzo de la cacería. Fuera de las aguas jurisdiccionales españolas, doce planeadoras contrabandistas que acababan de abarloarse a un barco nodriza cargado de tabaco aguardaban la llegada de la noche para meterse en la ría.

Llegó la oscuridad y permanecimos inmóviles, sin luces, en absoluto silencio. De pronto se oyó como un proyectil de cañón que pasa, algo cruzó a nuestro lado igual que una exhalación, el patrón dijo: "Ahí están", y la noche se rasgó de parte a parte con reflectores, motores arrancando a toda potencia, y un súbito griterío en la radio, muy parecido al excitado diálogo de los pilotos durante los combates aéreos, la caza duró dos horas largas, en persecuciones a cincuenta nudos entre las peligrosas bateas mejilloneras y la costa, con los contrabandistas encendiendo bruscamente focos para deslumbrar a las turbolanchas y que éstas se estrellaran en los obstáculos. Aquella noche, el Servicio de Vigilancia Aduanera capturó cuatro planeadoras y tuvo dos hombres heridos. Y yo me enamoré del SVA para toda la vida.

Salí a la mar con ellos muchas veces -también lo hice con los del otro bando, y entonces fui cazado en vez de cazador-, acompañado por magníficos cámaras de televisión; tipos duros que se llamaban Márquez, Valentín, o Josemi, capaces de filmar planeando de noche a toda leche, dando pantocazos sobre las olas con una Betacam al hombro. Compartimos así con los aduaneros del SVA mucho tabaco y muchas noches de buena o mala fortuna, bebimos litros de café y coñacs al saltar a tierra, hicimos amigos para toda la vida, llenándonos de recuerdos, de momentos difíciles o extraordinarios. Una vez, encelados tras una planeadora gibraltareña, nos metimos tanto en la playa de la Atunara que la turbina se tragó una piedra del fondo. Y en otra ocasión, cuando mi compadre Javier C, el mejor piloto de helicóptero del mundo, nos llevó de noche a un metro sobre el agua tras una lancha cargada de hachís -a la que rompió con el patín la antena de radio para incomunicarla del Pe-

ñón-, el aguaje de la planeadora entraba por las puertas abiertas del helicóptero, empapándonos, hasta que tocamos una ola y casi nos fuimos todos al carajo.

El caso es que aprendí a respetar a esos hombres viéndolos trabajar; compartiendo sus peligrosas cacerías, sus éxitos y sus fracasos. Y ahora abro un periódico y me entero de que una ley a punto de aprobarse pone en manos de la Guardia Civil las competencias operativas de la lucha contra el contrabando. Eso significa, si he leído bien el texto, que la gente del SVA, esos hombres callados, profesionales y eficaces, perderán toda iniciativa y quedarán como simples funcionarios bajo la supervisión de Picolandia. Lo que me entristece. No cabe duda -entendámonos- de que los cigüeños de las Heineken harán bien su trabajo. Es gente concienzuda y dominará ese registro cada vez mejor, a medida que sus dotaciones se fogueen con horas de mar y la experiencia de años que poseen los hombres del SVA. Sobre el papel se trata de una unificación y coordinación, y eso siempre es bueno. Pero conociendo el percal, o sea, los piques y las competencias de los consabidos cuerpos y fuerzas, mucho me temo que lo que de veras implica la ley es el desmantelamiento de un Servicio de Vigilancia Aduanera al que debemos -al César lo que es del César- los más brillantes servicios en el acoso de los narcotraficantes y contrabandistas. Un cuerpo de élite que ya quisieran para sí muchas administraciones. Y la nuestra, en vez de sacarle partido en lo que vale, va y me lo capa.

Porque ya me contarán. En eso de apuntarse a los servicios más difíciles y brillantes, los picoletos no se casan con nadie, y es lógico. Así que mucho me temo que, colocándolo bajo la supervisión de la Benemérita, al SVA van a darle sentencia de cruz. Un pago ingrato y miserable para gente que se ha jugado el pellejo por hacer su trabajo a conciencia, con humildad y eficacia, y cuyos impresionantes servicios prestados permitieron a más de un juez hacerse famoso en los telediaros. Pero no sé de qué me extraño, a estas alturas. El nuestro es el país de los buenos vasallos siempre fieles, siempre traicionados, que nunca encuentran buen señor.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

La gola y la espada

Hace poco, por razones profesionales, el arriba firmante anduvo a vueltas con unos cuantos viajes foráneos que dejaron constancia por escrito de sus impresiones sobre España en el siglo XVII. Aparte lo divertido e instructivo que supone vemos hace doscientos y pico años a través de los ojos de los demás, el asunto me deparó un interés añadido: comprobar lo poco que, en materia de pintarla y de presumir, hemos cambiado en este país. Madame d'Aulnoy, Iléraud, James Howell y otros plumíferos guiris, coinciden en admirarse de lo mucho que a nuestros abuelos les gustaba marcar paquete a base de apariencias, el modo en que aquí todo el mundo presumía de hidalgo y de cristiano viejo, y de qué manera, aunque anduviese tieso de reales, hasta el último desgraciado se pavoneaba con aire de marqués. Y además como el trabajo era de villanos, nadie daba ni golpe. "Pasan la mayor parte del tiempo -escribía Jouvin- paseándose en las plazas, vestidos lo mejor que pueden mientras se mueren de hambre en sus casas".

Hay joyas antológicas en esos textos. Y todos los viajeros gabachos, hijos de la Pérfida Albión y otros, coinciden en describir un país hecho polvo por las guerras exteriores, la corrupción interior y el mal gobierno de privados y validos, con los reyes cazando en El Pardo y yendo a misa como si nada fuera con ellos, y el personal, hasta el más andrajoso, paseándose con gola, sombrero y arma al cinto. Muret cuenta que la espada, que en otros países distingue al noble y al caballero, aquí la llevan todos: el cochero en el pescante, el zapatero cosiendo sus zapatos, el boticario en su botica y el barbero cuando afeita. "Ni uno solo de los que entraron -escribe por su parte Richard Wynn- aunque fuese un recadero, iba sin espada". Y Méraud confirma que "todos llevan una espada colgada con una cuerda, hasta cuando van al trabajo".

En lo demás, tres cuartos de lo mismo. Bartolomé Joly señala que los españoles son capaces de ayunar con tal de comprarse un traje para tirarse el folio y presumir en las fiestas. A Howell le llama la atención que, aunque no tenga un maravedí para comprarse una camisa, cada vecino se empeña en llevar una golilla en torno al cuello, prenda cuyo almidonado cuesta una fortuna. Como el uso de anteojos se atribuye a gente culta, las calles están llenas de individuos/as que no han leído un libro en su vida pero

que, eso sí, llevan un par de anteojos bien sujetos con una cinta sobre la nariz. Y en cuanto al orgullo, nos cuenta Anroine de bruñe!, hasta los mendigos exigen que se les niegue la limosna con un "excúseme Vuesa Merced, que no tengo dineros". Y a todo esto, el país paralizado, los campos sin cultivar, los funcionarios corruptos atrincheros en la Administración, todo el mundo endeudado hasta las cejas, y una envidia insaciable, enfermiza, rayana en el odio africano, respecto a lo que dice, hace, tiene O deja de tener el vecino.

No sé si todo eso les sonará de algo. Pero si medida que el suprascrito Iba adentrándose en esos textos, el inicial regocijo daba paso a un vivo malestar. Hay que fastidiarse, me decía entre página y página. Cambias la espada y la gola y los lentes por el Audi o el Bemeuve, y el traje de Armani, y el Hola o el Diez Minutos, y el fin de semana en el chalet, y la barbacoa, y el Rolex, y los anuncios de la tele, y cómo nos entrenamos para millonarios por si nos toca la Once o la Doce, y el profesor de física cuántica, y el decorado de pastel del que todos somos cómplices, y la Expo, y el AVE y el campo de golf y la madre que los parió, y resulta que en estos casi tres siglos han cambiado muchas cosas pero nosotros, los españoles, seguimos siendo los mismos: siempre pendientes de las apariencias y el qué dirán, del aspecto que tendremos pavoneándonos en la Plaza Mayor el día que toca quema de herejes, o en el hipermercado el fin de semana con el Mercedes y el carrito de la compra y el chándal de Valentino y las Ribuk de los rajones. Y de noche, como en las calles de la Corte de la época, tiramos la mierda por la ventana. Y así están las calles y así nos paseamos por ellas henchidos de soberbia, con la gota almidonada y sin camisa que ponernos debajo.

Poco ha cambiado la cosa, en el fondo, desde que aquellos ilustres viajeros nos calaron con tan buen ojo. Y cuando su contemporáneo Francisco de Quevedo escribía: "Toda España está en un tris / y a pique de dar un tras; / ya monta a caballo más / que monta a 'maravedís';, el cojo lúcido, gruñón e inmortal -y ése sí era de aquí- no podía imaginar hasta qué punto nos retrataba para los siguientes tres siglos.

Parece mentira lo iguales que somos a nosotros mismos.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Aquella Navidad del 75

Estaba el arriba firmante el otro día en Sevilla, presentando un libro, cuando en mitad del trajín se acercó a la mesa un tipo grande, cincuentón largo, con una portada de ABC vieja de veinte años.

-¿Sabes quiénes son éstos?

Miré la foto. Un Land Rover en el desierto, junto a una alambrada. Soldados con turbantes y cetmes. Un militar fornido, en quien reconocí a mi interlocutor. A su lado, un joven flaco con el pelo muy corto, gafas siroqueras, ropa civil y cámaras fotográficas colgadas al cuello. El titular decía: «Tropas españolas patrullan la frontera del Sáhara Occidental». Cuando terminó el acto y fui en busca de mi visitante, éste se había ido. Lamenté no poder darle un abrazo. No sé qué graduación tendrá ahora, pero en aquella foto era capitán. Se llamaba Diego Gil Galindo, y durante casi un año compartimos tabaco, arena del desierto y copas en el cabaret de Pepe El Bolígrafo, en El Aaiún, cuando éramos jóvenes y él creía en la bandera y en el honor de las armas, y yo creía en los Reyes Magos y en la virginidad de las madres. Y tal día como hoy, víspera de Navidad, hace exactamente veinte años, a Diego Gil Galindo lo vi llorar.

Ahora, con esto de la Transición, y el Centinela de Occidente dos décadas criando malvas, y la peña en plan nostalgia, voy y caigo en la cuenta de que me perdí todo eso. De la muerte del Invicto me enteré tres días después, cuando el grupo de guerrilleros polisarios a quienes acompañaba atacó un convoy marroquí cerca de Mahbes, y entre los efectos personales de los muertos -también les quité el tabaco, y dátiles- había una radio de pilas. Y luego vine aquí una semana, y me fui a Argel el 3 de enero del 76, y de allí al Líbano, que empezaba entonces. Y cuando entre unas cosas y otras regresé a España, resulta que esto era una monarquía y a la gallina de la bandera le habían retorcido el pescuezo. Quizá por eso siempre me sentí un poco al margen de la película.

En realidad, mi transición personal tuvo lugar en el Sáhara aquella víspera de Navidad de 1975, cuando el todavía gobierno Arias Navarro entregó a los saharauis atados de pies y manos a las fuerzas reales marroquíes. Cuando el ejército español abandonó el territorio de puntillas y con la cabeza baja, mientras los soldados indígenas de Territoria-

les y Nómadas, desarmados y traicionados, vistiendo todavía nuestro uniforme, huían por el desierto hacia Tinduf para seguir luchando (ese mismo Tinduf al que iría después Felipe González a hacerse fotos polisarias, hasta que fue presidente y le dio el ataque de amnesia).

Esa última noche, víspera de Navidad, cuando el director de mi periódico -Pueblo- cedió a la presión de Presidencia del Gobierno y me ordenó salir del Sáhara con las tropas españolas, la pasé en el bar de oficiales de un cuartel desmantelado, mientras los archivos ardían en el patio y los soldados del general Dlimi se apoderaban de El Aaiún. Algunos de los militares que me acompañaban ya están muertos. Pero guardo su amistad bronca y generosa, hecha de cielos limpios llenos de estrellas, nomadeando bajo la Cruz del Sur: viento siroco, combates en la frontera, agua de fuego, chicas de cabaret, infiltraciones nocturnas en Marruecos... Sin embargo, lo que en este momento veo son sus ojos tristes aquella última noche, su amargura de soldados vencidos sin pegar un tiro. Atormentados por su palabra de honor incumplida, por sus tropas indígenas engañadas y por aquella inmensa vergüenza de cómplices pasivos que les hacía inclinar la cabeza. Y también recuerdo la concienzuda borrachera en que nos fuimos sumiendo uno tras otro, y mi desilusión al verlos de pronto tan humanos como yo, infelices peones de la política, víctimas de sus sueños rotos. Compréndanlo: yo tenía veintipocos años y ellos habían sido mis héroes.

También me acuerdo de que aquella noche llovió sobre El Aaiún. A veces se oía un tiro aislado hacia Jatarrambla, o los motores de las patrullas marroquíes que llevaban saharauis detenidos. Veo el llanto infantil del teniente coronel López Huerta, la fría y oscura cólera del comandante Labajos, la sombría resignación del capitán Yoyo Sandino. Y recuerdo a Diego Gil Galindo, la enorme espalda contra la pared de la que colgaban trofeos de combates olvidados que ya a nadie importaban, con lágrimas en la cara, mirándome mientras murmuraba: «Qué vergüenza, Niño. Qué vergüenza».

Así fue mi última Navidad en el Sáhara, hace veinte años. La noche que murieron mis héroes, y me hice adulto.



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Un brindis para ellos dos

Este domingo 31, esté donde esté, sea cual sea el reloj que marque las doce, brindaré -si tengo con qué- por ellos dos. No voy a escribir aquí sus nombres porque no me fio de ustedes -me fio de algunos, de muchos, pero no de todos ustedes-, y no quiero que mencionarlos en esta página signifique señalarlos con el dedo para toda la vida que les quede por vivir, que igual es mucha. Que deseo con toda mi alma que sea mucha.

Voy a brindar por ella -la llamaré María- porque hace cinco años, apenas cumplidos los veinte, trastornada por los golpes de su marido, loca, desconfiada, triste, encontró la sonrisa perdida, la abnegación y el respeto. Por esas bromas que tiene la vida, todo lo halló en un hombre ensimismado en su soledad, con treinta años como treinta navajazos, con el regusto de la droga todavía en las venas y paseándose del brazo del diablo por el filo del abismo.

Tenían frío -ahí afuera hace un frío del carajo- y se acercaron el uno al otro para darse calor. Al poco estaban viviendo juntos, y cada uno aportó su singular dote: ella, una cría pequeña y la ternura que no habían podido romperle las humillaciones y las palizas. Él, su mirada vacía, una soledad infinita y un perro de dos años. Háganse cargo del capital social: una desequilibrada con una hija y un yonqui con un chucho. Como para no jugarse un duro por ellos.

Y sin embargo, funcionó. El aprendizaje fue lento y duro, pero perfecto. María y su hombre habían sacado el número correcto en esa tómbola que tiene tan mala leche pero que a veces, cuando se le entra con ganas, es capaz de deslumbrar con el más hermoso premio del mundo. Sufrieron, soportaron problemas de dinero, de trabajo, de salud, de vivienda. Tropezaron con muchos miserables en el camino, pero también con gente honrada que les echó una mano cuando la necesitaban, que les dio comida cuando tuvieron hambre, que les devolvió poco a poco la fe en sí mismos y en los demás. Tuvieron algo de trabajo, compenetración, amor. Complicidad. Y un día se miraron y él dijo: "soy feliz";, y ella respondió: "soy feliz";. Y no era una de esas frases que repites para creerte un sueño o para convencerte de algo, sino que era de verdad. Esa especie de rayito de sol, de calor que te alegra el alma aunque sea un poco, y aleja el frío, y te hace pensar que después de todo, bueno, aquí vamos a estar sólo un rato pero igual si nos abrazamos

fuerte resulta que hasta vale la pena.

Pero la vida se lo cobra lodo. Y un día, hace pocas semanas, él tuvo un accidente, y fue al médico, y le contó sus antecedentes, y el médico le preguntó si quería hacerse los análisis del Sida. Y él se acordó de casi todos sus amigos, muertos de eso, enganchados o en el talego. Y se acordó de María y de las chiquillas y del chucho, y dijo que sí, que vale, que venga el análisis de los cojones. Y no fue un análisis sino tres, con resultados confusos o contradictorios. Y vino el miedo. Y la incertidumbre. Y hace unos días él llegó tarde del trabajo, cansado, distinto, y le confió a María que había ido a la iglesia, a la parte vieja de esa ciudad del sur, cerca del lugar donde nació. Y le dijo que había ido a pedir por ellos dos, y por la niña. En realidad -añadió- a pedir por la niña y por ella, porque después de todo él se lo había buscado y ella no.

María es calor, y tibieza, y consuelo. Y él es aire fresco, con unos ojos claros que se parecen al mar, o al cielo, o a ambas cosas a la vez. Y durante estas últimas semanas han vivido con la esperanza puesta en el último pétalo de la margarita deshojada día tras día, sin abandonarse al miedo, o a la desesperación, en atroz espera. Y de ese modo, si alguna vez dudaron de su capacidad de amarse, ya no les queda duda alguna. Y cuando escribo estas líneas el peno está inmóvil enroscado a sus pies, y la chiquilla duerme con ese olor a fiebre y sudor suave de niño que tienen los críos cuando descansan. Y ellos siguen mirándose el uno al otro callados, esperando el papel del laboratorio que les traiga la liberación, o la sentencia.

Pensaré en ellos esta noche, cuando irresponsables y asesinos cargados de alcohol se rompan el alma en las carreteras, malgastando una vida que otros han aprendido, con tanto amor y sufrimiento, a valorar en lo que cuesta. Por esos fiambres anunciados del matasuegras y el dieciséis válvulas no enarcaré ni una ceja. Pero brindaré de corazón por María y por su hombre, por la cría y por el chucho. Por esa vida que ellos sí merecen vivir. Sea cual sea el resultado del análisis. Lo sepan ya o no lo sepan.

En realidad, ¿quién de nosotros lo sabe?